SAM SHEPARD

Yo por dentro

Lectulandia

De madrugada, echado en la cama, debatiéndose entre el sueño y la vigilia, un hombre solitario medita, evoca escenas y ajusta cuentas con el pasado. Por su cabeza merodean recuerdos, en ocasiones fugaces, de su juventud, de su carrera como actor, de la relación compleja con su padre y del papel de las mujeres en su vida. La figura paterna aparece de modo recurrente en muchos de esos episodios lejanos: ese padre que formó parte de la tripulación de un bombardero en la Segunda Guerra Mundial, ese padre que tenía una novia muy joven, Felicity, con la que también él mantuvo una relación, formando un triángulo que acabaría desembocando en tragedia…

Crepuscular y elusiva, con pinceladas oníricas, la novela está envuelta por los paisajes desérticos de la América profunda, las granjas aisladas como aquella en la que creció el protagonista, los diners, las carreteras inacabables y las vías de tren solitarias, con los aullidos de los coyotes como banda sonora, a los que se suman los ritmos del jazz y el rock’n’roll.

Yo por dentro, con esa escritura seca y desgarrada de la que emerge la intensidad poética característica de Sam Shepard, es una suerte de compendio de sus temas y obsesiones, una intimista invocación de fantasmas en la que se filtran pinceladas autobiográficas, un testamento literario por todo lo alto, que viene además precedido por un bellísimo prólogo de Patti Smith.

Lectulandia

Sam Shepard

Yo por dentro

ePub r1.0
Titivillus 07.02.2019

Título original: *The One Inside*
Sam Shepard, 2017
Traducción: Jaime Zulaika
Prólogo: Patti Smith

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Yo por dentro

Prólogo

Yo por dentro

Hombre diminuto

Felicity

Azul púrpura

Castillos a la luz de la luna

Súcubo

Diálogo chantajista

Un golfista famoso

Antropología primitiva

Hoja blanca de papel

Diálogo chantajista 2

Otros estados

La razón por la que he vuelto

Berlín, noviembre de 1811

Henriette Vogel

Alfombras pegajosas

Picazo

Extraños ventiladores

La felicity opuesta

Mamá sabe lo que te conviene

Farolas

Ojo hinchado

Cavilación de la chantajista

Diálogo chantajista 3

Ella me ve mirándola

La chantajista anda suelta

La vida de otra persona

Portazos a lo lejos

El hombre diminuto en un pub irlandés

Monólogo de la chantajista

Por el desierto

Chico diné

Hijo de hombre justo

Rumbo al norte, a Shiprock

Primer plano de Felicity

Papel finísimo

Camino de tierra

Una chica que conozco

Diálogo chantajista 4

De nuevo en el desierto

Botas con flores rojas

El chico que se quedó dormido en la ducha

Empequeñecimiento

Agujero negro

Cuestión de conjuntar

Azares

El hombre diminuto en la playa

Montículos de su propia boñiga

Otra vez el hombre diminuto

Una mueca no es un grito

Interrogatorio 1

Doce hectáreas de polvo y serpientes

Interrogatorio 2

Quemando naves

Interrogatorio 3

De acuerdo

Sobre el autor

Notas

A
Patti Lee
Roxanne y Sandy
Walker y Hannah
Jesse y Maura

¿Por qué nadie te lleva aparte y te dice lo que se avecina?

DAVID FOSTER WALLACE

PRÓLOGO

Había cuatro caballos pastando al otro lado de la cerca y mariposas negras que aterrizaban sobre las peras caídas. Ya se sentía la proximidad del otoño, una dorada tarde de Kentucky. Sam estaba mirando por la ventana. Yo, sentada a la mesa, leía su manuscrito.

Al alzar la mirada hacia él, me asaltó la idea de que todo lo que sabía de Sam, y él de mí, lo llevábamos todavía dentro. Pensé en una fotografía de nosotros dos en Nueva York, pasando por delante de un fotomatón en la calle Ventitrés, hará unos cuarenta años. Nos la sacaron por detrás, pero éramos nosotros, sin la menor duda, a punto de emprender caminos separados que con toda seguridad volverían a cruzarse.

El manuscrito que tengo delante es una brújula oscura. Todos los puntos proceden de su norte magnético: el paisaje interior del narrador. Sin poder apartar la vista del texto, leí toda la tarde, navegando por un mosaico de conversaciones resonantes, perspectivas alteradas, una memoria lúcida e impresiones alucinatorias.

El narrador despierta en medio de una cruda metamorfosis. Las coordenadas están revueltas, pero la mano es conocida. Sam ha sido actor durante casi toda su vida adulta, lo que le faculta para una especie de viaje que no necesita pasaporte, solo un camión, un guión y sus perros rastreando la nostalgia.

Los olores a donuts, vapor, gofres y café se desparramaban a través del patio destartalado y llegaban al vasto desierto oscuro. Unos hombres acarreaban en silencio por la grava pesadas cajas enormes sobre ruedas de hierro. De vez en cuando, una de las figuras asentía con la cabeza o emitía un gemido, pero el mundo permanecía enigmático, amortajado, inexpresable.

Tiene sueños con su padre, *el hombre diminuto* que no lo era tanto. Describe los pormenores de esos sueños recurrentes con una hilaridad inquietante que recuerda los mangas japoneses. Intenta huir corriendo, despegarse de su padre y todas sus indiscreciones, pero está condenado a repetirlas. Fotogramas del tiempo: los rostros de mujeres mezclados unos con otros. Felicity, la joven amante de su padre, y la madre bocazas de Felicity con un abrigo rosa. La excesivamente joven, ambiciosa y esquiva chica Chantajista. Su esposa durante treinta años que se aleja. Van y vienen y vuelven. Al cabo de un rato empiezas a conocerlos, sus imágenes enrevesadamente

compuestas a base de prosa rápida, abundantes pinceladas de poesía, monólogos y diálogo. El lenguaje visceral de parpadeantes filmaciones caseras.

Ama a su mujer pero no congenian. Le seduce la Chantajista, que tiene algo de él mismo, probando y sopesando reacciones. Al remontarse en el tiempo topa con su yo juvenil, ingenuamente entrelazado con la Felicity del padre, un personaje trágico que duda entre la inocencia y el deseo, tironeado como una gominola.

Abrió la boca y vi que se escapaban de ella animales diminutos, animales atrapados dentro durante todo aquel rato. Salían como si algo fuese a capturarlos y encarcelarlos de nuevo. Notaba que aterrizaban en mi cara y reptaban por mi pelo buscando un escondrijo. Cada vez que ella gritaba, los bichitos brotaban en nubecillas como mosquitos minúsculos: dragoncillos, peces voladores, caballos sin cabeza…

Toda su vida le han cautivado, confundido y divertido las mujeres, le han atraído pero obligado a evitarlas. Pero al final no se trata tanto de las mujeres como del alma cambiante del narrador. Recorremos las espirales de su mente prismática, su corazón cansado, no a través de la confesión, sino de una sinceridad poderosa, una fascinación por la indiferencia. Lo cierto es que quizá esté cambiando pero sigue siendo el mismo, el chico que corre, el adolescente emancipado, el hombre colérico al que traicionan los músculos.

Es un solitario que no quiere estar solo, forcejeando con los íncubos, una ondulación de aguas nocturnas, la náusea de noches interminables. Hay momentos perturbadores de presciencia en los que intuye una fragmentación futura, un estoico abrirse paso a patadas entre los añicos. Se conformará con seguir viviendo hasta que muera. No se trata de que se retrate con una luz favorable o adversa. La cuestión es sacar las cosas, alisar los bordes curvos.

Dejo el manuscrito. Es él, algo parecido a él, no es él en absoluto. Es una existencia que intenta aflorar, dar sentido a las cosas. Una tenia solitaria que se desliza desde el estómago hasta la boca y repta por las sábanas, derecha hacia el desolado infinito.

Ahora estás viajando. Tu futuro está congelado. Rápidamente te ves arrojado desde el desconocido espacio en blanco al nítido mundo.

Advierto que la luz ha cambiado, un relumbre crepuscular que enseguida nos adentra en la noche. Me levanto para examinar una imagen ligeramente torcida que Sam ha clavado con una chincheta en un hueco encima del fregadero de la cocina. Una chamán loca con un radiocasete.

—¿Dónde la sacaron?

—En alguna parte del desierto de Sonora.

—¿Es real?

Quizá, dice, pero de todos modos quién sabe lo que es real.

La realidad está sobrevalorada. Lo que perdura son las palabras garabateadas sobre un panorama que se despliega, vestigios de fotogramas polvorientos que se desprenden de la memoria, una elegía de voces fenecidas que transitan por la llanura americana. *Yo por dentro* es un atlas coalescente, marcado por los tacones de las botas de alguien que instintivamente vagabundea, con los ojos abiertos, por sus extensiones de caminos sobrenaturales.

PATTI SMITH

YO POR DENTRO

Han asesinado algo, a lo lejos. Se lo disputan. Sí. Gritando. Con su cacareo de locos mientras desgarran el cadáver blando. Está despierto: son las 5.05. Oscuro como boca de lobo. Coyotes a lo lejos. Deben de haber sido. Él está despierto, en cualquier caso. Mirando a las vigas. Adaptándose al «lugar». Despierto incluso después de un Xanax entero, para anticiparse a los diablillos: caballos con cabeza humana. Pequeñísimos, como si en su tamaño natural fueran demasiado grandes para verse. Sus perros se abren paso a la fuerza, aullando desde la cocina a imitación de los salvajes. De nuevo un frío feroz. La nieve azul mordisquea los alféizares: brilla en lo que queda de la luna llena. Retira las mantas con un floreo de torero y expone las dos rodillas huesudas al aire crudo. Casi inmediatamente adopta una postura sedente recta, con las manos planas sobre los muslos. Trata de abarcar el paisaje siempre cambiante de su cuerpo: ¿dónde reside él? ¿En qué parte? Lanza una mirada a sus calcetines de senderismo, muy gruesos, azules, térmicos, birlados de un plató de cine. Prendas de algún atuendo, de algún personaje olvidado hace mucho. Han venido y se han ido, esos personajes, como amoríos breves, violentos: caravanas, letrinas portátiles, burritos matutinos, tiendas de provisiones, limusinas de pega, toallas calientes, llamadas a las cuatro de la mañana. Cuarenta y tantos años así. Demasiado grande. Difícil de creer. Demasiado amplio. ¿Cómo entré allí? Su caravana de aluminio se balancea y oscila en medio de los chinooks que aúllan. Su cara joven le devuelve la mirada a través de un espejo barato de 4×4, rodeado de bombillas desnudas. Fuera están rodando metraje de saltamontes que caen en grandes conos circulares del vientre de un helicóptero alquilado. Caen de verdad. En segundo plano, trigo invernal, tan grueso como tu pulgar, vuela en olas onduladas.

Ahora, encaramado en el borde mismo de su firme colchón, mirándose los gruesos calcetines azules mientras unas bocanadas se vaporizan en la oscuridad matinal, sabe que todo se ha hecho realidad. Se queda sentado un rato, con la espalda recta. Una garza grande y azul que aguarda a que una rana salte.

La casa no cruje; es de cemento. Fuera, gimen los álamos. Ahora no siente el frío. Le viene a la memoria que han pasado más de dos años desde la tan súbita ruptura con su última esposa. Una mujer con la que había estado casi treinta años. *Le viene a la memoria*. Imágenes. ¿Procedencia? «¿Ahora estoy gimoteando?», se pregunta, con la voz de un niño. Un niño al que recuerda, pero que no es él. No es este, el que ahora tirita con sus calcetines térmicos azules.

Seis de la mañana: el viento del sur acaba de amainar después de tres días seguidos soplando furioso. El aire en calma y mucho más cálido. Incluso se siente calor dentro de casa. Pienso: hoy soy exactamente un año más viejo que mi padre a la edad en que murió. Es un pensamiento extraño, como si fuera una especie de logro en vez de puro azar. Algo más que una circunstancia fortuita. Arranco los largos mangos de seda negra. Hembras. Chisporroteos de electricidad estática azul. Veo que mi pecho desprende chispas. Tengo electricidad en el cuerpo. Cojo las muchas pastillas prescritas por el acupuntor. Las pongo en filas. Colores. Formas. Tamaños. Ni siquiera sé para qué son. Me limito a hacer lo que me han dicho. Alguien debe de saberlo. Haz lo que te han dicho. La primera luz se cuela por entre los piñones. Perros dormidos como leños en el suelo de la cocina, con las patas separadas como si les hubieran sorprendido en pleno galope. Preparo café en la vieja cafetera manchada. Tiro a la basura los posos de ayer. Unos ratones susurran en las rejillas de la calefacción, en busca de calor. Pienso en la respuesta de Nabokov a la pregunta de por qué escribe: «*por placer estético*»; nada más, «placer estético». Sí. Signifique lo que signifique.

HOMBRE DIMINUTO

Por la mañana temprano: traen el cadáver de mi padre en el maletero de un Mercury cupé del 49, todavía con una capa densa de rocío en las luces traseras. El cuerpo, de la cabeza a los pies, está firmemente envuelto en plástico transparente. Tiene el cuello, la cintura y los tobillos atados con gomas de color carne, como una momia. Se ha vuelto muy pequeño con el paso del tiempo: quizá unos veinte centímetros. De hecho, lo sostengo ahora en la palma de la mano. Les pido permiso para desenvolver su minúscula cabeza, solo para asegurarme de que está muerto de verdad. Me autorizan a hacerlo. Se quedan a un lado con las manos enlazadas por detrás de sus trajes entallados, con la cabeza gacha en una especie de duelo avergonzado, pero no se les puede reprochar. Es inteligente estar de su lado. Además ahora parecen muy educados y estoicos.

El Mercury, parado, retumba con un sonido profundo y penetrante que percibo a través de las suelas de mis zapatos. Retiro las gomas con cuidado y descubro la cara, despegando de la nariz muy despacio la tira de plástico. Produce un sonido pegajoso, como linóleo que se separa de su pegamento. La boca se le abre involuntariamente; sin duda es alguna reacción tardía del sistema nervioso, pero lo tomo por un último estertor. Le meto dentro el pulgar y noto las encías ásperas. Pequeñas ondulaciones donde tenía los dientes. Tampoco los tenía en vida; la vida que le recuerdo. Vuelvo a enrollar la cabeza en la funda de plástico, repongo las gomas y se lo entrego, dándoles las gracias con un leve gesto de la cabeza, tratando de estar a la altura de la solemnidad del momento. Lo toman cuidadosamente de mis manos y lo colocan de nuevo en el maletero oscuro, con las demás miniaturas. A ambos lados de mi padre han encajado a mujeres encogidas que conservan con perfecto detalle sus facciones atractivas: pómulos altos, cejas depiladas, pestañas embadurnadas de rímel azul, pelo lavado y peinado que huele como caña de azúcar madura. El de mi padre es el único cuerpo diminuto que mira de frente hacia una franja de luz natural. Cuando cierran el maletero la franja se vuelve negra, como si una nube hubiera cubierto bruscamente el sol.

Ahora forman un semicírculo ante mí, con las manos entrelazadas encima de las ingles, despreocupados pero formales. No distingo si son exmarines o gángsters. Parecen una mezcla de ambos. Saludo a todos uno por uno, girando en sentido opuesto a las agujas del reloj. Tengo la impresión de que algunos dan un taconazo al

estilo fascista, pero quizá me lo estoy imaginando. No sé si esta lluvia acaba de empezar o si llueve desde hace un rato. Les veo alejarse bajo una ligera llovizna.

Es casi todo lo que recuerdo. Junto con este puñado de detalles hay una extraña aflicción matutina, pero no sé decir por qué.

FELICITY

En otra lengua, en otra época, su nombre significaba «felicidad», supongo. Creo que era «Felicity»; sí, era así: «Felicity.» Nunca había oído ese nombre; como de novela inglesa. Muy joven. Con la cara pecosa. Pelirroja. Rechonchita. Adolescente. Siempre llevaba vestidos de algodón de una pieza que parecían hechos en casa. Chillaba como un conejo atrapado cuando se sentaba de espaldas en la polla de mi padre. Nunca he oído un éxtasis y un horror semejantes, al mismo tiempo. Yo escuchaba desde la otra habitación, mirando al techo. Algo olía como a eucalipto y vaselina. Nunca hablaban. Yo escuchaba. Pero ellos nunca hablaban. Yo me atrevería a entrar allí, solo a entrar y aparecer, sin decir nada. Solo mirar como un niño zombi, un niño que de pronto sale de ninguna parte. ¿Qué iban a hacer ellos? Mirarme también. ¿Echarme a patadas? ¿Ponerse algo de ropa y echarme a patadas? Yo sabía lo que estaban haciendo. Sabía que daba gusto. Sabía que tenía que dar gusto estar dentro de otra persona. Así, tan adentro.

Entré y allí estaba ella. La novia de mi padre sentada más tiesa que un palo —casi desnuda—, como si estuviera montando a un poni de espaldas. Ninguno de los dos me vio. No se volvieron para verme. Ella siguió montándole y gritando temerariamente mientras brincaba frenética arriba y abajo. Él estaba tumbado en una mesa, mirando al techo con los brazos detrás de la cabeza, como si echara una siesta o escuchase la radio. Movía los labios pero no decía nada. Fui derecho hacia ellos pero no se volvieron a mirarme. La ropa interior rosa de ella estaba en el suelo. Parecía de una mujer más mayor, quizá de su madre.

Llamaron a la puerta, la aporrearon, pero ellos no prestaron la menor atención. Felicity seguía gritando y bombeando. A veces se inclinaba un poco hacia delante, miraba abajo y examinaba la penetración atenta, desapasionadamente. Tenía la boca abierta de par en par y el pelo pegado al sudor de la frente. Los golpes en la puerta continuaron. Fui a la puerta y la abrí, solo una rendija. Llevaba puestos los calzoncillos y una camiseta. Era Mabel Hynes, la casera, que vivía al fondo del pasillo. Venía con un perro azteca entre los pliegues de sus brazos fláccidos. El perro se mantenía silencioso pero aguzaba las orejas a la espera de los gritos. Ladró cuando se oyó el siguiente.

—¿Qué está pasando ahí dentro? Es como si estuvieran matando a alguien.

—No, es solo mi papá.

—¿Tu papá? ¿Qué está haciendo?

—Se divierte. Está con una amiga.

—¿Divertirse? A mí no me lo parece.

—En realidad a esa chica no la he visto nunca.

—Sí, bueno, dile que si sigue haciendo tanto ruido llamaré a la poli.

—Vale.

—Díselo.

—Vale.

—Ya estoy harta de que me moleste con sus tejemanejes.

—Sí, señora.

Cerré la puerta y corrí el cerrojo. Felicity no callaba, pero ahora sus chillidos eran gritos de compasión. Mi padre guardaba silencio. Quizá siguiera moviendo los labios. Siempre los movía como si hablase con alguien invisible. Parecía que aún no habían reparado en mi presencia. Me puse los tejanos y salí sin hacer ruido por la puerta trasera, descalzo.

La tierra estaba fría cuando la pisé. Estaba amaneciendo. Detrás de nuestra pensión había un largo y negro apartadero ferroviario que iba hasta Stanley y Bingham. Decrecía hasta convertirse en un neón parpadeante y señales de guardafrenos. Estaban cargando metales secretos que alguien me dijo que enviaban a Los Álamos y Alamogordo. Mientras aguardaban, el cargamento silbaba y crujía. Los olores a donuts, vapor, gofres y café se desparramaban a través del patio destartalado y llegaban al vasto desierto oscuro. Unos hombres acarreaban en silencio por la grava pesadas cajas enormes sobre ruedas de hierro. De vez en cuando, una de las figuras asentía con la cabeza o emitía un gemido, pero el mundo permanecía enigmático, amortajado, inexpresable.

Seguí las mismas reglas de orientación geográfica que si bordeara un río tranquilo. A la ida tenía los raíles a mi izquierda y a la vuelta los tenía a la derecha. Si me guiaba por los raíles nunca me perdía. Fácil. Seguí la larga serpiente de hierro hasta que las luces comerciales del centro se volvieron puntos. Mis pasos se hicieron más pesados. Lagartos y animalillos huían disparados. Intenté caminar sobre la arena lisa y tibia, pero las espinas de acacia y las botellas rotas me torturaban los pies descalzos. Unos trechos breves y blandos de grama me proporcionaban un alivio momentáneo hasta que asomaba un espino o clavo y me veía obligado a retroceder. La vía de hierro conservaba todavía el calor del día anterior y regresé a la ciudad brincando sobre las traviesas impregnadas de creosota.

En cuanto llegué de nuevo al nido de neón rosa y anuncios de la festividad de San Patricio busqué una luz en la ventana de nuestra pensión. Imaginé que la veía desde aquella distancia. Quizá lo estuviera imaginando. Una sólida vida de incertidumbre.

Coches patrulla rodeaban la pensión. Luces giratorias azules. La señora Hynes estaba en el porche delantero observando lo que sucedía, con el perrito ladrando en los brazos y un jersey sobre los hombros contra el frío de primera hora. Tenía la expresión adusta de quien ve las secuelas de un accidente de tráfico. Felicity estaba

de pie en la acera, cubierta con una sábana, los dientes le castañeteaban y sollozaba mientras una agente trataba de mantener la parte superior de la sábana firmemente ceñida alrededor de sus enormes pechos. Le corría rímel púrpura por las mejillas. La agente la escoltó hasta uno de los coches patrulla, que arrancó inmediatamente con la sirena aullando. Una mujer con un largo abrigo rosa le gritaba a mi padre, que fumaba un cigarro en calzoncillos. A ambos lados de él, dos polis le estrujaban los codos desnudos y luego le esposaban por detrás de la espalda. La mujer del abrigo rosa seguía gritándole cosas como «¡Chupapollas!» y «¡Cabrón!» mientras los policías le metían en el asiento trasero de otro coche patrulla y le protegían la cabeza para que no se la golpease con el marco de la portezuela. Lo cual me pareció un gesto extraño, porque ya le estaban haciendo mucho daño. Entonces todos los coches patrulla arrancaron con las sirenas aullando detrás de mi padre, como si acabara de matar a tiros al presidente. La señora Hynes se metió en su casa con el perro y apagó la luz del porche. La mujer del largo abrigo rosa siguió gritando y moviéndose en pequeños círculos mientras rebuscaba más kleenex arrugados en sus hondos bolsillos. Movía los labios. Hablaba con alguien lejano. Se agachó y se quitó los tacones. Los balanceaba en un dedo al alejarse de mí por Trace Street.

AZUL PÚRPURA

Sabes lo que es, ¿no? Es el rímel púrpura. ¿Por qué ese color, por ejemplo? ¿Azul? ¿Lloras? ¿Por qué lloras? Tú te lo buscaste. Fuiste tú desde el primer momento. Te lo dije: si te enrollas con un hombre más mayor te vas a meter en un lío. Te lo dije y no me creíste, ¿eh? ¿Por qué, si no, ibas a salir a comprar rímel azul? Adrede. ¿Por qué rondarle? Es mayor que tú. Te lo dije y no me creíste, ¿verdad?

CASTILLOS A LA LUZ DE LA LUNA

Simplemente rompió conmigo, esta última —no Felicity— (pensaré más tarde un nombre que le convenga), esta «chica»: la llamaremos así por el momento. No la «mujer» o «las mujeres», por decirlo así, sino otra jovencísima, o sea, para mi edad. Me resisto a creerlo del todo. De todos modos, allí estaba, una mañana radiante, como una aparición de los años cuarenta, en posición de firmes con su maleta Naugahyde roja, lista para rodar. A quemarropa. En la cocina, además, antes de que yo hubiera tomado un trago de café, me dijo en una especie de monólogo susurrado que creía que «me estaba tentando». Fue la expresión que usó, como si algo desvinculado de su esencia me estuviera seduciendo de algún modo ajeno a su voluntad. Un fantasma suyo. Me costó creerla y empecé a revolver en mi corta memoria en busca de alguna otra pista, alguna transgresión que pudiera haber cometido en la mesa del desayuno. En cualquier caso, no insistí en mi objeción: cuanto más protestase, más podría convencerse ella. Me dijo que iba a ver a su tía en San Francisco. A una «tía»; volaba aquella misma mañana. «Adiós.»[1] Perdí la poca compostura que pude reunir y le pregunté por qué se iba tan de repente, cuando ni siquiera habíamos tenido tiempo de adaptarnos. Ella me dijo que en parte se debía a que la noche anterior yo había despachado más de la mitad de una vistosa botella de mezcal, incluido el gusano fibroso, y que me había entregado a largas divagaciones sobre suicidios conjuntos desde el medievo, sobre todo el de Heinrich von Kleist y su joven amante, Henriette, chapoteando dulcemente en las riberas de un lago gigantesco durante toda la noche mientras la pequeña ciudad alemana que había allí a lo lejos dormía profundamente. No había luces. Tan solo las siluetas distantes de castillos a la luz de la luna. Quizá todo aquello fuera verdad. Los enormes ojos castaños de la chica expresaban una convicción absoluta. Al fin y al cabo, somos de épocas totalmente distintas. El tiempo nos ha dejado aislados, insensibles.

SÚCUBO

Otra mañana, antes de que llegara esta chica, había algo en cuclillas sobre mi pecho, ovillado allí como un gato, pero no lo era. Desperté con mucha cautela, procurando no molestar a la criatura, casi sin respirar por miedo a que me saltase a la cara. Quizá fuera una especie de fantasma… o un súcubo, ¿lo llaman así? De todas formas, era el que reparte destinos y pesadillas. Ese. Femenino, seguro. Acurrucada como si fuese el lugar más cálido de la casa, con los ojos fijos —ojos amarillos— en la pared de arriba, quizá posando para alguien que le saca una foto con un iPhone. Esbozaba una sonrisita lasciva, como uno de esos demonios gatunos de los dibujos de Goya que parecen desprovistos de motivo. Ojos negros, los ojos apagados de Pacino. No sentí pánico pero noté que dentro de mí sonaban todas las señales de alarma. Sacudidas eléctricas que me recorrían los hombros y las orejas. Me pinchaban como un «calor punzante». Sin mover la cabeza, observé que la súcubo bajaba a lo largo de mi nariz. No intenté tocarla ni ahuyentarla. No quería provocar una súbita histeria; ni revolverme y que me hiciera un corte o me diera un mordisco accidental. Su cuello emitía un zumbido vibrante y profundo, pero aun así no se parecía a ningún gato doméstico que yo hubiese visto. Recordé que había visto una rara secuencia en blanco y negro, filmada quizá en los años veinte, del último demonio de Tasmania, capturado antes de que la especie se extinguiese (¿se ha extinguido?), pero también era distinto de aquel monstruo. No tan grande. Sin rayas. Era solo una presencia al acecho, casualmente investida de una forma felina. La miré durante mucho mucho rato mientras ella giraba lentamente la cabeza de izquierda a derecha, y luego, supongo, se cansó del calor que debía de emanar de mi cuerpo y se marchó como una comadreja hasta perderse en los recodos del pasillo. Seguí tumbado un momento, inmóvil, percibiendo las corrientes frías que se colaban en la habitación. Escuché el chasquido del termostato. Parecía importante no moverse. Quizá me había convertido en piedra.

DIÁLOGO CHANTAJISTA

—Sabes que he grabado todas nuestras conversaciones.
—¿Qué?
—Todos estos años. Sí.
—¿Con una grabadora, quieres decir? ¿Como un detective?
—Pues…
—¿Desde cuándo? No hace tanto que nos conocemos.
—Desde hace mucho mucho tiempo.
—Oh, Dios.
—No es para avergonzarse. Son maravillosas.
—¿El qué? No…
—Las conversaciones.
—¿Qué vas a hacer con ellas?
—Ponerlas en un libro.
—¿Un libro?
—Mío.
—¿Tuyo?
—Mío.
—¿Y yo?
—Muy bien, escrito a cuatro manos, entonces.
—¡No quiero saber nada de eso!
—Ya están mecanografiadas.
—¡Oh, no!
—¡Son preciosas! Has dicho cosas maravillosas a lo largo de los años.
—No. No es cierto. ¡No he dicho nada maravilloso! Nada de lo que he dicho es importante.
—Sí que lo has hecho.
—Tampoco han sido años.
—Pues a lo largo del año, entonces.
—¿Qué, por ejemplo?
—Todas las descripciones de mi coñito.
—¡No!
—Todo lo que has dicho de tu pene.
—No, no, no, no, no.

—Cómo se levanta y vibra y se llena de jugo.
—Escucha…
—Mi coñito y tu pene…, ¡precioso!
—Oh, Dios… ¡NO!
—Sí.
—¿Por qué? ¿A quién le puede interesar?
—A un montón de gente.
—¡No! A nadie.
—Por ejemplo, dijiste que mi coñito era como una granada.
—No. ¡No! ¡Yo nunca he dicho eso!
—Polifacético, dijiste que era.
—¡NO!
—Polifacético y ubicuo.
—¿Ubicuo?
—Funciona siempre. De golpe.
—¡Calla!
—No…
—¡Calla, por favor!
—¡Mi coño funciona siempre! De golpe. Es lo que dijiste. ¿Quieres que nos veamos y te las enseño?
—¿Qué?
—Las conversaciones.
—¿Las tienes todas escritas? ¿Impresas?
—Por supuesto.
—No.
—¿No qué?
—No quiero verte. Quiero que te mantengas lo más lejos posible de mí.
—¿Pero por qué?
—Por tu edad, para empezar. ¿Qué edad tienes, por cierto?
—Soy muy joven.
—Es lo que pensaba.
—¿Y qué más da?
—No da lo mismo. Es ilegal.
—¿Por qué tienes tanto miedo de infringir la ley?
—Tú eres la que deberías tener miedo de la ley.
—No he hecho nada malo.
—¿Ah, no? Plagiar.
—¿Qué es eso?
—Presentar la obra de alguien como si fuera tuya.
—Es de los dos.
—¡No lo es! ¡No es de ninguno! Ni siquiera es una obra. Son charlas.

—Hay cosas muy bonitas ahí. Momentos hermosos.

—Ahí no hay nada intencionado.

—A veces las cosas más bonitas son puramente accidentales.

—¡No estaba previsto que esas conversaciones se grabaran, y mucho menos que se transcribieran! Eso es plagio. Puro y simple.

UN GOLFISTA FAMOSO

Me pregunto qué la impulsó finalmente a hacer esta llamada. No hay duda de que se lo estuvo pensando un tiempo. Tramando. Se decidió a exponérmelo. La idea de que nuestras conversaciones informales pudieran tener algún mérito; hasta un valor literario. Todo ello era indignante. ¿Por qué? Es fácil atribuirlo a la «ambición», pero ¿de verdad pensó que sería tan fácil? ¿Una chica de diecinueve años? ¿Qué la llevó a pensarlo, al principio? Quizá que le ofreciera quedarse en mi cuarto de invitados. Pudo haber sido eso. Qué poco sabía yo. Cuando tenía diecinueve años desde luego que era ambicioso, pero quería ser un golfista famoso, no una figura literaria. No quería ser casi tan famoso como, digamos, Arnold Palmer, Jack Nicklaus o Gary Player, o cualquier otro de los diez mejores de entonces. Solo quería estar en el circuito profesional y en la pugna. Ser una de esas jóvenes promesas que siempre amenazan con llegar pero todavía no están «ahí». Un gran *putter* o *chipper*[2]. (Era conocido por mi juego corto.) De todos modos, el mundo literario estaba muy lejos de mi alcance. Mailer, Capote, Nabokov. ¿Cómo iba yo a entablar una conversación con uno de esos chalados? No sé nada de mariposas, combate cuerpo a cuerpo o cuchicheos del profundo Sur. Quizá ella solo quería que la asociaran conmigo. Quizá pensaba que podía saltarse todo el esfuerzo y el sudor y pasar directamente a lo suculento: vida mundana, premios Tony[3], limusinas con chóferes rusos que no hablan inglés. ¿No sería fantástico que pudieras desear simplemente ser famosa, como si tuvieras al genio de la lámpara a tus órdenes? Daba igual cuál fuese tu «estado artístico», si tenías o no algo que «decir», si te guiaba o no un móvil político u otro cualquiera. Un día llegabas a ser famosa y ya está. Mira: ¡soy famosa! ¿Ves cómo brillo? ¿Ves mis lentejuelas? No lo merezco, pero ¿quién se lo merece?

ANTROPOLOGÍA PRIMITIVA

Anoche él se afanaba sobre sus frágiles rodillas para encender un fuego. Lo recuerda. Recuerda eso. Que prendía con cerillas bolas de necrológicas arrugadas y obsoletas del *New York Times* (conservaba la costumbre de enfrascarse en el suplemento dominical de vez en cuando). Quemaba piñones y madera de cedro mientras a ella, sentada, recostada en el sofá de piel, que era de él, le sobresalían las firmes rodillas y seguía hablando de genocidio de androides, vídeos virtuales, camiones sin conductor de Google, partículas mentales colectivas, la visión de los delfines, cosas así. Las entremezclaba sin parar, deshilvanadas, como un tapiz de asociaciones que él procuraba seguir, desconcertado. Asentía, fingiendo que escuchaba su secuencia de pensamientos mientras miraba estallar en llamas la cara de un antropólogo primitivo. Un tipo que un día descubrió a una tribu ignota de Nueva Guinea allá por los lejanos años sesenta, intocada por la influencia europea. Un pueblo salvaje, desnudo, que correteaba con lanzas, atacaba a sus vecinos, hacía incursiones, saqueaba, secuestraba, mataba a diestro y siniestro. La época en que lo descubrieron era contemporánea de la ofensiva del Tet, que por entonces parecía ser la única cuestión importante: monjes que ardían entre llamas azules, pistolas volando cabezas a quemarropa, olas de napalm como serpientes anaranjadas que entraban en erupción en la selva. Resulta que, según posteriores estudios de aquel científico fallecido, la única motivación de los caníbales era simplemente apropiarse de hembras jóvenes. De chicas. Es lo que había detrás de todo aquello: chicas.

En cualquier caso, yo no intentaba sugerir que ella y yo deberíamos suicidarnos juntos. Apenas la conocía. Coger un arma de fuego y volarnos los sesos. Es absurdo.

Al final, desesperado, le dije que estaba dispuesto a hacer un trato. No me sentía tan viejo, solo lo parecía, le dije. También admití que tenía un aspecto ligeramente ridículo con mis calcetines térmicos. Ella no hizo ningún gesto de comprensión. Mantuvo la cabeza gacha. Muda. Yo acababa de romper una larga relación que estaba en un insípido punto muerto y ahora, dije, parecía interesante negociar. Ella podía adelantarse y volar a San Francisco para visitar a esa «tía» suya (de todos modos, yo no podía hacer nada por evitarlo), pero luego, si decidía volver, le prometía dejar el maguey y abstenerme por completo de toda alusión al suicidio, juntos o por separado. Tampoco estaba mendigando. Ella dijo que lo pensaría pero que se iba, desde luego. Estaba harta. «Muy bien», dije, «es lo único que busco, lo único que quiero: que te lo pienses.» Ella casi sonrió. «Sé amable y hazme el favor de devolver el coche de alquiler a la oficina, al lado de la carretera. Estaremos en contacto, por supuesto.» Tampoco esta vez hubo respuesta. Ni siquiera intenté darle un besito paternal en la frente. Se marchó en la temprana niebla matutina en uno de esos coches japoneses de tracción delantera, y parecía muy pequeña sentada al volante.

Me ocupé de mis asuntos, aunque trastornado. Me temblaban las manos. Me lo guardé todo dentro y combatí la sensación que la soledad depara a veces; la de querer abandonarlo todo. En cuanto se fue hice lo que suelo hacer, aunque sus ojos se me aparecían continuamente. Sus enormes ojos castaños. Vertí café en mi taza favorita, con la inscripción «Hierba, California» en un lado y un caballo rojo encabritado en el otro. Me senté a la mesita mexicana y miré a los pájaros que comían semillas de girasol. Gorriones raspando que se detienen bruscamente y escuchan como si oyeran algo que nunca han oído. De vez en cuando, el arrendajo azul irrumpía y tomaba posesión, espantando a todos los pequeños, igual que a aquellos lugareños impotentes en una película de Kurosawa. Recuerdo que una mañana le pregunté si sabía quién era Kurosawa. No lo sabía. No me sorprendió.

Me serené haciendo unos ejercicios de brazos y hombros. Los aprendí de un director de teatro. Sonó el teléfono fijo y era ella otra vez. Me alegró oír su voz de niña. Estaba en el puesto de alquiler de coches y no encontraba el buzón para depositar la llave. La imaginé plantada al borde de la carretera, con la llave colgando de un dedo. Su cintura. Todavía era temprano y el local aún no había abierto. Le pregunté cómo iría desde allí al aeropuerto y me dijo que iba a pasar a recogerla un amigo. «¿Un amigo?», dije.

—Oh, aquí está. Lo he encontrado. No importa —Evidentemente había encontrado el buzón—. Te llamaré desde San Francisco —dijo, y colgó.

Decidí ir al centro en el pequeño y baqueteado Tacoma rojo para desayunar en el restaurante de carretera de Manny y luego cargar cedro seco para la cocina *chiminayo*. Me gusta el color rojizo del cedro y el olor que despide cuando arde. Al principio pensé que el camión no iba a arrancar en aquella repentina ola de frío, pero resulta que no había pisado el embrague hasta el fondo. Uno de esos mecanismos de seguridad incorporado en el sistema de arranque por si eres lo bastante idiota como para arrancar embragado. Dejé que los perros corretearan solos y enfilé la congelada pista de tierra. Unos cuervos destripaban las entrañas fibrosas de un conejo aplastado y parecían muy reacios a apartarse. No reduje la marcha.

En el restaurante de Manny me senté en un taburete cerca de la pared turquesa, al final de la fila para al menos no tener a nadie sentado a mi derecha. Me gusta leer en lugares públicos, sobre todo durante el desayuno. Es una forma de impedir que me den palique y al mismo tiempo de enfrascarme en un mundo de ficción. De hecho, es un modo de aislarme totalmente. Dejé sobre la barra mi ejemplar de *El sanatorio de la clepsidra*, de Bruno Schulz; una edición muy rara. Creo que la chica lo había encargado a través de Amazon o eBay o algo así. De tapa dura y con muchas ilustraciones de Bruno. Sus propios dibujos. A juzgar por sus autorretratos, Bruno era un extraño y menudo judío polaco con una cabeza muy voluminosa. Un maestro de escuela que enseñaba dibujo y matemáticas básicas pero que también escribía una prosa extraordinariamente florida en el poco tiempo libre del que disponía, porque debía cuidar de su hermano inválido durante la ocupación nazi. Un oficial de la Gestapo había tomado a Bruno bajo su protección al descubrir su talento para el dibujo. A cambio de ello le había contratado para que bosquejara fantasiosas figuras de cuento de hadas en las paredes del dormitorio de su hijo pequeño: carreras de Pentecostés, licores de maíz, hogueras de Pascua, cosas así. Supongo que era una práctica común de los oficiales alemanes utilizar como lacayos a determinados judíos que demostraban ser útiles en alguna actividad: un código tácito de la «raza superior». Pronto surgieron celos competitivos entre los alemanes acerca de quiénes tenían a su servicio a los mejores judíos. Bruno recibió un tiro en la cabeza de una Luger disparada por un oficial rival cuando llevaba una hogaza de pan a su hermano discapacitado.

Pedí un montoncito de tortitas de alforfón con una ración extra de arándanos silvestres, una loncha de beicon y café solo. Busqué el capítulo titulado «La última escapada de mi padre», donde Bruno cuenta cómo su difunto padre se convierte en un escorpión.

«Comienza una nueva era, vacía, sobria y triste como una hoja blanca de papel.» (Schulz, después de que su hermana pereciera en el mar durante un viaje en barco hacia América.)

DIÁLOGO CHANTAJISTA 2

—¿Tengo que fingir que ni siquiera te conozco?
—¿Qué quieres decir?
—¿Como si fuera una extraña esperando ahí sentada?
—¿Esperando qué?
—¿A que empiece mi vida?
—No te pongas…
—¿Qué?
—No te pongas esotérica y pedante.
—¿Pedante?
—Como si supieras más de lo que sabes.
—No lo hago.
—No lo compliquemos. Solo es un encuentro.
—¿Sobre qué?
—Esas conversaciones; esas grabaciones tuyas.
—No me crees, ¿verdad?
—Quiero verlas.
—¿Para comprobar que las tuvimos?
—Sé que las tuvimos. Lo único que quiero ver es cuáles has escogido.
—Las mejores.
—¿Las mejores?
—Las mejores de todas.
—Ninguna es tan buena.
—¿En qué sentido?
—Buena para un libro.
—No todas tienen que ser chistosas.
—No me refiero a eso.
—Creo que sería emocionante fingir que no nos conocemos.
—Imposible.
—Bueno, hasta donde podamos.
—Imposible.
—Deja de decir eso. No lo sabes si no lo intentas.
—¿Cómo «intentas» no reconocer a alguien? En cuanto has reconocido a alguien no hay vuelta atrás. El pelo, los contornos de la cara, los gestos. Se te queda al

instante.

—Quizá se puedan desaprender algunas cosas.

—¿Como qué?

—Quizá, de repente…, todo parezca nuevo y distinto.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden parecer distintos los gestos de alguien?

—Quizá haya tenido un ataque o algún accidente.

—¿Un accidente?

—Un accidente de coche.

—No. La persona que hay debajo seguirá siendo la misma.

—¿Y si le han hecho la cirugía estética?

—¿La cirugía estética?

—Todo vendado.

—¿Como *El hombre con rayos X en los ojos*?

—¿Quién es ese?

—Ray Milland.

—¿Quién es?

—Da igual. Un simple cambio físico en una persona no basta para creer que es otra totalmente distinta de la que conoces.

—¿Por qué no?

—Pongamos que alguien ha envejecido. Que no lo has visto durante mucho tiempo. Se le han caído los dientes. El pelo. Está todo encorvado. Cojea. Tiembla. No puede hablar.

—Está bien jodido.

—Aun así sabes quién es. Podrías tardar un rato en reconocerle, pero sabes quién es, ¿no?

OTROS ESTADOS

Fuera, en el amplio aparcamiento soleado de Manny, grupos de mujeres de mediana edad, de otros estados como Indiana o Iowa, están adornando cascos de bicicleta, en forma de cohetes de colores brillantes, con las uñas relucientes y una manicura perfecta, y ajustando abrazaderas en los pedales mientras tragan agua con vitaminas de botellas de plástico de color chartreuse. Todo chispeante y lustroso. Hombres mayores, que parecen ataviados con diversas versiones de antiguas caricaturas de Santa Fe —tramperos, vaqueros, chamanes comanches, herbolarios—, se apretujan en turismos Porsche y coches deportivos Audi, se ajustan las gafas de sol y se miran las patillas grises y grasientas en los retrovisores.

Bajo por la grava del estacionamiento junto al Old Taos Trail, donde vendedores ambulantes ofrecen de todo, desde esculturas hechas con motosierra hasta réplicas de cuervos confeccionadas con alambre de espino herrumbroso. Un hombre que vende leña de cedro apilada en orden en la trasera de su camión pide cien dólares por un lote. Él mismo ha cortado la madera. Empezamos a coger los leños partidos y a lanzarlos a brazadas en mi camioneta. El aire frío huele a cedro y a pino frescos. La cordillera Sangre de Cristo. Trabajamos en silencio. Lleva unos guantes gruesos de piel de mulo manchados de aceite y de gasolina. La capucha de la sudadera le tapa la cara. Me pregunto si no estará maldiciéndome calladamente en español solo porque soy un gringo. Nuestra respiración trabajosa se cruza sobre la madera de vetas rojas.

Los perros se han ido cuando regreso. No debería dejarles corretear así. Por lo general, después de una caza buena y difícil, andan por la casa jadeando, pero esta vez se han ido. Paso con la camioneta por el variopinto vecindario, silbando durante horas con el cargamento de cedro que traquetea detrás. Circulo a una velocidad de atracador, con las ventanillas bajadas para que puedan oírme.

Es un silbido estridente. Empiezo a pensar que quizá silbo para mí solo; mi silbido retorna. Podría ser así. ¿No sería extraño? Lastimoso. Lo oigo volver, cada vez un poco más débil a fuerza de repetirse. Y hace frío, además; un frío tremendo. La mandíbula y los labios se me están helando. Entumecidos. Me detengo, subo las ventanillas y pongo la calefacción a treinta grados. Me llega aire caliente directo a la cara. No encuentro el punto intermedio entre el calor y el frío en los mandos mellados. Mientras manipulo miro hacia Los Álamos en la lejana sierra de Jémez, con el motor parado, extensiones de nieve relucen entre los enebros.

Veo a dos hombres en un despacho de la Casa Blanca, uno alto y elegante, con un sombrero de fieltro flexible y un puro; el otro, bajo, vulgar y medio calvo, vestido con un terno. Es un poco después del año 45. Quizá es el 45. Las compuertas del compartimento de bombas del *Enola Gay* ya se han abierto y silenciosamente han lanzado a Little Boy, al que nunca recuperarán. La era nuclear nace con una franja cegadora de luz blanca. Mi padre y todos sus hermanos, con un uniforme caqui completo, rodean a mi abuela iroquesa. Es su última oportunidad para una foto de grupo. Sonrisas radiantes; a los héroes del aire les llena el corazón un optimista orgullo americano. Solo los labios de mi abuela esbozan una mueca ligeramente melancólica. Al fondo hay un manzano en plena floración blanca.

El hombre del sombrero de fieltro pasea por el despacho fumando su puro, confesándose con el hombrecillo calvo, que está sentado ante el escritorio: sobre él cuelga un retrato de Jefferson con el brillante futuro antiguo por delante. El hombre alto tiene plena confianza en que el hombrecillo calvo se unirá y comprenderá su dilema moral. Le está diciendo que hay «pecado» en sus manos, que ha conocido el «pecado» de primera mano. Mueve los labios, los veo. Desde esta distancia, por la ignominiosa sonrisa en su cara sé que está empleando la palabra «pecado». Judío neoyorquino, educado en una escuela de ética, casado con una comunista, salpicado de budismo, y ahí le tienes usando la palabra «pecado», clara como el agua. ¡Lo veo! La cara del hombrecillo se pone colorada mientras se levanta despacio de su lujoso asiento de piel. Llama «maricón» al hombre alto y le echa del despacho sin miramientos, con órdenes de que no vuelva a pisarlo.

Ahora me recorre un retumbo. Mi padre vuela a medianoche en un B-17 gigantesco al alcance del radar nazi: la infame Fortaleza Volante. Sentado a su lado está el copiloto, impertérrito. Un técnico, un artillero y un bombardero completan la tripulación. Todos proceden de la pequeña ciudad de McHenry, donde sus padres se ocupan de cultivar un maíz tan grueso como el pulgar. Todos llevan las mismas chaquetas de cuero con los mismos cuellos de piel levantados. Talladas con cuchillas, lucen en las mangas réplicas diminutas de bombas, manchadas de rojo por el yodo. Cada bomba representa una misión cumplida sin incidentes. Hay ocho filas de bombitas rojas. El B-17 mantiene una discreción suicida sobre las explotaciones petrolíferas de Hitler en Rumanía. La noche es oscura como boca de lobo. Inician un bombardeo indiscriminado sobre hectáreas de combustible. Van dejando tras ellos monstruosas llamas anaranjadas.

Prosigo mi búsqueda de los perros, merodeo por carreteras secundarias congeladas, paso por delante de desventurados caballos de costillar prominente y sin herraduras, con los cascos hendidos sobre el hielo. Ahora mi silbido suena como una tetera vacilante.

LA RAZÓN POR LA QUE HE VUELTO

La Chantajista estaba sentada ahí. En el cuarto de estar. Sentada en el borde del sofá de piel. Con las piernas muy juntas. La espalda recta. Las manos plegadas pulcramente en el regazo, como una campesina que aguarda un autobús que la lleve a la ciudad. De hecho, estaba tan quieta y con tanta compostura que pasé por delante de ella varias veces sin darme cuenta. Es ese deambular de cuando te enfrascas en tus pensamientos y dejas que el cuerpo se las arregle solo, asuma su propio aburrimiento nervioso. Ni siquiera te percatas de que estás deambulando por tu propia casa. Cuando la vi y me detuve como alguien que no está seguro de lo que está viendo…, no dije nada. Ella habló primero. Habló sin mirarme. Se miraba los zapatos o al suelo entre ellos. He olvidado cuál de las dos cosas.

—Quiero hablar contigo —empezó—. La razón por la que he vuelto es que quiero preguntarte algunas cosas. No quiero asustarte. Nada de eso. Lo que quiero saber…, bueno, lo primero de todo, lo primero, lo obvio.

—¿Qué es lo obvio?

—Lo obvio es que te atraigo. ¿No? Ahora, si es simplemente porque soy mucho más joven que tú o porque soy joven y mujer… o…

—Joven y mujer; sí. Eso es; las dos cosas, e inteligente.

—¿Inteligente?

—Bueno…, no eres tonta.

—No soy tonta. No. En absoluto. ¿Pero qué era todo aquello…?

—¿El qué?

—Aquello…, la borrachera…, aquel… aquel alarde bravucón.

—¿Alarde bravucón? ¿Cuál?

—Lo de jactarse del suicidio.

—¡No me jactaba! No puedes jactarte del suicidio. No hay nada de bravucón en eso…

—¿Entonces qué era?

—Pensé que quizá pudiera interesarte.

—¿El qué?

—Que dos personas que tienen una relación amorosa se pusieran de acuerdo en…

—¿Una relación amorosa?

—Sí.

—Pero nosotros no…

—No. Ellos. *Ellos* sí lo estaban. No nosotros. Las víctimas.

—¿Qué víctimas?

—Ni siquiera nos hemos desvestido juntos. Tú ni siquiera me has visto desnudo.

—¡No!

—No nos hemos besado. Ni tocado.

—¡No! Bueno…

—Aquella vez…

—Sí.

—Pero aquello fue sin querer.

—Tú querías ver mi…

—¡No es verdad!

—Bueno, que no nos distraiga…

—¡Digo que no es cierto!

—Lo que importa es…

—¿Qué es lo que importa?

—Es que…

Hubo una simulación de búsqueda de «lo que importa». Como si estuviera volando por el aire, zumbando, y los dos aguardásemos a que se posara. Leños del fuego de la noche anterior aún brillaban en los rincones negros de la chimenea.

—Lo importante es, supongo, que nunca llegaremos a culminar. ¿O sí? —dijo ella.

—¿Culminar qué?

—Lo que sea. Y si lo hiciéramos…, si lo hiciéramos probablemente sería una decepción para los dos.

—¿Una decepción? ¿En qué sentido?

—No en ese sentido. No me refiero…

—¿A qué?

—A sexualmente. No me refiero a sexualmente.

—Quieres decir sexualmente decepcionante.

—No. No lo sería, supongo que no.

—No.

—¿Entonces por qué no lo intentamos?

—¡No!

Se levantó rápidamente y se acercó a la ventana que daba al cactus muerto y a una antigua bolera cuyas esquinas rebosaban de maleza amarilla. Se tapó la cara con las manos. No se acercaría a ella, no la tocaría —tratando de consolarla— como una persona casada.

—He vuelto para pedirte algo.

—Muy bien…

—¿Crees que sería posible…?

—¿Qué?

—¿Tener una… conversación?

—¿No la estamos teniendo?

—No me refiero a…

—¿A qué?

—Me refiero a… ideas.

—Claro.

—Ideas que signifiquen algo. Que lleven a alguna parte.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Para entonces ella había dejado caer las manos; luego se cruzó de brazos y miró por la misma ventana a nada en concreto. No porque no hubiera nada fuera. Era porque su mirada no veía. Tampoco porque estuviese viendo algo por dentro, era que no veía nada en absoluto. Una especie de ceguera con los ojos abiertos de par en par.

—¿No echas de menos a tu mujer? —preguntó bruscamente.

La pregunta me pilló desprevenido, desde luego. Supongo que se alegraba de haberla soltado, aunque no se volvió para verme la cara. Tardé un momento. Me senté en el sofá de piel donde ella ya había dejado un hoyo oscuro y caliente y miré a uno de los mortecinos terrones de ascuas.

—Claro que la echo de menos.

—Nunca hablas de ella.

—No. ¿Qué voy a decir?

—Pues… ¿qué pasó? Todos esos años y luego, de repente…

—¿Y lo de esa… lo de esa idea tuya, esa conversación que dices?

—¿Qué?

—Pues… ¿de qué se trata? ¿Qué idea tienes?

—Se me ocurrió que tiene que haber esa corriente de ideas entre la gente. Ese mar de ideas, si quieres. Conocidas y desconocidas. Las dos. Que entran y salen de cada uno. Que se alimentan entre sí. A nosotros dos. Campos, por así decirlo. Simbiosis, quizá.

—¿Y qué?

—Tienen que estar relacionadas.

—¿Por qué?

—Todo es humano. La mente, el espacio, la imaginación; ya sabes.

—Te lo estás inventando.

Se volvió hacia mí. Parecía sorprendida.

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy. Me sorprende que hayas podido pensar que miento.

—No que mientes. No he dicho que mientas. He dicho que «inventas cosas».

—¿Cosas?

—Cosas. Ideas. Corrientes de ideas.

—¡No!

—Puede que no seas consciente. Estoy seguro de que no.

—¿De qué no soy consciente?

—De que inventas. De que no te conoces. De lo que fabrica tu imaginación.

—¡Oh!

Gritó ese «oh» como si el insulto que representaba sobrepasara su comprensión. Volvió a apartarse de mí y le asaltó la urgencia de correr y tuvo que contenerse y mantenerse firme. Ya no estaba segura de lo que hacía. De por qué había vuelto. No sabía de qué iba todo aquello. Parecía haberse secado cualquier «tema».

—No sé qué estoy haciendo aquí.

—Yo tampoco sé qué haces aquí.

—Creí que lo sabías.

—Te convenciste de que tú y yo teníamos algo en común.

—¿Y no lo tenemos?

—¿Qué ha pasado? ¿Tu amigo te ha llevado al aeropuerto y luego le has dicho que dé media vuelta y que recorra cien kilómetros? La ida y vuelta son doscientos. ¿Te has desviado doscientos kilómetros y pico solo para volver y…? ¿Qué ha dicho él? ¿Te ha preguntado por qué has cambiado de opinión o de sentimientos o…? ¿Qué ha pensado *él*? ¿Qué pensabas tú?

—Estaba decidida a llegar al fondo de esto.

—¿De qué?

—De lo que nos ha atraído. Sea lo que sea. No quería rehuirlo.

—¿Era eso? La «tía» de San Francisco…, una huida. ¿Era eso?

—¡No! —gritó ella, y volvió a darme la espalda. Retumbaba el silencio.

—Oye —dije cuando hubo transcurrido un largo rato—. Oye, yo tampoco sé qué hago aquí. Sucedió, nada más; la cosa explotó. Ahora veo cosas.

—¿Ves cosas?

—Sí, a mi padre, por ejemplo. Veo a mi padre en todo. Aparece, sin más. A veces en miniatura. Le veo cuando paseo; cuando silbo. Le veo pilotando aviones. Bombardeando pueblos. Incendios debajo, en tierra. Sin ningún motivo.

—¿Incendios? —dijo ella, como si la palabra le introdujera ceniza en los ojos.

—¿Pero no es increíble que los dos estemos exactamente en el mismo apuro y no lo sepamos?

—Quieres decir que no lo sabemos colectivamente o…

—No lo sabemos, a secas.

—¿Qué más ves?

—Cosas. Animales. Gárgolas, supongo. Cosas viscosas.

—¿Demonios?

—Sentados en mi pecho por la mañana.

—Oh, Dios mío.

—Mirándome.

—Estás peor de lo que pensaba.

—Puedes usar otra vez mi habitación de invitados, si quieres. O sea, puedes seguir usándola. No he lavado las toallas.

—Quizá pase aquí la noche.

—¿Qué más vas a hacer?

No respondió. Salí de la habitación. No lo soportaba. Agucé el oído para oír sus movimientos, pero no hizo ninguno. En aquel momento lamenté haber dejado el tabaco. Me habría fumado uno o dos pitillos. Miré los frascos de plástico de medicamentos en la repisa de piedra de mi cuarto de baño. Pastillas para el corazón. Vitaminas. Inhaladores. Loción para después del afeitado. Cuchillas. Oí el golpeteo de pequeñas hojas contra la pantalla de la ventana, un repiqueteo como si estuvieran hablando. Un vecino, a lo lejos, llamaba a su hijo. Ella entró detrás de mí y abrió el grifo de la bañera. Fue lo primero que hizo. Sin más. El grifo del agua caliente, a tope. Se recostó en la porcelana y cogió la caja de las sales de Epsom, como si hubiera hecho todo esto antes. Vertió como mínimo la mitad del contenido en el agua humeante. Dejó la caja y empezó a hablarme en voz baja mientras se desnudaba. Yo veía todo esto en el espejo del botiquín, como si tuviera ojos en la nuca.

—Decidí volver en cuanto dejé las llaves en el buzón para devolverlas. He aparcado el Honda, he dejado las llaves y he vuelto andando a la carretera. Ni siquiera he llamado a mi amigo.

—Entonces has debido de hacer autostop o venido a patita.

—Las dos cosas. Me ha llevado un rato un mexicano que transportaba madera.

—¿Has estado preparando las cosas que ibas a decirme?

No llevaba sujetador. Tenía ese tipo de pechos adolescentes con pezones tiesos y erectos y apenas una copa de pecho. Se quitó las bragas negras y comprobó el agua. Estaba completamente depilada ahí abajo, salvo por un pequeño mechón de vello negro. Miré cómo se sumergía poco a poco: con las manos agarrando el borde, la boca entreabierta. No movió los labios. Se sentó sobre el montículo en disolución de sales de Epsom, aplastándolo. No emitió ningún sonido. Reclinó la cabeza en la bañera y después se hundió del todo, con los ojos cerrados. Juntó las manos despacio sobre el coñito y el agua caliente siguió manando, con su hondo borboteo. Me marché antes de que pudiera emerger a la superficie y abrir los ojos. Salí a buscar otra vez a los perros. Ahora que tenía los labios más calientes quizá hubiese mejorado mi silbido.

Quizá esté tramando algo. Algo que se me ha escapado por completo. Algo entre líneas, caído entre las grietas. Puede que sea, a pesar de nosotros, una historia fabulosa. En cuyo caso, ¿debería tener la deferencia de apartarme? Y darle a ella la «autoría» completa, si eso es lo que quiere. ¿Es lo que quiere? ¿Quién sabe? Y si se me ha escapado…, si se me ha escapado es algo totalmente distinto. Es «no ver», pura y simplemente, eso es lo que es. Esas «conversaciones», como las llama ella —intercambios de ideas, de pensamientos, de lo que sea—, son solo el soporte de todo un tapiz de experiencia. Mis conversaciones con ella, las suyas conmigo, son, de hecho, vías de investigación. ¿Cómo he podido no ver la verdad más flagrante? Si es que es así en realidad. Si es así, que así sea, como dicen en la Biblia del rey Jacobo. «Que así sea.» Sin embargo, si era solo una manera de «tirarle los trastos», de atraer su atención, de que se interesara por «mí» y no tanto en lo que le estaba diciendo…, ¿qué le estaba diciendo? Algo relacionado, según recuerdo, con su posición a la vanguardia de la tecnología punta y la mía, que era un simple encaprichamiento muy propio de la existencia empírica del siglo XX. Los dos estábamos diciendo insensateces, yo por lo menos. Sin llegar a nada, como decía mi tío. Lo increíble es que ella debió de pensar que aquello tenía algún valor. Yo pensaba que lo único que hacíamos era conocernos. Solo eso. ¿Había algo más?

BERLÍN, NOVIEMBRE DE 1811

«Se retiraron al Inn de Wilhelmstadt, entre Berlín y Potsdam, en la ribera del Lago Sagrado. Se prepararon para la muerte durante una noche y un día en que elevaron oraciones, cantaron, bebieron una serie de botellas de vino y de ron y finalmente tomaron unas dieciséis tazas de café. […] Hecho esto, se retiraron a las orillas del Lago Sagrado y allí se sentaron el uno enfrente del otro. Heinrich von Kleist sacó una pistola cargada y disparó al corazón de Madame Henriette Vogel, que cayó hacia atrás, muerta; él recargó el arma y se disparó un tiro en la cabeza.»

HENRIETTE VOGEL

Me pregunto cómo sería Henriette Vogel. Es lo primero que se me ocurre pensar. Desahuciada por un cáncer terminal de útero, no fue la primera mujer a la que Von Kleist le pidió que muriera con él, pero sí la primera que accedió. ¿Era bonita? ¿Tendría rizos? Botas negras de cordones. Montones de enaguas almidonadas.

Recupero mi silbido. Vuela por encima del enebro. Entro crujiendo en el chaparral helado. Me pregunto si se conservaron las «cartas de despedida». Los dos, sentados frente a frente a la luz cremosa de la vela, escribiendo con una pluma de ganso. ¿Se enseñarían las cartas? ¿Se pasarían la pluma? ¿Cómo le dices adiós para siempre a alguien que está sentado justo enfrente de ti? ¿Cómo escribes desde los muertos cuando aún estás vivo? Lo que quiero saber es cómo consiguió él que ella aceptara. Ya estaba moribunda, por supuesto, pero ¿cómo estaba tan segura de que él se volaría los sesos después de haber hecho lo mismo con los de ella? ¿Por qué no hubo entre ellos algún acuerdo de simultaneidad? Los dos empuñando una pistola contra su propia sien o los dos apuntando con el arma a la sien del otro. ¿Qué le impedía a él desentenderse de aquel desaguisado? Bastaba con incorporarse después de haber disparado a Henriette y marcharse para seguir viviendo más tiempo. Al fin y al cabo él solo tenía treinta y cuatro años. Le quedaba cantidad de savia. ¿Cómo no se lo pensó dos veces en cuanto sintió que la sangre caliente de ella le salpicaba la cara cuando apretó el gatillo? ¿Cuando vio que el impacto le reventaba el cráneo? En cuanto comprendió que ahora aquello estaba sucediendo de verdad y no era solo una idea; un punto de vista filosófico, un acto político de burla a la sociedad; solamente otra meditación perpetua. ¿Cómo, de hecho, la convenció de que lo hiciera? Sin duda no pudo ser en la primera cita. Quizá la idea fue solo de él o quizá incluso fue de ella. Quizá el deseo de morir de Henriette era más grande que el suyo. Quizá fue lo primero que les atrajo. Estaban hechos el uno para el otro. Era el destino.

ALFOMBRAS PEGAJOSAS

Ahora está de pie. Se tambalea. Camina en un ligero zigzag hacia el cuarto de baño oscuro. Se pregunta si conseguirá llegar o si le encontrarán arrebujado sobre los azulejos mexicanos. Últimamente ha sufrido contracturas en los pies y las pantorrillas, extraños, pequeños calambres eléctricos alrededor del cuello. Quizá no sea nada. ¿Cómo lo llaman? «Dolor funcional», sí. «Funcional.» No significa nada. «No enciendas ninguna luz, sabes el camino. Conoces esta casa. Esta.» Hubo una mañana en que la confundió con una de las habitaciones del motel de la autopista 40 Oeste, a las afueras de Little Rock. Uno de esos cuartitos donde duermes con toda la ropa puesta porque las sábanas son ligeramente sospechosas. Como las alfombras son pegajosas no te quitas los gruesos calcetines azules. Una luz amarilla de neón se cuela de algún modo a través de la pared empapelada con estampados cachemira. Grabados descoloridos del *Mayflower* enfrentándose a gigantescas olas del Atlántico. Un escritorio plastificado en el que te sientas sin prestar atención. Grafitis a navaja. Huellas de tintorro derramado o vomitado; no se sabe. Manchas. (A menudo estas señales son engañosas.) Apoya la mano en la pared alabeada de imitación de adobe que hay encima del inodoro y mea. Se limita a dejar que el chorro fluya despacio, levemente encorvado, mirando al agua que forma un remolino en el sentido de las agujas del reloj. Su pis apesta por alguna razón. Un olor fuerte y rancio a verduras como zanahorias pasadas. Dirías que no es por la bebida, no sería eso, pero lo es. Un hedor definido. Quizá los espárragos de anoche. Espárragos y peras. Podría ser. Sale del cuarto de baño arrastrando los pies envueltos en sus calcetines térmicos azules, recorre el pasillo, entra en la cocina y echa a los dos perros. Son grandes, fibrosos. Feos, si los miras con la luz equivocada. Se precipitan hacia la puerta, gruñendo y resbalando en el hielo, chocan como jugadores de hockey y desaparecen entre los oscuros enebros. Andan detrás de algo. Algo que no se ve. Quizá la luz matinal de otro tiempo. Lebreles de carrera, perros de caza mestizos, liebres que surgen de matorrales de hierba mojada de los pantanos. Un tenue zumbido de tráfico, a lo lejos, que resuena a través de cursos fluviales protegidos para los ánades reales, garcetas blancas y grullas canadienses.

Su familia duerme en las camas. Todos sus miembros en posturas distintas. Sueñan. El aire está todavía tan oscuro y neblinoso que las farolas del Golden Gate brillan intensamente. Tanto como para creer que este momento pueda durar para

siempre. La amplia bahía se curva entera, amenazadora, en sus contracorrientes silenciosas. Solo tiene que esperar. Ya no es un niño.

PICAZO

Los perros corren con el ganado. Zigzaguean de un lado para otro. Con la nariz cerca del suelo, pegada al olor de un rastro. Pequeñas hogueras dispersas en campo abierto. Un potro muy menudo —picazo y de ojos azules— se ha prendado de mí en la ciudad y me ha seguido hasta aquí. Ha venido corriendo como si me conociera. Soy muy flaco, estoy bronceado, voy descalzo, tengo quizá trece años. Estoy estirando una camiseta sobre mis costillas huesudas. Este potrito (no es un poni) es como un perro en sus muestras de afecto. Me mira directamente a la cara con una muda interrogación. No sé si está hambriento o no. No parece que esté buscando comida. Está lo bastante rollizo. Es de un color beige claro, con manchas blancas irregulares, como un pinto. Hace ya un calor abrasador y apenas ha salido el sol. De repente hay gente alrededor. Todos parecen llenos de energía e intención: resueltos. Se traen algo entre manos. Todas las chicas me conocen como si fuera su hermano. Van de una hoguera a otra con bultos de ropa, como si hicieran las maletas para un viaje. Nadie está triste. Nadie se lamenta. (Yo suelo estar inexplicablemente triste cuando hago la maleta.) Todos son jóvenes, por debajo de los treinta. No hay música. No hablan. Parece un acuerdo tácito del que estoy excluido. Las colinas circundantes son desoladas y todo parece como en mitad de Dakota del Sur, cerca de Kadoka. No hay amenazas alrededor. Estamos solos. Ganado negro salpica el paisaje y se desplaza a través del humo, fuera y dentro de las hogueras. Ninguno de los becerros berrea. No hay cerca. No hay alambrada. Todos vamos juntos hacia alguna parte. Me siento más fuerte de lo que nunca me sentiré.

EXTRAÑOS VENTILADORES

Lo que recuerdo de verdad es lo siguiente: el viejo que se hurga metódicamente en las costras de metralla de la nuca. Con una expresión hipnotizada en los ojos. Lejos. Quizá en el pasado. Quizá en la guerra. Él, con una taza de estaño de café solo, en mitad de una plantación de aguacates. El café que humea a la luz de la mañana. Irrigación. Botes de repelente de insectos. Extraños ventiladores. Él, en el desayuno con una tira de papel higiénico pegada en el punto de la barbilla donde se ha cortado al afeitarse. Un punto rojo que supura. Él, leyendo a García Lorca en español. A Cervantes. Mueve ligeramente los labios. De nuevo. Un trance. Él, tocando su propia batería; batería que había encontrado en una casa de empeños. Que había creado él. Un bajo Slingerland, con el barniz desgastado. Él, poniendo una y otra vez un vinilo de 78 rpm de Wilbur de Paris. Sus pipas en un soporte circular de baquelita, con marcas blancas de dientes en todas las boquillas negras. Cartones de Old Gold. Packs de seis latas de cerveza Hamm’s. Él, calentando el motor del Kaiser-Frazer como si fuera a partir para un reconocimiento.

Eran los años cincuenta; Eisenhower construía sus autopistas. América estaba en una centelleante vía nueva. ¡Eléctrica! La Gran Guerra ya había concluido. Los hombres volvían a casa. Todas las mujeres les recibían con los brazos abiertos.

LA FELICITY OPUESTA

Lo curioso de Felicity era lo distinta que parecía con su vestido de algodón blanco puro y las piernas bronceadas, zapatos de charol negros y un bolso a juego, lo distinta que era de la que yo recordaba de aquella otra mañana, gritando desnuda, sacudiendo su melena pelirroja. Desvergonzada. Ahora estaba aquí, de pie en nuestro porche delantero, muy sencilla, con una coleta, los brazos cruzados a la antigua usanza y el bolso colgando, y me preguntó si mi padre estaba en casa. Le dije que todavía estaba trabajando, alimentando al ganado, pero que si quería podía entrar de todos modos a esperarle. Así que ella entró, y yo me puse cada vez más nervioso y tembloroso cuando se sentó en el borde de una butaca de mimbre de respaldo recto mientras yo sacaba té con hielo de la nevera y lo vertía en una jarra de cristal, y se lo llevé con el hielo partido entrechocando y el té derramándose por el borde. (La casa no era la de la pensión. Estaba en el campo, pero Felicity la había encontrado de algún modo, nos había localizado.) Cuando le di el té depositó en el suelo su bolsito negro y se puso el tarro encima de las rodillas, y luego me sonrió con una euforia repentina.

Me puse tan nervioso que tuve que salir a dar una vuelta. Todo el tiempo que estuve fuera me la imaginaba sentada en la butaca de mimbre, completamente a solas con el té en equilibrio sobre las rodillas y mirando alrededor de nuestra extraña casa nueva —quiero decir nueva para nosotros—; una casa distinta, con cosas diferentes en la pared que no nos pertenecían, grabados baratos de lucios y campos de madera talada y lugares que no tenían nada que ver con aquel donde estábamos ahora. Yo echaba de menos el ventilador negro de nuestra cocina mientras me abría camino entre arbustos de acacias espinosas, sorteando latas de judías vacías. El rumor amistoso de su rotación en sentido opuesto a las agujas del reloj. El sol ya pegaba para entonces y yo lo veía todo en mi cabeza: el pequeño ventilador que enviaba aire contra la nuca de Felicity, mechones pelirrojos que se erizaban. La imaginé sentada derecha, dándome la espalda, y el tarro que derramaba agua por sus piernas, la evaporación que le bajaba como un reguero frío por las pantorrillas. Pensé que quizá debería acercarme más a la casa y fisgar por la ventana trasera para ver si seguía allí sentada o se había levantado y deambulaba por las habitaciones (solo había tres), curioseando para ver si reconocía algunas de nuestras pertenencias de la pensión, como el cuenco de afeitar de mi padre o mi acordeón mellado. Cuando me acerqué furtivamente a la ventana me sentí como un espía o un merodeador que ronda a escondidas alrededor de una vivienda ajena para ver si hay algo que valga la pena

robar. Un mirón. No vi a Felicity en ninguna parte. La butaca de mimbre estaba vacía. El pequeño ventilador giraba y enviaba aire por la habitación vacía. Casi percibí las ráfagas. Me desplacé a hurtadillas hasta la ventana del dormitorio y la vi dando brincos sobre el colchón de mi padre, tirado en el suelo. No había sábanas ni mantas encima y sus oscuras manchas de café creaban un agudo contraste con el vestido de Felicity. Parecía feliz; se reía en silencio, con un brazo en alto por encima de la cabeza, derramándose el té del tarro sobre los hombros y el colchón desnudo. Volcó el recipiente completamente y se bañó con té la cabeza entera. Se sacudió de los pies los zapatos negros y siguió dando saltos arriba y abajo, y luego arrojó el tarro contra la pared. No se rompió, sino que rebotó contra el yeso de la pared y traqueteó rodando por el rincón. Girando. Ella dejó de reírse. Dejó de brincar y se quedó mirando a la pared. El tarro cesó de girar y se detuvo. Ella no se movió. Yo tampoco. No se daba cuenta de que le miraba la nuca mojada.

¿Lo entiendes? No veo por qué no lo entiendes. ¿Te comportas así y esperas que todo sea normal? Con él, me refiero. ¿Cómo puedes hacer esas cosas? Vas a comprarte maquillaje y te comportas así. Delante mismo de él. ¿Qué esperas?

FAROLAS

Un día le pregunté a Felicity por mi padre. Estaba allí de nuevo, esperándole. Sentada en la butaca de mimbre con su bolsito negro y sus zapatos cubiertos de polvo. Esta vez con un vestido rosa de flecos. (Para parecer más inocente, supongo.)

Le pregunté si alguna vez había hablado con él y me dijo que era un hombre muy callado. Era una de las cosas que le gustaba de él, su silencio. «¿Hablaba *alguna vez*? ¿O solo movía los labios?», le pregunté. «Una vez», dijo ella. «Habló de desaparecer; de que todo estaba desapareciendo. De que había hogueras por todas partes y gente corriendo con antorchas. Riéndose. La noche estaba llena de chispas. De canciones. Niños que corrían y gritaban de alegría. Enamorados que saltaban cogidos de la mano sobre los chasquidos de las llamas. Los fuegos subían hasta las mismas estrellas.» «¿Cuándo fue eso?», le pregunté. «En los viejos tiempos, me dijo. Antes de que sacaran la electricidad de la tierra, supongo. Las calles sin pavimentar estaban iluminadas con farolas.»

Algo en su voz me hipnotizaba, incluso a aquella edad. Algo como una mano suave que me acariciaba la coronilla. He visto caballos que se duermen solo con que les frotes los ojos, las pestañas. Es el modo de hacerlo. Pensé: ¿y si mi padre sabía lo que yo estaba pensando? ¿Lo que estaba pasando? ¿Y si sabía lo que yo sentía por ella? Ni siquiera yo lo sabía aún. Lo que sentía. Era como agua caliente bajándome por la espalda.

OJO HINCHADO

Ahora lleva un vestido de raso blanco que se le ajusta al cuerpo. Sin nada debajo. El vestido tiene un brillo blanco de perla, casi azulado. Reluce. Luminiscente. Cae al suelo y le rodea los pies como a una estatua griega. Su cuerpo es joven. Su cara no, y nunca me mira directamente. Parece que no me reconoce en absoluto, aunque sé que la he rondado durante años. Tiene el ojo derecho abierto de par en par y rojo, hinchado. Es como tres veces más grande que el otro. Yo estoy frente a ella, llevo puestos unos calzoncillos verdes y sujeto muy fuerte contra el pecho un fardo de toallas sucias. Le estoy preguntando dónde está el cuarto de la lavadora, pero parece que no lo sabe. Parece perdida y no comprende por qué le hago esta pregunta banal. Vuelve la cabeza de un lado para otro, explorando el espacio de forma mecánica. Cuando gira la cabeza, el ojo hinchado pasa y mira intensamente, en un intento desesperado de reconocerme, pero no lo consigue.

El viento está alborotando ahora en las montañas. Sangre de Cristo. Tazas de plástico, polvo y esquirlas de metal dentadas vuelan sobre la carretera. Los enebros y la chamiza aguantan estoicos, pero sus bordes se agitan como dispuestos a volar en cualquier momento. El césped donde se practica el putt no se entera del viento que sopla. Pequeños números en varas de acero que conducen a copas de plástico blanco. La gente va a la iglesia con este tiempo, se sujeta el sombrero, ayuda a los ancianos a apearse de los coches, protege del sol a sus bebés. «Por favor, querido Jesús, que esto no dure eternamente.»

CAVILACIÓN DE LA CHANTAJISTA

Podría ser que sus intenciones fuesen totalmente distintas cuando empezó. Lo único que quería era tomar nota de mis inflexiones —en qué hacía yo hincapié—; no tenía en mente plagiar nada. Escuchando la «voz» descubrió la esencia. Quizá había descubierto algo de lo que yo, el que hablaba, no era consciente, en cuyo caso era legítimo considerarse el «autor», el que sabe algo más que el que está hablando. El que rastrea algo a través del contraste y la discordancia. Que descubre al escritor no descubierto que hay debajo. Quizá sea eso. Ella cree que sabe algo de mí que yo mismo ignoro. Me conoce mejor que yo mismo. Es posible. Es muy posible que haya oído algo. Algún tipo de cadencia rimada. Griega, o mongólica, o algo completamente extranjero e improbable. Se emocionó con ello. Era su pequeño secreto. Galés, quizá. Quizá galés. En cualquier caso, pensaba que había hecho aquel pequeño descubrimiento ella sola y que por tanto tenía derecho a asumir una especie de autoría. Una especie de algo.

Yo había decidido seguirle los pasos lo mejor posible. La seguí a cafeterías, a comercios de alpiste, a farmacias. Tenía que haber alguna manera de denunciarla, pero comprendí que no estaba preparado para explicar mi propia posición en todo aquello. De hecho no estaba seguro de cuál era. Me gustaría creerme totalmente inocente, una víctima de las circunstancias, pero enseguida me percaté de que me verían de otra forma a causa de la extrema diferencia de edad entre ella y yo. Quiero decir que parecía obvia la lujuria, la lascivia. Además, ella no había hecho nada todavía, no había publicado nada ni se había proclamado la «autora» de algo, no. No había hecho más que pasar horas sentada, dar sorbitos de café, clavar la vista en la pantalla y de vez en cuando pasar rápidamente los dedos por las teclas, produciendo aquel chasquido, aquel clic. A veces se sentaba en las paradas de autobús con las manos cruzadas encima del ordenador, a la espera de que ocurriese algo; al menos daba esa impresión. Quizá eso fuera todo: esperar a que algo sucediera, como si su vida estuviera volando en patrón de espera, aguardando solo el momento justo para aterrizar.

DIÁLOGO CHANTAJISTA 3
(Pequeños tirones)

—¿Por qué no vienes a verme? No me refería a que esto fuese el principio del fin para nosotros…

—¿El principio del fin de qué?

—De lo que sea.

—No es nada.

—¿No crees en la casualidad?

—La casualidad no es nada en lo que creer. Es solo algo que pasa.

—El azar.

—Sí.

—La suerte.

—Oye…

—¿Qué?

—Si acepto verte…

—¿Entonces vendrías? ¿Te lo pensarías?

—Sí…, pero no traigas las páginas.

—¿Por qué no?

—No quiero verlas.

—¿Por qué no?

—No quiero.

—¿Pero te gustaría verme?

—Me gustaría ver si has perdido el juicio o no.

—¿Y cómo vas a saberlo solo con mirarme?

—Por tus movimientos.

—¿Cómo que por mis movimientos?

—Por si les falta espontaneidad o no.

—¿Espontaneidad?

—Sí.

—¿Qué es falta de espontaneidad?

—Ser brusco.

—¿Brusco?

—Sí. Cuando se cambia de opinión se es brusco.

—¿Todos nosotros?

—Todos.
—No lo sabía.
—Fíjate. La próxima vez que cambies de idea.
—¿Y tú me lo notarías si nos viéramos?
—Por supuesto.
—¿Cómo?
—Por tu cabeza. Pequeños tirones.
—¿De un lado a otro?
—Y de arriba abajo. Las dos cosas.
—¿Pequeños tirones?
—Como si tuvieras un mosquito en el oído.
—¿Y por qué eso indica locura?
—El mosquito no existe.

ELLA ME VE MIRÁNDOLA

Me alejo un poco más de la casa, silbando y llamando. La sangre se retira de mis manos a causa del frío. Me soplo los dedos y meto las manos en el fondo de los bolsillos de la chaqueta. Empiezo a verla desnuda en mi cabeza. Podría ser una ingenuidad, pero ¿de verdad intentaba seducirme? ¿Era un procedimiento bien pensado y del todo intencionado? ¿No sería que de improviso y por casualidad había decidido darse un baño en mi bañera conmigo allí delante, mirándola? Tuvo que haberme visto mirándola en el espejo del armario. Ella sabía lo que estaba haciendo. Pero en todo aquello hubo una extraña falta de excitación. Una semana antes casi podría haberme muerto de ganas de verla desnuda, pero ahora…, ni siquiera recuerdo si se me empinó. Me acordaría, ¿no? Sin duda me acordaría. Quizá fue algo completamente distinto.

Los perros han vuelto. Aparecen sigilosos en la puerta de entrada, jadeando y moviendo dócilmente el rabo. Si hubieran estado todo este tiempo al acecho alrededor de la casa yo no me habría dado cuenta. Estos días hay muchas cosas que se me escapan. Les dejo entrar en la cocina, contento de verles aunque secretamente con ganas de darles a los dos una patada en las costillas. Beben juntos en el cubo de goma, lamiendo y goteando. Les arranco espinas de cactus de las plantas de las patas y luego abro latas de pestilentes vísceras de pollo coaguladas. Además de las vísceras noto en el pasillo el olor del agua humeante impregnada de sales de Epsom. Me pregunto si ella se habrá quedado dormida ahí dentro. No oigo ningún ruido de salpicaduras o borboteos. Empiezo a mezclar el pollo con pienso molido y el hedor disminuye un poco. De repente me sorprendo pensando que podría estar desangrándose. Me trago la conmoción nerviosa que me baja por la garganta hasta el pecho. Paro un momento de mezclar comida de perro y aguzo el oído. El jadeo y el movimiento del rabo de los perros. El graznido de arrendajos azules. Hagas lo que hagas, no entres ahí corriendo. El agua estará roja. Ella tendrá la cabeza cerca de la superficie. Los ojos abiertos de par en par. Los brazos huecos estarán flotando y azulados. Las arterias de las muñecas cortadas. ¿Con qué? Ella llevó algo. Una cuchilla de afeitar. Encontró una de las mías en la repisa del cuarto de baño. Todavía estarán girando remolinos rojos alrededor de la cintura. El pelo cayéndole en ondas hacia atrás. Las uñas púrpuras de los pies sobresaliendo del agua. Huellas rojas pegadas a la porcelana. La toallita para lavarse flotando justo en medio de sus pies. ¿Qué les diré a sus padres? Que la encontré así. No había indicios…, ¿a quién llamas

antes? ¿A la policía? ¡No! A la policía no. ¿A emergencias? Al equipo que sale en las series de la tele. ¿Quiénes son? ¿A qué hospital? ¿Hospital? Ya está muerta. ¿Cómo explico su estado de ánimo? ¿Cuál era? ¿Dónde nos conocimos? ¿Hace cuánto? ¿Hemos tenido relaciones sexuales? ¿Qué hacía ella en mi casa? En mi bañera. Totalmente desnuda. La bolsa del cadáver. Siguiendo a la ambulancia. Sin intermitentes. Ya está muerta. Ya ha fallecido.

Empujo los cuencos de aluminio hacia los perros y enfilo el pasillo. Me tomo mi tiempo. Veo rastros suyos en el trayecto. Libretas. Lápices. Libros de texto. Ordenador. Cosas tiradas por el suelo. Una pulsera de plata. Una sortija de latón. Trato de adoptar una actitud indiferente. Calmosa. Humilde. Abro del todo la puerta del baño. Vuelve a cerrarse ligeramente. Me detengo. No miro a la bañera. Hay charcos de agua por el suelo. Su ropa ha desaparecido. Incluso sus sandalias. ¿Qué hacía llevando sandalias en invierno? No mires a la bañera, me repito. Miro. Ella no está. La bañera sigue llena. El agua ya está templada. Aprieto el botón blanco y tiro de la cadena. El ruido de succión parece retrasarse. El agua se empieza a encauzar hacia el desagüe. Roja y amarilla, con partes transparentes. Una cinta. Quizá ella empezó algo y desistió. Se lo pensó mejor. No, es demasiado racional. Ya estaba en aquel estado. ¿No? ¿No dijo que había venido a preguntarme algo? Algo relacionado con un intercambio. ¿Por qué había estado tanto tiempo sentada tan rígida? Supongo que fue mucho rato. Esperando. Sin moverse.

Sigo los pasos mojados que ha dejado al irse. ¿Ha cogido una toalla? ¿Se está tiñendo el pelo, lleva la ropa en el brazo, las sandalias colgando de dos dedos? Dos. No podía estar sangrando. No hay indicios. No hay motas. No hay manchas. La sigo hasta el cuarto de invitados. Debe de ser donde por fin se ha secado, se ha vestido. Se ha puesto algo más caliente. Toda la ropa que se ha quitado está encima de la cama. También las sandalias. Inspecciono el ropero. En el suelo, su maleta enorme vomita prendas en todas direcciones. Ropa interior. Medias. Cinturones de charol. Jerséis. Calcetines. Su parka azul ha desaparecido. El flexo encima de la mesita junto a la cama sigue encendido. Libretas amarillas desperdigadas. Recojo una, con letras garabateadas en tinta azul: «¿ESTÁS LOCA? DEBERÍAS ESTAR ADAPTADA A LA VIDA. ¡LO ÚNICO QUE TIENES QUE HACER ES DECIR SÍ!» En otra hoja leo: «SINESTESIA. TIENE QUE SER ESO. ¿QUÉ, SI NO? ¿COLORES? EL RE MENOR ES AZUL OSCURO». Salgo del cuarto. Las puertas laterales que llevan al patio de piedra están abiertas. Los perros ya han salido, con la cabeza rozando el suelo, aplicando la nariz al olor de ella. Los dos la conocían. La acompañaban en sus habituales carreras por la mañana. Le seguían los pasos. ¿Cómo ha podido pasar justo por delante de mí? ¿Adónde ha ido? Ya empieza a hacer más frío.

Hace mucho frío. Algo en su cuerpo se niega a levantarse. Algo en la parte baja de la espalda. Mira fijamente las paredes. ¿Hay algo que quizá pueda animarlo a incorporarse al menos? ¿Escuchar? ¿Algo que cruje? Algún animal pequeño correteando por las vigas. La idea de un fuego en el hogar de la cocina. Despertar a los perros. Un café…, al menos eso. Las extremidades no parecen conectadas al motor —sea el que sea— que mueve esa cosa. Los brazos, las piernas, los pies, las manos no seguirán las instrucciones —no las recibirán—. Nada se mueve. Nada quiere moverse. El cerebro no envía señales. Eso es. Señales. Ni una señal de peligro siquiera.

LA CHANTAJISTA ANDA SUELTA

Fui a buscarla. Lo hice. Estaba harto de estar solo. Quería que estuviese conmigo. Ella lo sabía. Se le notaba la emoción en la voz, pero eso no hizo que se acercara nada. Seguí yendo al pequeño café de la esquina donde la había conocido. ¿No es siempre así? Vuelves al lugar confiando en que aparecerá milagrosamente, aunque ella esté a kilómetros de allí. Quizá en la otra cara de la luna. Seguí haciendo el mismo pedido que la mañana en que la había conocido: dos huevos bastante hechos, picadillo de ternera sin patatas y con un bollo tostado. Como si, por arte de magia, la misma consumición pudiera convocarla. La camarera era la misma, «Betty». Pelirroja teñida y con raíces rubias asomando. Tatuajes de rosas y alambre de espino en los dos antebrazos. Su tez parecía extrañamente morena, y no solo por el sol. Se acordaba de mí pero no de la chica. Se lo pregunté. Examinó la foto como si la chica pudiera aparecer fuera, en un charco del aparcamiento. «No. No la recuerdo. ¿Más café?»

«Sí, por favor.» Betty se retiró, garabateando en un bloc verde. La chica me había interrogado exhaustivamente sobre mi pasado, mi adolescencia. Me examinó como si yo pudiera convenirle para el futuro, como si pudiese estar a la altura de sus expectativas. Le dije que solo recordaba unos apasionados manoseos con mexicanas morenas. Chicas con falda ceñida, ojos negros y nariz de indias. Carmín rosa. Una erección continua. Incluso después de correrme. Su olor me perseguía, fuera a donde fuese. Los perros lo sabían.

Mis perros lo sabían. Yo estaba seguro de que también lo notaban los adultos. En especial las mujeres blancas de mediana edad. El modo en que me miraban y sonreían, y luego se miraban los dedos de los pies en el calzado abierto. Me encantaban las mujeres más mayores. Sus caderas. Sus bolsos de piel con correas. Sus sombreros de ala ancha. A veces las seguía en las tiendas de comestibles. En la sección de helados donde las cajas congeladas desprendían vapor frío.

—Quiero hablar contigo —repetía ella—. Quiero preguntarte algo.

Como si nunca hubiera tenido la ocasión. Como si yo siempre estuviera distraído. Quizá lo estuviese. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué siempre vuelves?

—¿Tienes en la cabeza alguna idea idealizada de cómo podrían ser las cosas entre nosotros? Quiero decir, ¿ves ideas que brotan día y noche y se mezclan como una máquina gigantesca de procesar comida que produce mezclas geniales de chocolate y oro? —dije.

—¿Chocolate y oro? ¿De qué me hablas?

—Exactamente.

—Eso no tiene sentido.

—No.

—¿Te acuerdas de Oklahoma? ¿Nosotros dos?

—¿Oklahoma?

—Sí.

—¿Estuvimos allí?

—Solo nosotros dos. No había nada más alrededor aparte de alguna que otra bomba de petróleo perforando como un dinosaurio de cartón en miniatura. Caminamos kilómetros sin decir palabra.

—Hablábamos de la sinestesia.

—No. Yo recuerdo kilómetros de silencio.

—El re menor se veía como aguamarina. El do central era anaranjado.

—¿Hablamos de eso?

—Eres demasiado joven para haberlo olvidado.

—Recuerdo algo sobre colores.

—¿Sonido?

—Sonido y colores. Sí.

—¿Sinestesia?

—Si tú lo dices.

—Lo digo.

Seguimos andando hasta llegar a la orilla del río. Como aquel verano había habido sequía la mitad del río estaba seco. Además, las petroleras locales habían estado robando derechos hidrográficos y se los habían vendido al Gran Negociante con vistas al *fracking*. El terreno estaba polvoriento y agrietado bajo el sol que lo calcinaba y luego, de repente, había un pequeño reguero de agua que afluía a una poza donde el fondo era algo más profundo, y después continuaba la tierra quemada. Allí, justo en el centro, había peñas enormes. En otro tiempo, ranas y tortugas se exponían al sol y luego se lanzaban al agua cuando se avecinaba un peligro. Ahora aquellas peñas estaban inertes, cociéndose al sol como si las hubieran arrojado desde lo alto del espacio y se hubiesen estrellado e incrustado allí para siempre. Fuimos hasta ellas y las escalamos. Estaban calientes al tacto. Nos tumbamos juntos en una de las grandes, oscuras y planas. Contemplamos el hueco que formaban las paredes del cañón y las nubes que se desplazaban por encima, dejando una larga tira azul. Miré hacia arriba a través de las hojas oscilantes de los álamos y me acordé de una película rusa de arte y ensayo de los años sesenta en la que había una toma en que la cámara empezaba a girar gratuitamente en círculos. Me revolvió el estómago. La piedra estaba tan caliente que era como el cuerpo de un animal gigantesco debajo de nosotros. Quizá un mastodonte. Durmiendo allí un sueño eterno.

Recuerdo que ella dijo que odiaba el viento. Cualquier viento constante. Se acordaba de todos los nombres que tenía. De países distintos: los «mistrales» de Francia, los «*clippers*» de las llanuras de Alberta, los «diablos polvorientos» del desierto de Sonora, el «*chinook*» que sopla en las Rocosas. El viento tenía el poder de enloquecerla. Lo veías venir. En los ojos. La boca se le quedaba colgando. Hasta su pelo adoptaba otro color.

LA VIDA DE OTRA PERSONA

Otra mañana en que Felicity vino con el mismo bolsito negro y se sentó en la misma butaca de mimbre a esperar a mi padre, que siempre estaba trabajando, reuní el valor para preguntarle por qué tenía siempre la cara tan inexpresiva. Me respondió que no sabía qué expresión adoptar porque no comprendía a la gente. Le pregunté por qué y dijo que siempre había tenido aquella sensación de vivir la vida de otra persona y que en cierto modo la gente le parecía lejos de ella. Aparte. Le pregunté quién podía ser esa persona, la que vivía su vida en lugar de ella, y me explicó que no lo sabía pero que era una mujer y tenía su misma edad, pero no conocía su nombre. Le pregunté si sabía lo que le esperaba: si tenía alguna idea de lo que el futuro pudiese depararle. Me dijo que no, no era así… Le pregunté cómo era. No era como si pudiera ver el futuro. No era como si las cosas ya estuvieran decididas y le bastara con amoldarse a ellas. Era como si sus experiencias no le perteneciesen. Pertenecían a otra persona.

Me quedé un largo rato en silencio, con la mirada clavada en el suelo. Felicity llevaba bien el silencio. Mejor que yo. Parecía no inquietarla lo que le esperaba. Podía tomarlo o dejarlo. El miedo que me inspiraba aumentó hasta que me levanté del sofá de un brinco e intenté improvisar alguna excusa para salir fuera. Ella no parecía en absoluto nerviosa. No había experimentado ningún cambio. Se limitó a seguir sentada en la butaca de mimbre del mismo modo que antes, con el bolso de charol en el regazo. Corrí al porche trasero y empecé a vaciar todos los cubos de agua caliente y viscosa de los perros y a volver a llenarlos. Solo por hacer algo.

PORTAZOS A LO LEJOS

La violencia de estos perros. Ladran como si la vida y la muerte estuviesen en juego. Y la mujer que no dice nada. Es sorda. No importa si oye parcialmente a los perros. No dice nada. Podría parecerle que son portazos lejanos. No importa, no dice nada. Se limita a deambular arriba y abajo por el largo pasillo con pasos cortos y artríticos. Ondean los pañuelos que lleva en el cuello. Calza botas camperas de un azul brillante. Habla afectuosamente con fontaneros, electricistas, gente de la colina que se ocupa de inundar el sótano, compañías de seguros, le da igual. Tiene feas cicatrices por todo el cuerpo. Heridas de cuchillo. No les hace caso. Es sorda. Tengo que deletrearle el restaurante adonde vamos. Vamos a comer fuera. El clima es perfecto. Canta un grillo solitario.

EL HOMBRE DIMINUTO EN UN PUB IRLANDÉS

De noche: están jugando a los dardos en un pub irlandés. Se les ve a través del cristal de la ventana, inclinados hacia la diana. Esta vez son tres, todavía endomingados con sus trajes de mil rayas, sus sombreros flexibles y esos zapatones de cuero y caña alta que se ven en las películas en blanco y negro: *brogans*, supongo. Con un diseño de agujeritos o perforaciones en el cuero. Todos fuman Luckies y beben martinis con aceitunas verdes y un trozo de corteza de limón. El Mercury 49 está aparcado fuera, con un cuarto tío apoyado en el maletero y con el pie en el parachoques, vestido exactamente igual que los otros. Está fumando y barajando unos naipes de los que separa las jotas. Ninguno de estos personajes tiene aspecto de actor, pero todos parecen interpretar un papel.

Dentro, los otros tres hombres se ríen mordisqueando un palillo cuando uno de ellos lanza a la pared su serie de dardos. Cada vez que lanza uno se inclina, entrecierra los ojos y apunta tres veces, moviendo el brazo derecho, antes de soltar el dardo. Mi diminuto padre muerto, todavía envuelto en un plástico transparente, y dos de las mujeres encogidas están colgados por el cuello encima de la diana con tiras de goma rosas. Oscilan arriba y abajo muy ligeramente cuando el dardo pasa zumbando por delante de sus cabezas. Uno con plumas rojas y una aerodinámica punta dorada golpea y se clava directamente en la frente de mi padre. El cuerpo diminuto gira. Como ya está muerto no dice ni pío. Los gángsters se ríen histéricos mientras dan sorbos de su bebida y se ajustan el grueso nudo de sus corbatas.

Lanzan dos dardos más contra mi padre, que se sigue balanceando. Los dos fallan. Uno le roza el hombro y se estrella contra el suelo. Un tipo hace una marca amarilla en la pizarra. El tercer tío mete una moneda en una máquina de discos Wurlitzer. Es más o menos todo lo que recuerdo.

MONÓLOGO DE LA CHANTAJISTA

Soy yo otra vez. Solo para recordarte que tienes los días contados. Te han descubierto. Supongo que ya lo sabes. Supongo que no hace falta que te lo recuerde. Es solo la satisfacción que me da ver cómo te avergüenzas. Verlo en mi cabeza, como dicen. Por supuesto, hay todavía una manera de librarte: una vía de escape. Puedes volver a pensártelo. Puedes cederme la autoría del todo. No te reprocharán nada, ninguna falsedad, mentiras, ningún tipo de distorsiones. Serás plenamente inocente. Completamente inocente. Nunca has tenido la culpa de forzar determinadas «verdades». De adulterar algunos sucesos para prestarles una «justicia poética». De revolver otros para darles una impresión de sentido y continuidad. De estar tan confuso como siempre has estado. Podrías preguntarme por qué querría yo recurrir a un engaño semejante y te respondería, lisa y llanamente, que me complace unirme al viejo mundo. A la vanguardia, si quieres. A los hombres lobo del folclore olvidado del siglo XX. Los que nos salvaron del nihilismo colectivo. Los que recorren las minigalerías comerciales, con la cabeza gacha, acariciando cócteles molotov en los bolsillos de su abrigo y de vez en cuando se vuelan por los aires. Igual que en los viejos tiempos. Igual que en los buenos viejos tiempos de antaño.

Recuerdo una conversación que tuve una vez con Felicity sobre el pasado. El pasado en general, como si estuviéramos de pronto en el terreno de la filosofía. Era de nuevo una de esas veces en que ella aparentemente venía a ver a mi padre, que por supuesto no estaba. Una de esas veces en que ella volvió a sentarse en la butaca de mimbre, con el té en equilibrio sobre las rodillas desnudas y el bolso en el suelo a su lado. Me dijo que pensaba que el pasado era el presente. Esa idea tenía: justo esa idea. Que el pasado era el presente. Lo expresó de este modo. Sin rodeos. No todos los días compartíamos ideas así, pero era evidente que ella pensaba en esta cuestión todo el rato. Me dijo que el momento en que estamos, y que llamamos el «presente», en realidad se convierte en el «pasado» sin que siquiera nos demos cuenta. «Eso significa que todos vivimos en el futuro porque estamos presenciando cómo el presente se convierte en el "pasado" mientras hablamos.» No supe qué decir. Improvisé una excusa para irme a otra habitación.

POR EL DESIERTO

Le dije que tenía que irse. No sé por qué. Se me ocurrió. Me lo inventé. Deberías haber visto la conmoción en su cara. Sus incrédulos ojos verdes. Le dije que no soportaba los pelos negros de su perro desperdigados por todas partes. (Me lo inventé.) Le dije que no soportaba sus propios pelos negros rizados con las raíces blancas por todas partes. En el fregadero. En la bañera. En la ducha. En el inodoro. En las sábanas, en la encimera de la cocina. (Me inventé todo eso.) En realidad no sabía por qué quería que se marchase.

Lloró durante todo el trayecto al aeropuerto. Ciento diez kilómetros a través del desierto. Llevaba un magnífico vestido de lino de los años cuarenta que se le pegaba al cuerpo. Sus piernas eran exquisitas. Tenía el pelo recogido en una prieta coleta que le daba a su cara un rictus de congoja. Le corría agua por el cuello. Algo me inducía a separar su atractivo de su dolor. Intenté acariciar su suave muslo con el reverso de mi mano, pero ella me rechazó.

Almorzamos al llegar al hotel boutique en el desierto. Le dieron la habitación 506. Le di cinco pavos de propina al botones. En el vestíbulo se estaba celebrando una boda mexicana. Mujeres con enaguas de volantes y encajes púrpura y buganvillas en el pelo esponjoso. Los hombres llevaban esmoquin y botas lustradas y puntiagudas. Sacaban un montón de fotos con cámaras Kodak anticuadas, provistas de un flash que lo alumbraba todo y te cegaba durante un segundo. Ella aparecía fortuitamente en segundo plano en cada foto mientras esperaba con su perro el ascensor. Todavía llorando. Llorosa. Nadie lo sabía.

Después del almuerzo (ensalada de melón y corazones de alcachofa) subimos a la minúscula habitación en el quinto piso. Una vez dentro se derrumbó de nuevo y me dijo que no soportaría quedarse allí toda la noche esperando a que saliera el vuelo del día siguiente. Le dije que por eso le había preguntado si estaba segura de que quería atravesar todo el desierto hasta el hotel en vez de pasar la noche en mi casa del monte. Me dijo que no había pensado que pudiera ser tan horrible.

Dejamos allí todo el equipaje y conservamos la habitación. Volví a darle una propina al mozo, sin más motivo, supongo, que porque yo estaba nervioso. Pareció que desconfiaba de nosotros.

Recorrimos de nuevo los ciento diez kilómetros de vuelta por el desierto hasta mi casa en el monte, de la que veníamos. Circulamos en silencio durante un largo rato. Hubo un momento en que le pregunté si se le habían taponado los oídos y me

respondió que sí. Le repetí que yo solo necesitaba descansar un poco, que sentía la necesidad de estar totalmente solo para escribir (lo cual también era mentira, porque muchísimas veces, cuando tenía diecinueve o veinte años, había podido escribir en medio de una habitación llena de gente).

Pasamos por Bernalillo, donde habían matado a mi padre, y recordé un gran café llamado Range donde servían chile verde y huevos, pero ya habíamos comido. Era casi la hora de cenar cuando volvimos y pedimos paella para llevar en un local español de tapas. Paella y Coca-Cola Light para ella (yo ya me había pasado al tequila Tesoro por entonces). Ella decidió hacer un pastel de melocotón con los que se estaban poniendo malos. Fui a la ciudad a comprar la comida. En el trayecto de vuelta un gato montés cruzó sin prisas la carretera y desapareció en la oscuridad.

Tuvimos que apartar todos mis escritos hasta un extremo de la mesa para hacer sitio para la comida. Mi máquina de escribir Olympia, azul grisácea (mi orgullo y mi alegría), fue a parar a la encimera de granito de la cocina. Ella se puso contenta de repente cuando probó la Coca-Cola y me sonrió desde el otro lado de la mesa con su sonrisa más bonita. Me dijo que le gustaba cenar a solas conmigo en la casa. Los dos solos. Empleó muchas veces la palabra «romántico». Le dije que iba a salir a encender una hoguera.

Justo la víspera ella había establecido algún tipo de conexión para recibir wifi. Ahora tendría acceso a toda clase de películas. (Estábamos aislados en el entorno rural.) Después de cenar se desvistió y se puso a examinar en su portátil centenares de anuncios cinematográficos. Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y el ordenador proyectaba una franja brillante de luz sobre su exótica cara. Su perro dormía tumbado sobre una manta para caballos con la marca King Ranch estampada en ella. Yo estuve fuera todo aquel tiempo, tratando de encender una hoguera contra el viento.

Soplaba en todas las direcciones. Las cerillas se me apagaban, hasta que una prendió en el borde de una bolsa marrón de comestibles que llevaba impresas las palabras «Soy de aquí». Los coyotes lanzaban aullidos agudos, como si el viento atormentase algún nervio de sus oídos. Los perros se sumaron al coro desde la cocina. Los dejé salir y fueron derechos a la caza de conejos invisibles.

Mucho después, tambaleándome a oscuras, entré en el dormitorio donde ella todavía no se había decidido por ninguna película. En su pantalla aparecían montones: *Los cuatrocientos golpes, La noche, Los siete magníficos, Chitty Chitty Bang Bang*. Películas que yo había visto en el instituto. Veía pasar los anuncios, recordando tiempos en que debí de repasarlos. Tiempos que apenas recordaba haber vivido. No recuerdo qué hacía ni con quién estaba. Replegado en mí mismo, quizá. O fuera de mí mismo. Le dije que no me importaría ver el documental sobre los Roosevelt. Siempre me han fascinado, como si fueran una especie de realeza norteamericana. Tienen algo plebeyo pero campechano. Campechano: qué palabra. La narración acerca de los Roosevelt adoptaba un tono condescendiente, pero las

fotografías fijas en blanco y negro eran interesantes. Asombroso el modo en que la cámara captura el tiempo sin siquiera intentarlo.

A la mañana siguiente me incorporé al despertarme. Notaba su respiración a mi lado. Estaba totalmente oscuro. El viento seguía soplando levemente. Las contraventanas de metal chocaban con estrépito contra el marco de madera de la ventana. Cuando clareó recorrimos de nuevo los ciento diez kilómetros de desierto hasta el hotel boutique. Ella vestía igual que la víspera. Tuve la misma reacción física pero no intenté tocarle la pierna. Se había recogido el pelo hacia atrás de la misma forma severa. Miraba directamente hacia delante por la ventanilla. Irradiaba algo jeroglífico. Regio.

En el hotel di otra propina al botones y le dije que subiera a la habitación 506, que cogiese el equipaje y que después lo metiera en la trasera del Chevy. Parecía más suspicaz que antes, pero aceptó la propina. Fui a encargar que nos subieran el desayuno mientras ella llevaba el perro a la habitación y sacaba el equipaje al pasillo. Disponíamos de una hora hasta el momento de facturar en el aeropuerto. Tomamos la tortilla con pimientos rojos y queso de cabra, yo sentado sobre el aire acondicionado y ella en el borde mismo de la cama, con las piernas cruzadas. Marcaba el tiempo rítmicamente balanceando una pierna. Miraba por la ventana del quinto piso mientras masticaba despacio, con el tenedor suspendido bajo la barbilla. Habló casi en un susurro: «Qué ciudad más horrible. ¿Qué hace la gente?» Yo no dije nada. En la pared había una foto coloreada de un hombre de cincuenta años bailando una rumba cubana con una niña de diez. Ella vestía toda de blanco. Él la tenía inclinada hacia atrás por la cintura y la abrazaba como si fuese una mujer madura. «Nunca te librarás de mí, ya lo sabes.» Lo dijo sin mirarme, mientras cortaba con el tenedor otro pedazo de tortilla. «Sé la fama que tienes de plantar a las mujeres, pero nunca te librarás de mí.»

Hicimos el amor como una pareja que no se ha visto en bastante tiempo. No como dos personas que se dicen adiós, quizá para siempre. No como dos personas que no se llevaran bien y hubieran decidido dejarlo. Gritó con tanta violencia que pensé que quizá el botones la oyera desde la calle y se mostrase aún más suspicaz cuando fuéramos a buscar el coche.

Nos vestimos. Sujeté la correa del perro mientras ella se cepillaba el pelo y se pintaba los labios. Bajamos al vestíbulo. Pedí cambio para el billete de veinte que le di de propina al mozo. Me miró de un modo extraño cuando se la di. Yo estaba en lo cierto. No me equivocaba.

Llegamos a la puerta de embarque de la United y, por algún motivo, se me aceleró el corazón. Le di dinero para que cogiera un carro. Había una larga fila, todos enganchados juntos como se ve en el supermercado Safeway. Nos abrazamos y nos besamos mientras yo cargaba el equipaje en el carro. No hubo lágrimas. Ni histeria. El perro se excitó de repente y empezó a saltarle encima. No hubo ninguna lágrima.

Conduje de nuevo los ciento diez kilómetros por el desierto, solo. Me alegraba de estar solo. No pensaba en nada, ni en un sentido ni en otro. Sin remordimiento. El cielo rebosaba de livianas nubes blancas. Detrás de ellas el cielo era un polvo azul.

Volví derecho a la casa. Quería creer que había hecho lo correcto. Le había pedido que se fuera para estar completamente solo y trabajar. Lavé unas prendas que estaban en el suelo. Repuse el pienso para pájaros en los comederos. Corté leña. Podé frutales. Trasplanté plantas. Preparé un té helado. Lavé los platos. Hice la cama. No podía ponerme a trabajar. Nada me lo impedía, pero no podía trabajar. Llamé a mi amiga más antigua en El Paso; no contestó. Llamé a mi exmujer en Nueva Orleans; no contestó. Llamé a mi primera mujer en Los Ángeles; no contestó. Llamé a mi novia más duradera de Nueva York; no contestó.

Me desperté a las tres de la madrugada. Oscuro como boca de lobo. El viento había cesado. Los perros dormían en la cocina. Sentí que allí había otra persona conmigo. Escuché.

CHICO DINÉ[4]

El radiante, tan radiante sol del suroeste salpica todos los coches blancos del aparcamiento. Con los capós doblemente calentados por la combustión interna y el calor solar. Es un Denny’s en el borde mismo de Grants, Nuevo México, aplastado entre la Cuarenta Oeste y una gasolinera Shell. Hierbajos secos, con plásticos negros adheridos que intentan despegarse de ellos. Alrededor, telas metálicas cochambrosas. ¿Qué posibilidad tiene de infiltrarse aquí la belleza?

Estoy en un reservado lateral, detrás de un hombre endeble y su mujer rolliza, de espaldas a mí. Un sombrero de paja del Oeste, doblado al estilo de Sonora (parachoques laterales en forma de taco). Profundas marcas de surcos encima de los pómulos revelan que el hombre utiliza oxígeno por la noche. Por encima de su hombro atisbo a su mujer a distancia. Es solo una espalda. Voluptuosa, curvilínea; aparenta unos treinta, pero cuando se vuelve ligeramente hacia un lado parece más bien cuarentona. Pantalones cortos y prietos hasta las pantorrillas y sandalias de cuero. Camiseta con una calavera Harley. Está cubierta de la cabeza a los pies de tatuajes diminutos de color púrpura; se parecen más a tótems que a dibujos hechos a máquina. Pequeñas golondrinas, halcones, lagartos y lunas en todas sus fases. Se vuelve y por su cara veo que es mucho más mayor de lo que yo pensaba: cuarenta y cinco como mínimo, quizá más. Pero su cuerpo es de jovencita. Tiene un chico a su lado. Un chico indio lisiado con un andador de aluminio. Fornido. Veintidós años, quizá. Corte de pelo al cero. Gafas. En ningún momento deja de mirarla mientras ella le ayuda a acomodarse en la mesa, deja el andador fuera y le agarra por un brazo torturado. Hace que se siente y luego se desliza a su lado, muy cerca. Él le sonríe. No hay otro lugar en el mundo donde preferiría estar. Ella abre el colorido menú de plastilina y mira las fotos en color de gofres, huevos y nata montada. Él no le quita la vista de encima, ni siquiera cuando abre su propio menú con sus manos torcidas. Se recuesta en la mesa. Con los dos brazos fláccidos delante. Inservibles. Impotentes. Acuna la cabeza en un codo y sonríe a la mujer. Ella sigue estudiando los gofres y las tortitas. «Quiero ir a vivir contigo», dice él. Ella sonríe pero sigue examinando el menú. «Quiero llevar todas mis cosas a tu casa y dormir en la misma cama que tú. ¿Puedo?», dice él. Ella sonríe y alarga una mano. La posa suavemente en el pelo rapado y le acaricia la cabeza con sus largas uñas verdes, del mismo modo que se induce al sueño a un caballo. Sus ojos no se apartan del menú. Los cierra. Descansa la cabeza en el hombro del chico.

—Entonces, cuando me dejaste…

—No te he dejado nunca.

—Vale. Cuando te fuiste, en dirección oeste.

—No te he dejado nunca.

—No te pongas dramático.

—Quiero ser claro.

—¿Qué eres, abogado, ahora? ¿Claridad? ¿Lenguaje? Cuando fuiste en coche a Nashville a visitar a la mujer de culo gordo y luego seguiste por la carretera Cuarenta hacia Little Rock, Fort Smith, Oklahoma City en aquella perpetua bruma de desconocimiento, en aquel estado de desventura guiado por la polla…

—¿A qué viene esto?

—¿Te has parado a pensar alguna vez por qué podría haber resultado que me pidieras que me casara contigo?

—No.

—No.

—No, no lo he pensado.

—¿Pensabas que si me pedías que me casara contigo me harías pensar en el futuro? ¿En la felicidad doméstica? ¿En patios delanteros y en ropa de dormitorio?

—No.

—¿En anillos y campanas y barbacoas con la familia?

—No.

—No, claro que no.

—No lo pensaba.

—¿Se lo depiló para ti?

—¿Quién?

—¡La culogordo de Nashville! ¿Se las hizo a la brasileña o se dejó una tirilla de pelusa?

—¿Una tirilla de pelusa?

(Aquí larga pausa mientras ella gira lentamente la cabeza y mira el triste día nublado que a él le recuerda Donegal, en el norte de Irlanda. La tenue, blanda lluvia desciende sesgada y envuelve en una fina capa lechosa los melocotoneros desnudos.)

—¿Qué estarías haciendo ahora mismo si estuvieras solo?

—¿Ahora mismo?

—Sí. Si yo no estuviera.

—Más o menos lo mismo que estoy haciendo ahora que *estás* aquí.

—¿No cambiaría nada?

—No lo sé. Cierto «estado de ánimo», supongo. ¿De qué va esto?

—¿No estarías pensando en otra cosa, quizá?

—No. *Sentiría. Sentiría* algo distinto.

—¿Qué sentirías?

—No estaría tan preocupado por ti. Por tu presencia. Distraído por tu presencia, quiero decir.

—¿Estás preocupado por mí?

—Bueno, ya sabes: pienso en ti continuamente. Tú estás… siempre dando vueltas; de una habitación a otra. Se te deben de ocurrir ideas. Ideas sobre mí. Ideas silenciosas. Debes de pensar…

—¿Qué?

—Debes de pensar: «Esta casa no es mía. Es de él. Él vive aquí pero yo no. Soy una visita. Una visitante en su vida.»

—¿En qué cambia eso lo que sientes?

—Simplemente lo cambia.

—¿Cómo?

—La verdad es que no quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. Me oprime el pecho. La garganta.

—¿Por qué?

—Pareces una niña, una niña pequeña. «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?», continuamente.

—Me interesa. ¿Qué cambiaría si estuvieses solo?

—Acabo de decírtelo.

—No. No me has dicho nada.

—Te lo he dicho; solo que no sé cómo explicarlo. Cambiaría algo. Es lo único que puedo decir. Alguna percepción. Algún… sentido de las cosas. Algún…

—¿Qué?

—¡No lo sé! Supongo que habría una ausencia; faltaría algo. Algo estaría incompleto.

—¿De verdad?

—Sí, creo que sí.

—Yo me siento incompleta en todo momento. No sé si porque me falta una persona o…

—¿Qué?

—Una época. Gente del pasado.

—¿Muerta y desaparecida?

—¿Alguna?

—¿Gente a la que nunca conociste?
—Quizá.
—¿Quizá tus padres?
—No, están vivos.
—¿Entonces no les echas de menos?
—No de ese modo.
—¿Qué modo?
—Como si no fueras a verlos nunca más. Desaparecidos para siempre.
—Sí, me imagino. Entonces, ¿no los necesitas?
—Los tuyos han muerto, ¿no?
—Sí. Han muerto.
—O sea que lo único que tienes son recuerdos. Fotografías.

—Hay una en que mi madre debe de tener ocho o nueve años y es a finales de verano. Detrás de ella, los alisos están echando hojas. Las grosellas silvestres están llenas de fruto. Lleva un vestidito de encaje blanco con un gran cuello festoneado, calcetines hasta las rodillas, merceditas con tiras en los tobillos y un gorro de punto por el que le asoma el flequillo. Tiene la cabeza ladeada y una sonrisita que da la impresión de que le avergüenza que la fotografíen; que se fijen en ella. Está en un sendero de grava al lado de mi bisabuelo, Frederick DeForrest Bynon. Bynon significa «hijo de hombre justo» en galés antiguo, pues eso es lo que es, galés. Frederick es el padre de la madre de mi madre, Amy. Es muy alto y apuesto, con bigote y una barba blanca cerrada, un terno oscuro y un par de bifocales metálicos que cuelgan de una cadena sobre una camisa de vestir de cuello alto. En el brazo izquierdo sostiene el ala de un sombrero de paja plano y lleva los zapatos recién embetunados. Muy bien podría ser un domingo «de ir a la iglesia». ¿Quién sabe si van o vuelven? En lo alto de la foto, con una letra descolorida, se lee «Dunbar, 1 de agosto de 1921». Y abajo, con la misma letra, «Abuelo y Jane Elaine en el camino de entrada».

RUMBO AL NORTE, A SHIPROCK

Supongo que tuve la suerte de estar vivo por entonces, cuando te pones a ello, zumbando por Baseline Drive en el Ford del 40 de Ed Cartwright con motor de ocho válvulas y los Stones a todo volumen en la emisora KFWB de Los Ángeles —cadena 98 de Color Radio— y Anita Gutierre en el asiento de atrás con la falda subida hasta el cuello y botellas de morapio Ripple y bolsas llenas de anfetas y los vientos calurosos del verano soplando varas de azahar por las ventanillas. No hay nada malo en eso. A veces lo desconocido es mejor. A veces mucho mejor. ¿No crees?

PRIMER PLANO DE FELICITY

Una imagen de Felicity que nunca olvidaré es una en que está cantando a los ocho o nueve años. Era el himno nacional extranjero en alguna lengua de la que nunca he oído hablar. Ella olvidaba continuamente la letra. Había un público ingente, como en un partido del Mundial, en un coliseo gigantesco, pero no lo veías. Lo único que se veía era un primer plano de Felicity con una especie de uniforme de la escuela parroquial con tirantes y una blusa blanca. Tenía la cabeza acurrucada en la barriga de un hombre de mediana edad con pantalones anchos, una camisa blanca y un cinturón de cocodrilo. Debía de ser su padre, pero no se le veía la cara. Solo la mano, de vez en cuando, acariciando muy cariñosamente la coronilla de Felicity. Con mucha dulzura. En su dedo índice brillaba una sortija con una piedra azul. Grabadas al aguafuerte en ella había dos raquetas de tenis cruzadas. Felicity cantaba el himno nacional de un país extranjero ante el vasto auditorio mediante un sistema de altavoces, pero sucumbía a un acceso de timidez y silencio imposible de soportar y luego intentaba desaparecer dentro del bolsillo de su padre. Era como si quisiera convertirse en una ratoncita y esconderse en los pliegues oscuros, junto con las llaves de su coche y la calderilla. No apartaba la vista de la cara del padre en busca de alivio, pero a él no se le veía la cara en ningún momento, solo a ella, que miraba hacia arriba, casi suplicante. No lloraba pero se notaba que quería estar en otro sitio, en cualquier sitio menos allí.

Quizá sea así. Un pie. Una mano. O una idea. Algo resbala. Se mueve. Te encuentras en otro mundo. Ni siquiera estabas mirando. Solo ocurría. Aparecía. Como un ciervo en la oscuridad. De repente. Quieto. Una oreja se mueve. Otra. No estás solo. Ni siquiera lo ves. Te ve él. Quizá sea exactamente así.

PAPEL FINÍSIMO

Me llamó desde la carretera, dijo que se dirigía al norte en un jeep alquilado y que pasaría la noche en un Hampton Inn de Chattanooga, su hotel favorito, no sé por qué. Ya había recorrido casi mil kilómetros y estaba derrengada. Aquí llovía a cántaros pero allí no, por lo visto, aunque no me parecía muy sensato que condujese de noche. Es extraño que empezase a preocuparme por ella de inmediato, sola en la carretera de noche, como si siguiéramos viviendo juntos después de todos aquellos años. Una pareja con piezas de cada uno incrustadas de algún modo en el otro. Piezas de cada uno.

Al llegar descargó sus cosas: cámaras, un portafolio de piel, sus fotografías y las oscuras cajas de archivos donde las guardaba con lazos y cintas y su nombre pulcramente grabado en la parte delantera. Me pareció que la manera en que pasaba las manos por los contornos de las fotos y el papel finísimo —el de seda blanco que las separaba— era muy femenina en el mejor sentido de la palabra. Dio a entender de inmediato que dormiría conmigo en el sofá cama y no sola, recluida como un huésped en el dormitorio de arriba. No puse ninguna objeción al respecto. Fuimos a cenar al local de Henry, atestado como siempre, pero encontramos un buen reservado. Lo mucho que me alegraba de verla prevaleció sobre la tentación de tomarme una copa de vino tinto. Como de costumbre, Henry se mostró muy educado, muy caballeroso. El pequeño televisor encima del mostrador transmitía carreras de caballos desde la lejana Florida. Yo ni siquiera sabía que Tampa Bay seguía existiendo. El restaurante estaba lleno de gente del mundo de la hípica: entrenadores, jockeys y los ricachones que poseían muchas hectáreas de pastos de espiguilla y mansiones blancas con columnas griegas y campos de tabaco, maíz y semillas de soja.

Por la noche nos pusimos cómodos con libros sobre el Polo Norte y novelas de Graham Greene. Intenté que leyera unos cuentos de Bolaño pero le parecieron demasiado deprimentes y peyorativos en un sentido estrictamente masculino. Hablamos de nuestros hijos cuando eran muy pequeños. De que nuestra hija siempre estaba haciendo reír a nuestro hijito. De que él trataba de mantenerse serio pero ella siempre lograba que se desternillase. Hablamos de lo sorprendente que era que dos vejetes gruñones y testarudos como nosotros hubieran engendrado unos niños tan considerados y tranquilos. Intenté matar a una moscarda con una bolsa de la colada vacía y al final lo conseguí. Durante todo este tiempo estuve pensando en la francesa que escribió un ensayo entero sobre la muerte de una mosca. Sobre lo absolutamente

trágica que era. Suzuki con una página entera en blanco de su libro *Mente de principiante* dedicada a la imagen de una mosca. Sin palabras, solo una mosca. Viva.

Nos hicimos adictos a la serie de televisión *Breaking Bad*. Solo para ver la serie, compramos en Target un televisor Samsung de cuarenta pulgadas y un reproductor de DVD. Compramos diez episodios y empezamos a verlos desde el piloto, uno tras otro. Ninguno de los dos había visto nunca la serie ni un programa de esta forma, por orden. En la pantalla aparecían espacios en negro donde se suponía que iban los anuncios. Los dos chicos que trabajaban en Target nos miraron con recelo cuando reconocimos que no sabíamos nada de tecnología y no teníamos ni idea de las cosas que había que conectar. Nos aseguraron que era sencillo. Deberían habernos visto desembalando las compras al volver a la granja.

Nos sentamos en el porche ante la lluvia torrencial y hablamos de una isla en Alabama que se extendía hacia el Golfo. Yo tuve al instante fantasías sobre el viento del océano. Oía gaviotas y accesorios de latón entrechocando en la bahía. Olía a pescado y a anguila. Ella me dijo que estaba todo en mi cabeza. Ondeaban palmeras.

Cuando se puso el sol dimos un largo paseo desde el sendero de entrada y yo señalaba los altos robles blancos y los nogales con pequeñas nueces espinosas que ya sobresalían. Ella se paraba en cada grupo de setas nuevas con sombreretes amarillos, rosas y dorados. Lejos, abajo, el Elkhorn fluía fangoso y rápido.

Más tarde ella se quedó dormida en el sofá de piel mientras yo leía *Mañanas en México*, de D. H. Lawrence. Más tarde me leyó algo de James Agee. Algo sobre unos viejos en un porche delantero al atardecer.

Ella me dijo exactamente lo que iba a suceder, como si el futuro ya fuese pasado. Me dijo que en cuanto ella se marchara de la granja yo llamaría «a aquella estrella del porno» y la traería a casa. Dijo que yo seguiría mintiendo sobre otras mujeres y proseguiría con todas aquellas «aventuras». Yo lo negué. Lo negué todo. Le abrí la cancela de la granja. Ella bajó la ventanilla. Nos besamos a la sombra de la tarde. Se alejó. Cerré la cancela.

—¿Preferirías estar solo? Dímelo, simplemente.
—¿Te refieres a ahora mismo?
—Sí. Ahora mismo.
—¿En lugar de estar contigo?
—Eso es lo que quiero decir.
—Bueno, si dijera que sí sería una invitación clara al insulto, ¿no?
—¿A mí, quieres decir?
—Sí. A ti.
—Tendrías que arriesgarte a herir mis sentimientos.
—Quiero creer que yo no pensaría en ese riesgo.
—Entonces es probable que me hirieras aún más.
—¿Cómo es eso?
—Hay algo cruel en ello.
—¿Cruel?
—Dejarías de ser mi amigo.
—¿Somos amigos ahora?
—Yo creía que sí.
—¿No estás segura?
—Bueno, sé que hemos pasado por algo juntos. Que hemos vivido algo.
—¿Qué?
—Experiencias. Tiempo.
—¿Dando vueltas en el coche?
—Mirando por la ventana.
—¿Comentando algunas cosas que vemos por la ventana?
—Desayunando.
—Café.
—Una tostada de cinco cereales.
—Durmiendo en la misma cama.
—Follando.
—Pues sí…, follando.
—Corriéndonos al mismo tiempo.
—A veces.
—A veces tú, a veces yo.

—¿Mirando cómo me arreglo para ti?

—¿Es lo que estabas haciendo? ¿Todo aquel tiempo?

—¿No lo sabías?

—Me preguntaba por qué me mirabas así.

—Ahora ya lo sabes.

—Todo aquel tiempo.

—Saliendo a cenar.

—Sí. Todas esas cosas.

—¿Son las cosas que preferirías hacer sola?

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—No, te preguntaba *a ti*. ¿*Tú* preferirías estar solo?

(LARGA PAUSA)

—¿Piensas en mí cuando no estoy?

—¿En ti?

—Sí, ¿me imaginas? ¿Me imaginas sola en algún sitio? Soñando despierta. Fantaseando. Yo sola.

—¿Con qué?

—Con cualquier cosa. Con estar en otro sitio, por ejemplo.

—¿Dónde?

Una cena muy frugal en un camino de tierra. De noche. Sin coches. Muy pocas luces. Un perro solitario a lo lejos. Una mesa de metal con un mantel blanco. Una vela de cera de abejas. Otra pareja. Borracha. Muy borracha. En voz alta. Hablan de béisbol. Intentamos alejarnos de ellos sin que se den cuenta. Intentamos estar en paz, educadamente. Nos siguen. Se sientan a la mesa justo detrás de nosotros. Siguen hablando en voz alta de béisbol y de las World Series. Cada vez hablan más alto. Sobre todo la mujer. No son de aquí. Son de Colorado. Utah. Saben que nos molestan. Quieren molestarnos. Parece que disfrutan de la agitación que causan. Los dos nos levantamos de la mesa. Tú vas a buscar al camarero en la cocina, para pagarle. La mujer empieza a insultarme. El hombre se ríe muy fuerte. La mujer se burla de cómo voy vestida. De mi pelo. De los zapatos que llevo puestos. El hombre se ríe todavía más fuerte. Me dirijo hacia donde he visto que ibas a buscar al camarero. La mujer me sigue, balanceándose. Me agarra de la larga coleta y no la suelta. Giro en redondo y le doy un golpe en plena cara con mi bolso de piel. La tiro al suelo. El hombre empieza a gritarme. La mujer está tan borracha que no puede levantarse. Rompe a llorar y a chillar y se araña los tobillos. El hombre me agarra del hombro y me gira hacia él. Tú sales de la cocina, después de haber pagado al camarero, y le sueltas un rodillazo en los huevos. El individuo grita y cae al camino de tierra por encima de la corta valla. El perro solitario ladra más fuerte a lo lejos. La mujer empieza a llamar frenética a la policía, de la que no hay rastro. El hombre repta lastimosamente por la pista de tierra como un cangrejo herido, se agarra de las

pelotas, gruñe, tose y lanza insinuaciones obscenas al cielo nocturno, profusamente estrellado. El pequeño camarero sale de la cocina limpiándose las manos con una toalla sucia y masticando algo crujiente. Nosotros dos nos dirigimos hacia nuestra camioneta azul destartalada, aparcada al otro lado del camino. Caminamos del brazo, con calma, como una pareja que entra en el Copacabana. Desde el suelo de tierra de la calle, el hombre aúlla que va a matarnos. Averiguará dónde vivimos. La dirección exacta. Conoce a gente que está al tanto de todo. Dejará que nos pudramos en nuestra cama. Nos asesinará mientras copulamos. Esperará a que lleguemos al borde de la eyaculación y entonces apretará el gatillo. Justo entonces. En el momento mismo en que los dos nos hayamos corrido en una síncopa perfecta y nos sintamos como seres luminosos que ascienden a los cielos. Justo entonces aprieta el gatillo.

UNA CHICA QUE CONOZCO

Ahora no hay garantía contra estas pesadillas. Me limito a dejar que aparezcan. Todas las mañanas a las 4.22 exactamente. Oscuro. He dejado una ventana abierta solo para que entre el frío aire nocturno y darles una salida a los demonios. Los demonios. La luna está en la ventana ahora. Ahí, brillando detrás de las cortinas. Con una amplia sonrisa. Se ha desplazado para darme directamente en la cara. Oigo a los perros que roncan en la cocina como los viejos. Como los viejos cuando se quedan dormidos, con tazas de té colgando de sus dedos índices delante de un fuego encendido. Esta vez soy yo el que está alto en un sofá sobre los acantilados que dominan Los Ángeles. Reconozco el lugar. Es temprano. Una urbanización antigua, como de bungalows, con un yeso calizo que se descascarilla. Me lo alquila una chica que conozco. Una chica que conozco me deja ocupar un cuartito que insiste en que perteneció a James Dean antes de que se hiciera famoso. Esta vez estoy fuera, tendido sobre un sofá rojo de vinilo, rodeado por cámaras dolly. Totalmente circundado. Varios operadores con su gorra de béisbol y la visera hacia atrás (¿quién fue el primero al que se le ocurrió?). Dan vueltas alrededor, con los ojos succionados por el ocular de goma de las cámaras Rolleiflex. Pero en realidad no están filmando. Yo soy el público, supongo. Les veo «simular que ruedan» paisajes urbanos pintados con delicadeza: murales sobre láminas de contrachapado y lona. Dibujos al pastel de rosa, azul y amarillo descoloridos. Todo tenue. Cambian de posición todo el rato. Los maquinistas sudan copiosamente mientras empujan a toda velocidad a los cámaras sentados. De vez en cuando se paran de repente y hacen un zoom muy cerrado de los murales antes de pasar al siguiente. Las puntas de eucaliptos gigantescos se mecen lánguidas en segundo plano. Abajo, a lo lejos, en el valle, se divisa el zigzagueo de la autopista de Santa Monica. Aquí arriba unos sinsontes revolotean de un árbol a otro en el calor creciente. De pronto, mi sofá empieza a arder. Una chica que conozco huye corriendo.

DIÁLOGO CHANTAJISTA 4

—¿Has pensado en la portada?

—¿Qué portada?

—La portada del libro.

—Oye, ¿hasta dónde vas a llevar esto?

—¿Qué?

—Esa idea de que en cierto modo somos coautores de un libro que contiene bellas ideas. Era una simple conversación. Una conversación que yo creía que era totalmente privada y que no estaba destinada al consumo público. Una conversación que no tenía nada que ver con la escritura.

—Todo esto tiene que ver con ella.

—Oh, ya estamos…, ahora tienes una filosofía.

—Sí, tienen relación. Hablar y escribir. Son interdependientes.

—Si tú lo dices…

—Lo digo.

—¿Qué sabes tú? Nunca has escrito nada.

—Ahora sí.

—Eso no es escribir.

—¿Qué es, entonces?

—Copiar.

—Solo puse por escrito lo que ya existe. No hice nada más.

DE NUEVO EN EL DESIERTO

A las 2.30 de la madrugada empecé a sangrar por el orificio nasal izquierdo. Creí que sería fácil detener la hemorragia llenándome la nariz de papel higiénico y descansando boca arriba en la cama. Miraba el ventilador blanco. Lo único que se oía era un grillo solitario. Cuando me levanté se me pegaron a los pies descalzos las gotas de sangre del suelo del cuarto de baño. Cuando me saqué el papel higiénico de la nariz empecé a sangrar de nuevo. Ahora salía más sangre del orificio derecho. Era muy oscura y daba la impresión de manar de algún misterioso órgano interno. Desde las 2.30 hasta las 5. No podía pararlo. Había tenido hemorragias nasales antes. Lo que no quería era molestar a la mujer en cuya casa de huéspedes me alojaba; tenía cinco perros que armaban un auténtico alboroto cuando se excitaban. Ya había tenido la amabilidad de pagarme la fianza y buscarme un abogado fantástico para el delito de conducir bajo los efectos del alcohol, y me llevó en su coche por atajos de la ciudad cuando me quitaron el carné de conducir. A las 5 de la mañana me decidí a pedirle ayuda. Llamé a sus dos teléfonos para tratar de localizarla en su domicilio principal, pero no contestó en ninguno. Al final opté por ir andando hasta allí desde la casa de huéspedes, en calzoncillos y con los orificios nasales taponados con papel higiénico y sangre goteando por todas partes. Efectivamente, los perros enloquecieron y empezaron a desgañitarse ladrando. Lila (la propietaria de la casa) vino a abrirme en pijama y se quedó horrorizada al verme. No entendía bien mi aprieto pero comprendió que se trataba de una emergencia. Fuimos al dispensario de urgencias del hospital de nuestra pequeña ciudad mexicana, utilizando todas las carreteras secundarias y reduciendo la velocidad en todos los badenes. (Ella juró que aquello era un atajo.) Cuando llegamos nos esperaba alguien con una silla de ruedas negra y yo me apeé del Honda trastabillando y chorreando sangre. Vino una doctora irlandesa y con gran energía empezó a taponarme el orificio nasal izquierdo con una gasa de algodón que dijo que estaba impregnada de cocaína. (Cuesta creer la cantidad de sustancias que caben en la nariz.) La médica era muy dinámica y consiguió detener la hemorragia. Insistió en que no habría problemas, pero debía asegurarme de que mi mujer lo supervisara cada cierto tiempo y la llamase si ocurría algo. Intenté explicarle en vano que Lila no era mi mujer. Volvimos por el mismo atajo, reduciendo de nuevo en los badenes. Yo tenía la cabeza recostada y los orificios nasales saturados de gasa impregnada de cocaína, y estaba pensando en lo bonito que sería nacer y criarse aquí e ir a la escuela de enseñanza secundaria y luego ingresar en alguna encopetada

facultad de la Ivy League en el Este y convertirse en abogado o médico y volver aquí y celebrar reuniones y ver a tus viejos amigos y pasar la Navidad con tus padres, todavía vivos, y regalarle a él corbatas escocesas y a ella joyas turquesas y a tus hermanos y hermanas unos relucientes esquís rojos de competición. Sobrepasamos los museos de la colina con la primera luz del día. Estatuas de bronce de pioneros en diversas poses de sufrimiento heroico. Un precioso álamo de Virginia orillaba la esquina de un campo de fútbol con sendas porterías de flamantes redes de plástico en cada extremo. Era demasiado temprano para que hubiese alguien, aparte de los basureros que vaciaban contenedores a voleo y volvían a subirse al camión como si fuera una diligencia. De regreso a la casa de Lila la nariz empezó a sangrar otra vez y ella detuvo la hemorragia con un trapo de cocina. Llamó a mi médico de Phoenix y este dijo que convendría que fuera al hospital para que me examinaran. Lila se ofreció de inmediato a llevarme, solo necesitaba llamar a alguien que cuidara de los perros y las plantas. No hubo manera de disuadirla.

Fuimos a Phoenix cruzando el desierto en el Honda de Lila, con mi nariz taponada y el estrépito de botellas de oxígeno en el asiento trasero. Pasamos por Bernalillo, donde Coronado había masacrado a todos sus habitantes y a mi padre le habían atropellado cerca del Sage Café, donde sirven unos huevos con chiles verdes estupendos. Albuquerque parecía más aburrida que nunca y costaba creer que ahora fuera la capital norteamericana del ASESINATO. Probablemente porque no había otra cosa que hacer.

Paramos en la Continental Divide para repostar y allí había una carreta descolorida por el sol que tenía escrito en un costado «Altitud: 2.280 metros». Compramos bocadillos Subway en una gasolinera Phillips 66. El mío era un BMT italiano con pimientos verdes, cebolla, mayonesa y mostaza. No recuerdo de qué era el de Lila pero tenía un aspecto verde y saludable.

Dejamos atrás antiguos cráteres de meteoritos, tenderetes navajos, esqueletos de dinosaurios, zoos infantiles con búfalos, bolsos de serpientes de cascabel, grandes almacenes de cuchillos, tipis de cemento, auténticas pulseras zuni, casinos apaches, hipermercados de productos para adultos, tiendas de crucifijos católicos, sujetalibros de ágata, mantas aztecas, camisetas de Elvis Presley, tazas de café de Toro Sentado. En Flagstaff me puse al volante y seguimos hacia Phoenix mientras Lila se centraba en su bocadillo vegetal. Flagstaff está a una gran altitud y hacía frío. Para cuando llegamos al desierto rozábamos los 49 grados. La gente estaba enclaustrada por el aire acondicionado. En Phoenix había un tráfico intensísimo, lo que supongo que cabe esperar en todas las grandes metrópolis del país hacia las cinco de la tarde.

Nos registramos en el hospital y nos estaban esperando. Una habitación con vistas a un paisaje de cactus saguaros y reverberaciones solares. Mucha gente con la que nos cruzamos parecía estar mucho peor que yo: cabezas vendadas, piernas y brazos colgantes, lloros sofocados de familiares, una horrible tos de pecho, andadores de aluminio renqueando por los pasillos. En cada puesto de enfermeras había una nube

de ellas que se desplazaba en un orden muy eficiente con tablillas, termómetros y estetoscopios, todas vestidas con batas oscuras, azul marino. Se movían como un pequeño ejército de hormigas. Había que rellenar los impresos habituales y los partes del seguro, y también el testamento vital, como si de repente te fueras a convertir en un vegetal al que no iban a dejar conectado a una máquina indefinidamente. Muchas veces me había preguntado qué pasaría si estuvieras vivito y coleando pero parecieras muerto y estuvieras rodeado por vivos que creyeran que estabas muerto y no tuvieras ninguna forma de comunicarles que no lo estabas. Se parecería mucho a como es la vida ahora mismo. Entró una enfermera y dio indicaciones complejas, todas ellas escritas, sobre el modo en que Lila debía llegar a su hotel. De nuevo tuve que explicar que no era mi mujer. De nuevo intenté explicar al mundo exterior que yo estaba aislado, que no sabía lo que me hacía, adónde iba, quiénes eran todas aquellas personas a mi alrededor. De nuevo nadie me escuchó ni fingió que comprendía sin que fuera cierto. Sin que supiera nada. Al principio hicieron un gran esfuerzo por entender simplemente por qué estaba yo allí. Les dije justo lo que me había ocurrido. Que me desperté en un charco de mi propia sangre. Que descubrí que me salía de la nariz. Que la hemorragia no cesaba. Que tuve que despertar a mi amiga Lila (que no era mi mujer). Que ella me llevó a urgencias de Nuevo México y que lo siguiente que supe fue que estaba en el hospital. Me preguntaron por mi familia. Les dije que no tenía. Mis padres habían muerto. Mis hermanas vivían muy lejos. Mis hijos estaban desperdigados. Incluso les dije que no debería estar allí, ocupando una cama de hospital, que había muchos otros que lo merecían más. Dijeron que lo comprendían. Se percataron de que yo sufría algún trastorno, aunque no supieran describirlo. Les pedí que lo intentaran. Una enfermera dijo que lo había sabido en cuanto me vio entrar en el edificio. Dije: «¿Qué? ¿Qué ha sabido?» Dijo que había en mí algo catastrófico. Fue la palabra que empleó: «catastrófico». Ella no sabía por qué estaba yo allí, ni quién era ni de dónde venía. Lo único que sabía era que mi estado era «catastrófico» y que yo siempre había estado así. «¿Cómo?», le pregunté. No me lo explicó. Era muy mona. Navaja, o por lo menos medio navaja. Tenía una de esas caras que se contraen hacia arriba por los bordes al sonreír y la sonrisa le entornaba los ojos y casi se los borraba. Llevaba una redecilla en el pelo, pero en ningún momento parecía estar fuera de lugar ni tenía aspecto de trabajar en una charcutería. Era muy atlética y se movía con extrema soltura. Nada la acobardaba. Podría realizar cualquier tarea. La etiqueta con su nombre decía: «Anna Tumbo».

Aquella noche, después de cenar pastel de carne con puré de patatas, Lila y yo vimos *Por un puñado de dólares*, de Sergio Leone, con Clint Eastwood cuando era muy joven. De principios de los sesenta. Terrible, descaradamente cursi, con la peor banda sonora que he oído nunca. La protagonista, que se suponía que era mexicana, era a todas luces una gringa de ojos verdes. A los hermanos malos los pintaban tan «malos» que empezaban a gustarte. Lila estaba muy tiesa en una silla de oficina gris. No se movió. No se rió en ningún momento. No dijo una palabra. Yo estaba en la

cama, recostado sobre almohadas con una vía intravenosa. Anna Tumbo entró a tomarme la tensión.

BOTAS CON FLORES ROJAS

Le dije a Felicity que tenía que dejar de venir de aquel modo: ¿por qué siempre se presentaba cuando mi padre estaba trabajando? O sea, ¿por qué seguía viniendo? No hacía más que mirarme y sonreír. Movía el bolsito negro sobre las rodillas. Aquella vez llevaba unos vaqueros azules recortados y botas con flores rojas y pistolas grabadas en ellos. Muy del Oeste. Me preguntó si infringía la ley viniendo a mi casa a hacerme una visita. En definitiva solo quería ver a los perros. Dijo. O quizá coger unas naranjas. Correr entre los aspersores. Le dije que no era nada ilegal, solo que resultaba raro, nada más. «¿Raro?», dijo ella. «No hay nada raro en que seamos amigos.» Consideraba que éramos amigos. Pensé que era estupendo, pero al mismo tiempo me pregunté si mi padre lo vería así. «¿Amigos?» Es decir, ¿qué significaba eso para ella? ¿Significaba que cuando la veía mover el bolso de un lado a otro sobre las rodillas era lo único que estaba mirando?

Había veces en aquel entonces en que yo pensaba que nunca saldría vivo de allí. Tendría que llegar a ser un golfista famoso o un veterinario o algo por el estilo. Tendría que huir radicalmente. Adoptar otro nombre, hacerme un corte de pelo diferente, ponerme ropa de una época distinta. Empezar a escuchar música de Tommy Dorsey. No sé. ¿Y si Felicity decidía seguirme la pista? ¿Y si mi padre lo descubría? ¿Y si decidía liquidarme o hacer que me detuvieran? ¿Y si perdía el juicio del todo? La locura estaba en la familia, no lo olvides. Hubo un bis-bis-no sé qué —un tío o primo o algo así— que se fue a vivir con los indios en aquel tiempo, tuvo muchas mujeres, muchos hijos, dejó de hablar inglés por completo, se aficionó a la astrología, tuvo esclavos cheroquis. No sé. Lo que está claro es que yo no quería acabar así. Tenía que encontrar una escapatoria. Absolutamente.

¿Acaso podría ser que yo no lo viese? Todos aquellos años de coches tuneados, ganadores. Tijuana. Documento de identidad falso. Prostitución. Burros follando. Rompiendo en trozos el talco. Carreras. Sexo. Bailes en calcetines[5]. Mezcal en botellas plateadas. Tacos. Aparcamientos. Radios. Benzedrinas. Coca-Cola Cherry. Brigitte Bardot. La prisión estatal de Chino. Rock and roll. Autostop a Oklahoma City.

Vuelvo por avenidas con el mismo nombre, los mismos edificios, pero nada es igual. Ahora solo queda «un huerto comunitario». Verduras. Frutales. Han debido de nivelar los seis pisos con una bola de demolición. Niños que observan desde escaleras de incendios herrumbrosas. Viejas polacas gordas apoyadas en fregonas.

En aquel entonces había chicas blancas con agujas negras colgando de sus flacos brazos desnudos. Despatarradas inconscientes en la bañera vacía. Un tío en la puerta con *jodhpurs* y una fusta hípica preguntando por Benny, como si yo fuera a decírselo. Con su trompeta en una bolsa de papel. Mecedoras de mimbre llenas de yonquis. Curly dice que aquí es igual que en Misisipi. Lo único que falta es el golpeteo de puertas mosquiteras y perros redbone que cazan mapaches. Eso es lo que me dice él. Yo… me crié allá en el Oeste, donde nunca alcanza la vista. La única fuente de calor que teníamos era una estufa de gas. Cuando se apagaba nos pelábamos de frío. Aunque nunca se apagaba.

Mira: ella estaba aquí mismo. No bromeo. Aquí mismo conmigo en esa butaca amarilla, tomando té helado. Mirando las oropéndolas. Haciendo comentarios. Este lugar es casi un cruce de migración. Toda clase de mierdas lo sobrevuelan. Grullas canadienses, grandes garzas azules, ampelis americanos. Cualquier ave que se te ocurra. Lo único que tienes que hacer es sentarte a esperar. Dar un sorbo de té. Mira: ella estaba aquí mismo. Aquí están sus bragas para demostrarlo. Rojas con cintas blancas. Las que usaba ella. Debió de dejarlas aquí a propósito, solo para excitarme. Nunca estuve seguro de lo que tramaba. Quizá nada. Podría ser. ¿Qué hacía ella aquí, de todos modos?

Pero una noche en concreto, una noche teníamos una botella de vino tinto y habíamos aparcado justo delante de la cerca donde estaban los caballos. Ella cruzó sus largas piernas encima del salpicadero y en la radio sonaba una emisora de Memphis, Jerry Lee, Al Perkins, alguien así. Llevaba una blusa de seda color rosa crema y una chaqueta de hombre, de rayas finas y con solapas. Siempre hablaba con aquel fuerte acento suyo del lejano país montañoso donde Rousseau solía esconderse con aquella extraña indumentaria suya. Escupía hebras de largo pelo rubio entre medias frases y luego se reía y se burlaba como un pirata, de tal modo que la piel se le arrugaba por encima de los pómulos altos y, al mismo tiempo, acumulaba humedad, mezclada con puntitos de rímel azul. Los faros dibujaban una franja en la cerca negra y veíamos las patas de los caballos por entre los listones más bajos. Arriba, los ojos les brillaban, verdes y amarillos, y movían las orejas para oír los sonidos de nuestra risa humana. No sé de qué nos reíamos. A ella le parecían tontas la mayoría de las cosas. De las cosas humanas. Recuerdo que intenté enseñarle a disparar mi 410 de un solo disparo. Hecha en Brasil, justamente. Una pistola sencilla. Un proyectil a la vez. No pudo darle a una botella de Coca-Cola desde cuatro metros

y medio. Pestañeaba, cerraba los ojos y daba un salto cuando salía la bala. Le dije que así nunca acertaría. Ella se rió. Condujo mi Gator directamente cuesta arriba con el freno de mano puesto, gritando a voz en cuello. El barro nos salpicaba la cara.

Su idea de Norteamérica era la de una especie de patio de recreo. Una serie de zonas desconectadas que solo tenían sentido en modo de pruebas. Ibas a Los Ángeles y podías vivir en medio de una película, en color o blanco y negro, daba igual de dónde fueras, si tenías o no intención de «ser» mudo. Daba lo mismo. Real y verdaderamente podías «llegar en el viento». ¿Era igual en Europa? En el país montañoso de donde ella procedía, donde Mozart irrumpió en escena a los catorce años, empujado con un palo por su viejo. ¿Era verdad en cualquier lugar del mundo? ¿No estaban todavía implantados indeleblemente, en algún rincón de la psique, conceptos norteamericanos como «educación», «comercio», «ganarse la vida»? ¿Nacer no significaba que te asignaban un destino?

EL CHICO QUE SE QUEDÓ DORMIDO EN LA DUCHA

Debió de cambiarse de vestimenta por lo menos siete veces. Como mínimo. Un águila pescadora pasaba una y otra vez frente a la ventana cuadrada y protegida de su remolque. Abrasadora. El «*one-liner*»[6] en blanco y negro estaba abierto en el día 42. Un bocadillo de huevos revueltos, queso y beicon del desayuno yacía mojado y a medio comer en un trozo arrugado de papel de aluminio. El café se había enfriado. No parecían capaces de decidirse respecto a la secuencia. Era un cara o cruz entre la escena 68 y la 77. Le vino a la cabeza un recuerdo fortuito. De su hijo más joven, al que le encantaba la sensación de estornudar. Lo recordó. El chico que se quedó dormido en la ducha. Lo recordó. Hecho un ovillo desnudo sobre los azulejos blancos mientras le llovía agua caliente. Dormido. El agua caliente le enrojeció la piel. Se acordaba de eso. ¿Qué estaría soñando?

Para la escena 68 iba vestido esencialmente con la misma ropa que tenía que ponerse para la 77, salvo que los colores eran un poco distintos. Eso significaba cambiarse el conjunto entero. La escena 68 exigía camisa de color sorbete de frambuesa, pantalón caqui, cinturón de cocodrilo, zapatos de lona azules sin calcetines y talones doblados hacia dentro como si fueran pantuflas. Para la 77 se suponía que debía ponerse una camisa de color mango. Pantalones anchos azul marino y zapatillas de tenis de color café con calcetines de deporte blancos. Conservaba el cinturón de cocodrilo. Lo que parecía que ellos no comprendían era que él mismo no cambiaba. Siempre seguía siendo el mismo.

Vuelvo y ella se ha ido. La puerta de atrás abierta de par en par. ¿Cuántas veces ha ocurrido esto? Desaparición; habitaciones vacías; ventiladores que giran en silencio. Ninguna nota. El sonido de un soplador de hojas lejano. Lo Inexpresado: más fuerte que unos gritos. Sus orgasmos angustiados. Como un cordero sacrificado. Se suponía que el éxtasis no era así. Su profundo estremecimiento que atraviesa las paredes y sale a los árboles tropicales, iguanas, loros verdes, perros sin pelo que tiemblan. Anoche ella me dijo, con un cepillo de dientes de color espliego colgado de los labios, que el pelo se le había vuelto blanco del todo a los once años. Bruscamente. De la noche a la mañana. De golpe, zas. No gris, sino blanco. Puro. No a causa del miedo o la desesperación, pero blanco como la leche. Fue a teñírselo de negro azabache de inmediato. Ahora se lo tiñe. «Nadie lo sabe», dice. «Solo yo. Y ahora tú.» La veo corriendo en algún lugar, como una niña. Con el pelo blanco al vuelo. Como si huyera de él. Como si lo tuviera en llamas.

Le dije que yo no me inmiscuiría, lo que ahora, en el fondo, suena pomposo y ridículo.

¿Y ahora qué? ¿Para mí? Aquí varado en una plantación de azúcar de pega, con sanas personas blancas contratadas circulando alrededor en carritos de golf eléctricos, camisetas color lima con su nombre en una etiqueta y palmeras en tiestos. La piscina es tan nueva que no hay marca de suciedad donde el agua lame los azulejos. Un crío con el pelo al rape y gafas de buceo lanza un chorro de agua con una pistola de plástico por encima de los magnolios. El chorro llega hasta el fondo. Su madre, con un biquini de estampado de tigre, le previene de que ahora hay un adulto con él en la piscina. Soy yo (el «adulto»). Hago una versión lisiada del crol australiano, apenas completo un largo y luego apoyo los codos en el sumidero verde, jadeando como un perro escaldado. ¿Qué es esto? A la deriva. ¿A la deriva entre vidas? ¿Es este el mismo mar turquesa en el que una vez tomamos ceviche y gambas con salsa de barbacoa? ¿Qué ocurrió entre medias? ¿Adónde has ido?

EMPEQUEÑECIMIENTO

Parece que empequeñeces. Poco a poco. No lo sé; quizá estoy enloqueciendo. Quizá soy yo. Como aquel tío cuando volvió a su vida ultradoméstica en su barrio residencial después de haber descubierto una nube misteriosa en la proa de su yate. ¿Te acuerdas? El tío comprueba los agujeros de su cinto. De pronto, su pantalón caqui es varias tallas más grande. Está nadando dentro de los zapatos. Es más bajo que su mujer y siempre ha sido más alto. (Es una película sin el más mínimo sentido del humor, por cierto.) Su mujer es sumamente comprensiva. Es muy convencional, con el pelo como Doris Day. Observa cómo su marido se hace cada vez más pequeño. Le instala en una casa de muñecas. Una casa que el hombre construyó para su hija cuando era una persona de estatura normal. La hija ya se ha ido a la universidad; nunca la vemos. Ha crecido y alcanzado la talla de una norteamericana normal, y ha dejado atrás la casa de muñecas. El hombre vive su vida cotidiana dentro de ella y cada día empequeñece más. Su mujer le lleva comida en miniatura, tazas de té en miniatura, le confecciona ropa en miniatura, por ejemplo pijamas, camisas y pantalones. Ella no le dice a nadie lo que le está sucediendo a su marido. Nunca ve a los vecinos ni a los amigos. Cada vez está más consternada, pero lo mantiene en secreto. (Son los años cincuenta, recuerda.) Inventa excusas sobre el paradero de su marido. Los vecinos se vuelven suspicaces. El hombre sigue disminuyendo de tamaño. La mujer se vuelve emocionalmente inestable.

Un día el gato de la familia ataca al hombre, tomándole por un insecto o alguna especie de roedor diminuto. Algo comestible. La mujer le da al hombre una aguja para defenderse. Mete al gato en otra habitación pero él se escapa y ataca de nuevo al hombre. Esta vez el marido usa la aguja y pincha al gato en el trasero. A partir de entonces el animal es cauteloso porque sabe que el hombre tiene un pincho. ¿Recuerdas todo esto? Es importante.

Poco a poco el hombre comprende que va a desaparecer. No para de empequeñecer, es algo inexorable. No quiere que su mujer siga sufriendo esta situación. Sale furtivamente por la puerta trasera con la aguja al hombro, que casi no puede levantar. Es de noche y la brillante luz del porche ilumina las briznas de hierba que se mecen en el patio trasero. Parecen lenguas de patos domésticos. Baja los escalones del porche usando un hilo de la caja de costura de su mujer para descender en rápel por la empinada cara vertical de los peldaños. Al final llega al césped y se adentra corriendo en el refugio de las enormes briznas de hierba mecidas por la brisa

nocturna. Sigue corriendo con la aguja y el hilo, tropezando con caracoles, hormigas y escarabajos. Las arañas, silenciosas, le pasan por encima como robots galácticos. Búhos y murciélagos siguen su despavorido avance en zigzag. Ahora se está volviendo tan pequeño que la aguja y el hilo parecen suspendidos por su propia levitación. Después, sencillamente, el hombre se evapora. (Es una película sin el más mínimo sentido del humor.) ¿Tienes que recordar esto?

Ahora estás viajando. Tu futuro está congelado. Rápidamente te ves arrojado desde el desconocido espacio en blanco al nítido mundo. «Calendario de trabajo.» «Hojas de rodaje.» Tirado delante de la caja blanca de un remolque que ha sido arrastrado por el campo por milésima vez desde Burbank, con el nombre de tu personaje en negrita pegado con cinta adhesiva en la puerta. Rodeado por un grupo de desconocidos de repente. Todos ellos son efusivamente simpáticos y preguntan qué podrías necesitar. ¿Agua embotellada de Birmania? ¿Pretzels recubiertos de caramelo? ¿Té de jazmín orgánico? «¿Tienes alguna alergia a la comida exótica?» Capturado de pronto en el país del lujo inimaginado donde todo el mundo parece conocerte de una película de hace cuarenta años que hace mucho que olvidó. ¿Cómo vas a empezar a explicarles que no eres aquella persona?

AGUJERO NEGRO

Durante el rodaje nos han alquilado una casa de campo en un área sumamente rural llamada Whippoorwill, Oklahoma. (El pájaro de la mitología medieval que siempre estaba presente como el heraldo de la muerte.) La casa es lo bastante grande para que la Chantajista tenga su propia habitación y estudio en el piso de arriba. Allí está ahora, encorvada sobre un libro grueso titulado *Caos y hacia dónde se encamina*. La veo. Es como si estuviera sola. El dueño de la casa es un famoso veterinario que en un tiempo mimaba a los halcones de caza de jeques árabes. (Yo debería haber seguido estudiando medicina animal.) Evidentemente, este doctor se ha ido a una boda y nos ha dejado alquilar la casa. Estoy tumbado de espaldas, totalmente vestido, en su cama matrimonial, mirando cómo el atardecer se interna en la noche poco a poco. Pienso en la chica de arriba, pero no me sienta bien. Es como si estuviera solo. Colgados en las paredes de pino, los pertrechos de la cetrería aguardan en silencio el regreso del cazador: señuelos con forma de codorniz y una enrevesada tela de nailon de colores, perdices y patos, cestos de bandolera y zurrones de cuero para las capturas, cebos, bastones con mangos de latón con forma de cabeza de halcón, galgos, capuchas y anteojeras con sogas de cuero, alcándaras redondas de hierba sintética para que las aves se posen cuando no hacen nada, varas con pinchos, guantes de gruesa piel de mulo y polainas hasta la rodilla, antenas y transmisores para rastrear pájaros. En la pared sobre el cabecero de caoba hay un mural en colores de Kublai Kan y su vasta, opulenta cacería: cuatro elefantes blancos, en el centro mismo del incendio, sostienen un macizo trono/plataforma rectangular para el jefe guerrero. Estandartes anaranjados y verdes ondean en cada esquina del toldo que cubre el trono; lujosas pieles de tigre proporcionan sombra al cortejo real. Feroces batallones a caballo de cazadores mongoles, con arcos y carcajs sujetos a la espalda. Perros salukis peinan las estepas, levantando liebres y pequeños roedores. Dromedarios transportan leopardos en jaulas de acero. Guepardos encadenados viajan encogidos sobre el lomo de ponis pintados. Águilas y búhos van atados a varas de bambú verde. Lustrosos halcones peregrinos acometen contra ánades reales y esparcen en cascada nubes de plumas sobre las cabezas de todo el mundo. Todo esto está ocurriendo mientras sueño despierto. Una especie de «día en la vida» de Kublai Kan. Una invención mental tejida para entusiasmar a lo largo del tiempo. Como si el tiempo fuese una espiral. Como si pudieras aferrar en la mano el pasado remoto a tu antojo. De golpe.

La luz menguante ha convertido ya el mural en silueta. No oigo a la Chantajista. No la oigo pasar las páginas. Las bombas extractoras de petróleo han enmudecido fuera. Una vaca solitaria muge llamando a su ternero, pero no hay respuesta. Ningún perro ladra. No hay coyotes. Susurros de pajarillos en arbustos del paisaje. Caen unas hojas. Unas hojas sobre el frío cemento. Un pavo escarba. Gluglutea. No hay ranas. Al fondo del pasillo, el frigorífico emite un clic que aumenta los grados de frío. Oigo que ella baja la escalera. Oigo sus pies descalzos. No me muevo. Aparece, plantada al pie de la cama, se materializa saliendo de la oscuridad. Silenciosa. Plantada allí me mira con los brazos colgantes, fláccidos. Como un preso que ha sido detenido una vez más. Sigo sin moverme. Quizá he dejado de respirar. Ella lleva un pantalón de chándal gris y una sudadera con capucha gris, y tiene el pelo todavía mojado de la ducha. Le gotea. Camina hasta el extremo más alejado de la cama y se para. La sigo con la mirada. No oigo su respiración. Se sube a la cama, se mete debajo de las mantas acolchadas y me da la espalda, sin decir una palabra.

Así nos quedamos dormidos. En silencio. Por una vez, no sueño.

Despertó exactamente en la misma postura en que se quedó dormida: con las piernas encogidas casi hasta la barbilla, las manos enlazadas alrededor de ellas, la espalda vuelta hacia mí, muy intencionadamente, como la brusca curva de un pequeño canto rodado. Miraba por el ventanal lleno de pegatinas de compañías de seguros que servían de advertencia a posibles intrusos. Miraba la larga pradera a la que la invasión de la luz matutina daba una tonalidad rosa. Sabía que aquello no era Wisconsin. Aunque no me mirase directamente, sabía que yo estaba despierto. Notaba que ella lo sabía. Empezó a hablar en voz baja, sin moverse, como para sí misma y para mí al mismo tiempo. Yo miré al mural de arriba. Los colores cambiaban. Parecía que los elefantes caminaban. Habló con voz monótona.

—He tenido un extraño sueño sobre un parque temático. En Florida, creo. Igual que Disneylandia, pero no lo era. Se llamaba El Fin del Mundo y estábamos en una atracción llamada El Agujero Negro. Todo el mundo estaba asustado y gritaba. Nosotros no, pero sí todos los demás. No sentías nada debajo. Ningún soporte, ninguna gravedad. El fondo se había hundido. Después atravesamos el túnel llamado Apocalypse Now. No he visto esa película, ¿y tú?

—Yo sí. Brando se frotaba la cabeza calva como si fuese un perrito y miraba a la hoguera. Me dio la impresión de que estaba orgulloso de la forma de su cráneo.

—Nadie puede elegir la forma de su cráneo.

—Cierto.

—¿Dónde estaban?

—En teoría era Vietnam, pero rodaron en Honolulú, creo.

—De una pesadilla a unas vacaciones.

—¿En qué más atracciones subiste en tu sueño?

—Había una llamada El Efecto Mariposa, donde nos separamos.

—¿Volvisteis a encontraros?

—Sí, en otra que se llamaba Juegos Complejos, en la que intentábamos recomponernos.

—¿Qué ocurrió?

—Acabamos despedazados en muchos trozos diferentes. Empezamos a pasarnos partes de cada cual el uno al otro.

—Muy simbólico.

—No, solo parecía algo normal.

—Detesto esos rollos como *El año pasado en Marienbad* y aquella peli de Bergman en que juega al ajedrez con el diablo.

—No las he visto.

—No, ya lo suponía.

—Has debido de criarte en una época rara.

—Un momento… ¿A quién te refieres cuando dices que os pasabais partes «el uno al otro»?

—No lo sé. La cosa es que lo hacíamos todo al revés. O sea, mi cabeza en tus hombros, por ejemplo. Tus pies en mis tobillos.

—Un puto desastre.

—Sí…

—¿Se supone que significa algo?

—Es solo un sueño, una pesadilla, supongo.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Qué?

—Entre un sueño y una pesadilla.

—El miedo. ¿No da mucho miedo una pesadilla?

—¿Y un sueño no?

—No, un sueño es inofensivo, ¿no? Ligero. Un sueño no da miedo.

—¿O sea que cuando sientes miedo se convierte en una pesadilla?

—Debe de ser eso.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado.

—Sí.

Aún no se había movido. Tuve el impulso de rodearla con el brazo pero pensé que perturbaría algo. Sus pensamientos, quizá. Sus pensamientos subiendo por el camino. Dije algo al cabo de un largo silencio.

—Quizá haya sido la postura en que te dormiste.

—¿Qué postura?

—La que tienes ahora: las rodillas encogidas y los brazos alrededor.

Cambió de posición en el acto. Enderezó las piernas, hundió las manos en el fondo de los bolsillos. Se mantuvo de espaldas a mí.

—Dicen que a veces la postura en que te duermes tiene mucho que ver con lo que sueñas.

—¿Quieres decir con si tienes una pesadilla o no?

—Sí. Supongo.

—¿Quieres decir que antes de dormirte, justo antes, calculas la postura, la calibras, como si dijéramos, para tener un sueño o una pesadilla?

—Bueno, no sé si funciona exactamente así.

—De todos modos, ¿quién iba a querer crear adrede una pesadilla?

—No lo sé. Quizá alguien que se aburre.

—¿Tú te aburres?

Guardamos silencio de nuevo. Me pregunté si ella sentía el mismo aislamiento que yo al vernos arrojados juntos a la casa de un extraño. Rodeados de las pertenencias de un extraño. De gente que no conocíamos. En aquella casa había indicios de que estaba habitada pero no había nadie más que nosotros. Fotografías enmarcadas de nietos con ropa nueva y el pelo con una pulcra raya en medio. Un gato de la familia con un pañuelo o un collar. Armarios llenos de ropa ajena, colgada como hombres ahorcados. Telas escocesas y extranjeras, prendas que ninguno de los dos se pondría nunca. Zapatos demasiado grandes. Me incorporé y balanceé las piernas por encima, los pies planos sobre la alfombra beige de pared a pared. Casi de inmediato caí con la espalda recta y me alejé a propósito de ella. La chica no se movió.

—Voy a ver si hay café. Tiene que haber una cafetera en la cocina.

Me enderecé.

—He tenido otro sueño —dijo ella—. Junto con la pesadilla de las atracciones en el parque El Fin del Mundo. Y en la misma postura también. Con las rodillas encogidas. ¿Quieres oírlo?

Me volví hacia ella pero no pude verle la cara.

—Claro —dije—. Antes voy a preparar café.

—Aparecía tu padre.

—¿Mi padre?

—Bueno, me dijo que era tu padre.

—Mi padre ha muerto.

—Lo sé. Pero los muertos pueden aparecerse en los sueños, ¿no?

—No habla. Ya no habla.

—Ha hablado en este sueño.

—¿Qué ha dicho?

—Quería darte las gracias por desenvolver su cabeza diminuta.

—Ya estaba muerto.

—Quería agradecértelo, de todas formas.

—Muy amable por su parte.

—Eso me ha parecido.

—¿Qué me quería agradecer?

—El soplo de aire fresco. Era la primera vez que respiraba aire de verdad desde hacía mucho mucho tiempo.

—¿Aire de verdad?

—Aire que se movía. Que venía de visita de otra parte.

—¿De dónde? ¿De dónde venía? ¿Lo dijo?

—De muy alto en las montañas. Sin gente.

—¿Dónde?

—No me dijo más.

Me quedé allí mucho rato. Aguardando algo más. Quería preguntarle por qué se había vuelto tan pequeño, pero sabía que ella no podía decírmelo. Quería preguntarle adónde les llevaban a él y a todos los demás, pero sabía que no podía decírmelo. No se movió ni un centímetro.

—Voy a hacer café.

A la mañana siguiente, la Chantajista y yo nos presentamos en el plató. Ahora todo el mundo parece aturdido y se erige en juez. Incluso en esta época de engreimiento liberal un hombre de casi setenta años con una joven de veinte sigue suscitando suspicacias. «¡Tabú! ¡Edad inadecuada!» «No nos agrada su perspectiva moral.» Ella no pierde la calma: descalza, con un fino anillo de plata alrededor del dedo del pie siguiente al más pequeño. Un brillo púrpura oscuro de esmalte de uñas. Un pesado abrigo azul que le llega a los tobillos impide que echen un buen vistazo a su cuerpo. Pero no les pasan desapercibidos su sombra de ojos de color espliego ni el sarcástico sesgo de sus labios.

Entramos en el remolque y cerramos de un portazo la puerta metálica. Las bombillas de neón blancas relucen a toda su potencia. Dos de ellas parpadean y se apagan. Por añadidura, el termostato está puesto a treinta y dos grados. Como era de prever, hay un enorme cesto de mimbre lleno hasta los topes de albaricoques secos, peras rosadas, cajas de vitaminas Emergen-C., Cracker Jacks y una botella de salsa verde mexicana. Todo este cuerno de la abundancia se asienta sobre un nido de paja para huevos de Pascua con una nota de una larga ristra de productores que me dan la bienvenida al club y me desean «Bon voyage», como a un barco nuevo a punto de entrar en aguas relucientes, sedosas, sin el menor indicio de una posible fatalidad. (¿Sienten todos los actores este terror inminente a la fusión con el «personaje»? ¿O solo yo?)

Ella coge una pera y clava los dientes en ella, después deja caer su abrigo largo y se sienta con las rodillas levantadas. Está totalmente desnuda, exceptuando su esmalte púrpura oscuro. Mastica la pera y dice que hace demasiado calor para llevar ropa. Le corre por el cuello un reguero de zumo. Abre el guión y estudia las páginas resaltadas en amarillo. Automáticamente, me pongo a repasar mis monólogos en voz alta sin la menor intención de acentuar o de tener un «propósito». (No soy un actor del método.) Ella mastica la pera y me corrige cada vez que me atranco.

Tras haber enderezado el cuello de mi traje y de haberse vuelto a poner el abrigo, cruzamos hacia el remolque de maquillaje. Le digo que quiero tenerla siempre a mi lado, pase lo que pase. Ella no responde. Mantiene la cabeza baja y el cuello alto.

Muda. Sus uñas pintadas de violeta destellan a través de la hierba seca. Se acerca el atardecer. La humedad impregna el aire. Recuerdo la pregunta de Bruno: «¿Qué es un anochecer de primavera?», pero la primavera ha terminado. La gente que nos rodea en esta «localización» fílmica vive toda su vida detrás de robles gigantescos. Se encienden luces diminutas en porches tapados con telas al otro lado de los campos. Me pregunto qué les parecemos. ¿Una fantasía glamurosa? Quizá piensen que están atrapados y que somos nosotros los que vivimos una vida de verdad. Quizá creen que estarán exiliados para siempre de la vida con la que sueñan.

Caen racimos compactos de bellotas. Ardillas negras. Unos pitbulls tiran inútilmente de verjas de tela metálica. Se encienden luces de alarma en el sendero de entrada de alguna casa. No hay nadie en ella.

Después del maquillaje volvemos a cruzar el césped marchito y entramos en el plató: una granja de tablones con un porche alrededor, construida probablemente en los años treinta. Es de noche. Las claraboyas sonríen como farolillos de Halloween. En el interior, el olor familiar a delineador de ojos y a cinta americana que sella las ventanas herméticamente para impedir que entre la luz. El aire se enrarece. El caos de los equipos que van de un lado a otro haciendo sus tareas. Alicates, abrazaderas, linternas, guantes, monopatines, cinta aislante, cajones de cámara, jirafas, auriculares, walkie-talkies, bases para cámaras, obturadores, claquetas electrónicas, marcas de tiza, raíles para dolly. Manía silenciosa. El lenguaje cifrado rebota de una pared a otra con urgencia susurrada. Llevo a la Chantajista a uno de los cuartitos laterales y se la presento al director, que está sentado con el asesor del guión detrás de dos monitores montados. La dejo allí y entro en el plató. Sabe cuidar de sí misma.

Interpreto el papel de un viejo alcohólico que entrevista a una chica osage para el trabajo de atender a su mujer, adicta a las pastillas y enferma de cáncer de útero, y que necesita, por supuesto, que la lleven de ida y vuelta a Tulsa para el tratamiento de quimioterapia. La actriz que interpreta a la chica osage es en realidad una pies negros del norte de Montana, pero ¿quién distingue a los osages de los pies negros entre el público mayoritariamente blanco que va a los multicines de los centros comerciales anónimos de Estados Unidos? ¿Y a quién le importa? Una india es una india. Reina el habitual y febril ajetreo del último minuto con luces, accesorios, trajes y peinados mientras yo sigo tratando de digerir el guión. Está bien escrito —mucho mejor que la mayoría—, pero aun así es difícil asimilarlo. Para mí, el lenguaje sostiene al personaje. Solo mediante la variada repetición de palabras en voz alta se consigue que el personaje aparezca como un negativo en un baño químico. La chica pies negros parece asustada. Se sienta muy tiesa en el borde de la silla, con su vestimenta y su maquillaje.

La relajo un poco entablando una conversación sencilla con ella. Solo nosotros dos hablando en medio del remolino de locura y caos. Le pregunto si conoce a Dutch, un amigo mío de allá, Browning, cerca de su reserva, y ella le conoce. Es mitad irlandés y mitad pies negros, un doble con el que trabajé hace años y cuyo padre

criaba asnos salvajes para rodeos. Cada primavera llevaban a todo el ganado a la pista de rodeo de Cut Bank y cruzaban el centro de la ciudad. Mientras hablamos, los utileros me prueban anillos de boda, y a ella collares; los maquilladores le están empolvando la cara y las manos; los figurinistas se hacen un lío con nuestra ropa; la sección de peluquería nos peina, cepilla, rocía con aerosoles. Todo el mundo intenta cumplir con su tarea; mantenemos el contacto visual mientras los preparativos continúan a nuestro alrededor y yo le cuento un incidente con Dutch que recuerdo de cuando él estaba doblando a una «nativa norteamericana» que perseguía a pie a un lobo blanco. Como la escena estaba filmada por detrás no se veía que era un hombre. Llevaba una larga peluca negra y una réplica de la ropa de la actriz. El lobo lo había traído de Los Ángeles, en una jaula especial, su adiestrador, un rubio de bote, una semana antes para que el animal tuviera tiempo de sobra para aclimatarse. El adiestrador trajo agua especial, carne especial, mantas especiales. Era un lobo mimado. Antes de que intentáramos rodar la escena de la persecución, el hombre nos reunió a todos para explicarnos en voz baja las condiciones muy especiales de trabajar con un lobo. De entrada, ninguno de nosotros, bajo ninguna circunstancia, debía permitirse mirar directamente a los ojos amarillos del animal. Si lo hacíamos, él no se haría responsable de las consecuencias. En segundo lugar, había que expulsar del plató a todas las mujeres, sin ninguna excepción, que estuvieran menstruando. En tercero, nada de ruidos o movimientos súbitos; si había que encender las luces debían informarle a él con antelación. Durante el rodaje no se podía comer ningún tipo de carne: hamburguesas, perritos calientes, bocadillos de atún, nada. Y, por último, solo podía garantizar tres tomas de la persecución, pues después de la tercera el lobo podría percatarse de que la escena se repetía y volverse contra el doble o, aún peor, contra el operador de la steadycam, o, mucho peor todavía, toda nuestra banda de enclenques seres humanos podía acabar despedazada. Dicho esto, proseguimos.

Más tarde, cuando la Chantajista y yo nos encaminamos hacia la tienda del enorme servicio de catering, iluminada como un circo en la noche, ella está muy emocionada por lo que acaba de presenciar en el monitor. Le hago preguntas sobre la escena, si todo ha sido verosímil.

—Sí —responde ella—, pero ¿de qué estabais hablando tú y esa chica india antes de que encendieran la cámara y empezase la escena?

—Oh, no me acuerdo —digo—. ¿Por qué?

—Porque no estaba segura de si estabas actuando o no.

Seguimos repasando el guión mientras empiezo a probarme prendas: chalecos con los bolsillos bordados con hilos de oro, calzoncillos con botones de época en la bragueta (nadie va a verlos nunca, pero supongo que son una muestra de autenticidad), camisas de cuello alto, gemelos de perla. De repente advierto, mientras intento insertar la cabeza de un gemelo en el ojal almidonado de la manga de la camisa, que la espalda de la chica está cubierta por una pelusa anaranjada casi

invisible, como un melocotón joven. El neón la ilumina por detrás. Me chupo el dedo y se lo paso por los minúsculos pelos solo para asegurarme de que no veo visiones. Los pelos se erizan. Sus hombros se estremecen un poco, pero ella no emite ningún sonido, se limita a seguir leyéndome mis líneas. Los monólogos son gratuitamente enrevesados pero interesantes para recitar; variaciones, me figuro, sobre la voz amanerada y académica de T. S. Eliot. Un poeta anglófilo que nunca me ha cautivado; ideas esenciales que huelen a ginebra rancia y suicidio. Pido a la Chantajista que me ayude con el cuello almidonado. Hay que insertar pequeños tachones de oro y sujetarlos de algún modo para que se sostenga. Ella se desplaza hasta mi nuca. Noto el roce de sus perfectos pezones erectos con mi camisa de lino. Me los imagino tan dorados como las tachuelas de latón. Siento su aliento detrás. Sé que está ahí, manipulando, con el guión encajado debajo de la axila depilada. Mordiéndose el labio inferior. Concentrada. Expeliendo vapor.

De pronto, el equipo de vestuario irrumpe en el remolque llevando a hombros camisas colgadas de perchas de alambre. La Chantajista no se vuelve hacia ellas, sino que sigue trabajando con mi cuello, con la punta de la lengua fuera. Su desnudez deja atónitas a las que han irrumpido. Una de ellas sale disparada. La otra adopta una actitud estoica y dice:

—Perdón, debería haber llamado.

—Tranquila. Estamos probando ropa.

—¿Hay alguna que crea que le va al personaje? —pregunta.

—Todavía no sé qué personaje es. Acabo de llegar.

—Sí, ya sé…, pero me refiero a su visión del personaje. A cómo lo ve.

—No tengo una visión del personaje. No lo veo en absoluto. Al personaje. Que yo sepa podría ser un fantasma. Alguien con quien quisieras encontrarte a plena luz del día.

—Lo siento —dice ella en voz baja mientras sale del remolque y cierra la puerta suavemente tras de sí con un chasquido metálico.

CUESTIÓN DE CONJUNTAR

Ella tenía una familia, al fin y al cabo. Padre. Madre. Hermana. Hermano. Un lugar, una habitación a la que volvía día tras día. El Medio Oeste. Yo solo tenía mi traje y una barba de dos días. Tenía que conservarla para que «conjuntara». La barba. No podía ser de tres días. Ni de dos días y medio. Sino justamente de dos. La cámara captaba la diferencia. Una de esas películas de «micropresupuesto», las llamaban por entonces, donde no dispones de una rulot propiamente dicha, de ninguna intimidad, y acabas yendo de un cuarto a otro en un hotelito de mierda, donde tu traje cuelga fláccido, inánime en sus perchas de alambre, y sin embargo tienes otro cuarto donde dejas tus libros y tus cosas de aseo. Recorriendo largos pasillos alfombrados y con manchas, desconocidos que parecen muy pequeños desde lejos y que se van haciendo más grandes y cautelosos a medida que te acercas y ven de repente que la verdad es que con barba de dos días tu aspecto da miedo y no se percatan de que solo estás interpretando un personaje o estás a punto de interpretarlo y al verte los ojos cuando te cruzas con ellos creen que podrías ser de hecho un auténtico psicópata que podría hacerles mucho daño incluso sin querer. Solo cruzándote con ellos. Incluso llegas al extremo de que realmente disfrutas dando un susto de muerte a extraños cuando vas a desayunar. Te acercas más y más a ellos por el largo y sucio pasillo y te niegas a apartar los ojos. Te niegas a no mirarlos. De hecho clavas los ojos en ellos, mientras hacen débiles intentos de sonreír cordialmente a la educada manera matinal norteamericana o de no prestarte la menor atención como si fueses otra cucaracha en el sistema. No sirve de nada decirte que la deprimente situación solo durará tres semanas más, como una especie de condena de cárcel donde tachas los días en un calendario improvisado. Un aspa sobre números. Clicas días. Una pared de duro cemento.

Noto cómo me enfurezco de pronto. Me asalta un impulso. Quizá sea una entropía grave relacionada con el inevitable deterioro del cerebro y la mente. Quizá algo como la locura de Otis, allá por el siglo XVIII, de pie frente a la ventana abierta, con las manos enlazadas a la espalda, mirando a la mojada hierba oscura de los Commons, cuando coge una pistola de pedernal del extremo de una mesa francesa de delicada hechura y la dispara contra la noche de Boston[7]. Quizá sea algo parecido. Los británicos están en rígida formación; mirando hacia delante, con las mandíbulas firmemente apretadas, grasientos sombreros de piel de oso negro y las botas lustrosas.

En cualquier caso, mi plan era construir cuidadosamente un personaje gota a gota, a la manera de un sedimento, como a veces sucede en el fondo de un vaso de agua de río antes de que des un largo trago frío. No sucedió, por supuesto. No había nada «cuidadoso» en aquello. No sé en qué estaba pensando.

Mi habitación era la 329 y estaba en la planta baja, justo enfrente de las aguas estancadas de un pequeño afluente del río Hudson. La propia ciudad fue fundada a mediados del siglo XVII, incendiada y saqueada por los ingleses en 1777 y sembrada de «cascotes» de piedra holandesa, estructuras para silos. Aquel lastimoso motel a trasmano fue construido al estilo de un Holiday Inn tradicional, pero sin la lisa lámina de plástico verde ni la acogedora marquesina para cazadores de ciervos. Todos los días lo remodelaban con andamios de doce por doce. Obreros de la construcción con cascos amarillos y botas de trabajo con puntera de acero iban y venían acarreando planchas de yeso y polvo desde los servicios reservados a «discapacitados». No había lavandería ni restaurante. Una máquina de patatas fritas que funcionaba con monedas de veinticinco centavos y una camarera con acento letón que solo entraba en tu habitación si dejabas en el pomo de la puerta el letrero de «Por favor, cambie la ropa de cama». Hilos de mugre gris colgaban como esporas de hongos de la rejilla del aire acondicionado. Cajitas de plástico negras, llenas de veneno para ratas, anidaban en los largos hierbajos al pie de la ventana.

El primer elemento genuino que atrapé con certeza en mi «búsqueda del personaje» fue «exilio». La conciencia de estar «marginado» como forma de vida. El modo en que un ser humano se encuentra a la deriva. Algo íntimamente conocido. De nuevo me veía así. La Chantajista parecía haber desaparecido por completo; había caído en el abismo. Lo más probable es que por falta de atención; porque no le enviaba mensajes. Por falta de sensibilidad. Imagino. No lo sé. Yo lo llevaba dentro. «Exilio.» Lo conocía. No había necesidad de prepararse. Toda mi vida era un preámbulo.

AZARES

—¿Así que quieres hacerme creer que mi padre muerto en miniatura te visitó en un sueño y te pidió que me dieras las gracias por permitirle respirar un poco de aire fresco?

—No quiero hacerte creer nada.

—¿Te lo estás inventando?

—¿Por qué iba a inventármelo?

—Para que me pique la curiosidad, quizá. Para que crea que hay algún simbolismo implícito: cosas que podrían significar «otras cosas».

—¿No crees que lo hay en todo?

—No. No. No lo creo, en realidad. Creo que algunas cosas son exactamente lo que son.

—¿Qué?

—¡Simples sucesos! Azares. Circunstancias. Encuentros fortuitos. Momentos.

—¿Azares? Esa es una palabra muy pasada de moda.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Crees que eso es verdad en nuestro caso?

—¿Qué?

—El azar. ¿Un accidente?

Quizá se avergonzó. Es decir, yo lo haría si fuese ella. ¡Llamar y decirme que había estado grabando todas nuestras conversaciones telefónicas! O sea, estamos hablando de una violación total de la confianza y la confidencialidad. Ni siquiera podía creer que me estuviera diciendo aquello; en aquel momento fue una conmoción absoluta. Como si se hubiera convertido en una persona completamente distinta. ¡Y luego convertir todo el asunto en una manera de triunfar en el mundo de la narrativa! ¿Qué mundo es ese? Aun así, reflexioné sobre ella. ¿Qué buscaba en realidad?

¿Cómo era yo a esa edad? ¿Me importaba lo que pensaran los demás? ¿Me importaba lo que se preguntaban? ¿Qué buscaba yo? Sacando la basura en el Duke's Cube. El sol todavía no ha despuntado. Los camiones de la basura se alejan chirriando por la manzana. Los gatos corren a guarecerse. Al este por Bleecker Street, más allá de la vieja Village Gate y de la farola de gas de la esquina, a través de la ciudad. Tommy Turrentine con su trompeta en una bolsa de papel. Los olmos negros de Tompkins Square Park. Olor a sopa polaca. Champiñones y cebada. El interior de ventanas humeantes de vapor. Alguien con un delantal blanco fregando el suelo. Y el autobús que cruza la ciudad con el conductor cantando ya un éxito de *Porgy and Bess*. ¿Qué buscaba yo en realidad?

Sigue caminando. Algo crujirá. Un cambio en el cielo nocturno. Deja el río a tu izquierda. Es ella otra vez, ¿no? Esfumándose. Una manchita de luz. Lo único que ves es un brillo intermitente de acero azul, el brillo intermitente de púas de cuatro puntas. Cuando miras de frente crees que ves arbustos o colinas, ¿o son árboles en ambos lados? ¿O son animales enormes? Algo que duerme. Las huellas estaban aquí mismo. ¿Cómo he podido perderlas? ¿Las he perdido? ¿Cómo puedo ser tan descuidado? Como mínimo deberías oír un tren, ¿no crees? En todo este espacio nada que pueda silenciar su sonido. Ya debería estar a mi derecha. Espero que ella se haya ido cuando yo vuelva. Ya debería estar a mi derecha. Espero que él también, si te digo la verdad. Deja de ver cosas imaginarias, seres, seres imaginarios. ¡Ya está! ¿Están dentro o fuera? ¿Cuánto me he alejado de la pensión? En ningún momento he perdido totalmente la pista. Así. Siempre ha habido un poste indicador, una señal, una piedra, un palo. Esos seres son del todo indiferentes a mi avance. De hecho, para ellos es como si yo no estuviera aquí. He tratado de convencerles de que me destierren; así, por lo menos, me los quitaría de encima. Excomunión. Pero no hablan mi idioma. No hablan ninguno. Solo rondan y gimen. Tiemblan y soplan. Como si yo no estuviera aquí.

Nunca había estado con un mujer de esta manera, en especial con una mujer mayor que yo, aunque Felicity solo tenía unos catorce o quince años por entonces. Me parecía enorme. Me perdía en su cuerpo. Sus pechos eran inmensos y palpitaban como lejanas olas oceánicas dentro de su sujetador, que debía de haberle cogido «prestado» a su madre. Las tablas del suelo eran duras como piedras para mis rodillas. La alfombra de trapo se había desplazado y yo nadaba encima de Felicity, revolviéndome como si nunca consiguiera llegar al otro lado. Empezó a gritar y a hacer los mismos ruidos que había hecho con mi padre la primera vez. Pensé que sin duda su voz se oiría por lo menos a kilómetros a la redonda. Por encima de las cabezas de ganado pastando, de los lagartos desquiciados. Tenía los ojos bien cerrados y me tiraba de grandes puñados de pelo. Yo rezaba para que mi padre no apareciera en mitad de todo esto. ¡Después de que ella haya estado esperándolo durante días, por fin se presenta en mitad de todo esto! ¡Era un pensamiento insoportable! La monté como un poni que trata de levantarse. Ella se escabullía, me atrapaba entre las piernas y me empujaba hacia dentro de ella. Aquello era un follón increíble. Semen por todas partes. De repente se levantó de un salto, recogió toda su ropa y salió corriendo medio desnuda por la puerta delantera; en el porche, luego, se dio la vuelta, volvió a entrar y se me sentó encima. Yo seguía tendido, desconcertado. Creí que iba a aplastarme. Con todo su peso. Su hueso pélvico. Pensé que todo había terminado y allí estaba ella otra vez, solo que peor, más salvaje, más enorme. Abrió la boca y vi que escapaban de ella animales diminutos, animales atrapados dentro durante todo aquel rato. Salían como si algo fuese a capturarlos y encarcelarlos de nuevo. Notaba que aterrizaban en mi cara y reptaban por mi pelo buscando un escondrijo. Cada vez que ella gritaba, los bichitos brotaban en nubecillas como mosquitos minúsculos: dragoncillos, peces voladores, caballos sin cabeza. Salían a trompicones, arañándose unos a otros. Lo asombroso es que yo seguía empalmado todo este tiempo. Incluso después de haber eyaculado por todas partes. La tenía dura como una estatua de piedra. Por eso debió de volver ella.

Yo evitaba a mi padre, en definitiva. Le veía al atardecer en su mecedora con un vaso de whisky y otro de leche al lado, hurgándose en las cicatrices de metralla de la nuca y mirando al vacío en el porche delantero. Yo seguía pensando que de algún modo sabía lo mío con Felicity. Que ella se lo había dicho en un momento de pánico. Que de pronto ella había tenido un arranque de «sinceridad» y había descubierto el pastel. Por eso él estaba siempre mirando hacia la lejanía. Pero no tenía sentido que no me hubiera atacado en el acto, en cuanto lo supo. ¿A qué esperaba? No era un hombre que calculase cuidadosamente sus actos. Si me echaba de casa, ¿dónde acabaría yo? ¿En Bakersfield?

Era la clase de cosas en las que yo pensaba cuando me alejaba de la casa cada vez más. Cuando se hacía de noche yo dejaba una cuenta en la luz de la cocina. Atravesaba a trompicones surcos de arado y procuraba mantenerme en la misma linde de los cultivos para no dañar los semilleros o cosechas que ya estaban brotando. Nuestras ovejas me oían llegar y salían de estampida como una ráfaga gris desde la cerca de alambre. Vi que se encendía la luz del dormitorio de mi padre y supe que se estaba cepillando los dientes con el vaso de whisky en el lavabo de porcelana junto a él. Era el mismo cuarto donde yo había visto a Felicity brincando sobre el colchón. El mismo en que la vi arrojar el frasco de cristal. Un búho se lanzó en picado sobre un ratón de campo, lo atrapó y se lo llevó volando hacia la oscuridad. ¿Qué le preguntaría a mi padre si tuviera agallas? ¿Le preguntaría quién era? ¿Quién fingía ser? ¿Le preguntaría qué pensaba? ¿Que si «veía» algo? ¿Nos «veía» a ella y a mí? ¿Pensaba que me había estado besuqueando con ella a sus espaldas? ¿Que la había puesto cachonda y la había molestado? ¿Que era el responsable de que le hubieran salido esas manchas rojas en el cuello y la cara? Sudando. ¿Que la había obligado a dejar en el suelo de baldosas las bragas de su madre? ¿Pensaba que yo podría ser en realidad el hombre al que ella amaba?

EL HOMBRE DIMINUTO EN LA PLAYA

Ahora están en la playa. En Carpintería o Ventura; muy despejada y calurosa. El Mercury del 49 está estacionado al lado de la carretera, frente al oleaje del Pacífico. Todas las ventanillas están bajadas y el maletero abierto de par en par. Circula un aire salobre que sopla arena contra los neumáticos y los sepulta a medias. Los cadáveres en miniatura no son visibles. Sólo se ve el coche, como si lo hubieran abandonado deprisa. No hay nadie alrededor. Solo viento. Viento de nuevo.

Abajo, en la playa, mucho más abajo de los acantilados, las miniaturas forman una hilera, tumbadas de espaldas como si tomaran el sol, aunque están muertas. Unas gaviotas vuelan en círculos sobre ellas, a la espera de la oportunidad de llevarse a alguna y despedazarla. Los gángsters yacen en hilera al lado de los cadáveres. Ellos también parecen tomar el sol, pero están todavía mucho más vivos. Dos de ellos se han quitado la camisa y se embadurnan con aceite para bebés la oscura piel aceitunada. Todos los gángsters conservan puestos sus fedoras de fieltro y todos llevan gafas ahumadas muy caras, diseñadas en Roma, cuya marca no puedo pronunciar. Ninguno se ha puesto protección solar. Están demasiado orgullosos de su origen siciliano para exhibir narices blancas como una banda de payasos de circo. Todos se han quitado los *brogans* y los calcetines negros de seda. Remueven en la arena los dedos del pie bien cuidados y silban a las chicas que pasan. Llaman a un grupo de ellas y les enseñan la fila de cadáveres en miniatura tumbados boca arriba. Tomando el sol. Las chicas huyen horrorizadas, gritando, tapándose la nariz, aunque el olor a muerte es muy tenue a través del plástico transparente. Una de las chicas corre hacia la orilla como si estuviera a punto de vomitar. Todos los gángsters, con sus fedoras de fieltro, se ríen histéricamente y entrechocan las palmas con tanta violencia que uno de ellos cree que se ha roto la muñeca. Aparece un camarero negro con esmoquin y guantes blancos conduciendo un carrito de golf eléctrico. Todos piden mojitos, excepto uno que pide un vodka con tónica. Después de haber tomado nota de los pedidos, el camarero negro sube de un salto al carrito eléctrico y se dirige hacia el bar del club. Apenas se divisa el tejado sobre una cresta lejana en la que se balancea un grupo de palmeras esbeltas.

MONTÍCULOS DE SU PROPIA BOÑIGA

Lo que mejor recuerdas de los cercados es el olor: el olor mucho antes de ver al ganado mismo, normalmente cruces de Holstein apiñados en grupos apáticos encima de montículos de su propia boñiga. Uno imagina que presienten su muerte —su futuro como hamburguesas congeladas—, pero quizá les esté otorgando una presciencia que no poseen. Las mañanas en San Joaquín siempre traen neblina. Sus orígenes son misteriosos, porque apenas hay humedad, que digamos. No hay más agua que las plácidas acequias de irrigación: el goteo de los pájaros gigantes que cantan antes de la lluvia; las blancas tuberías transportables de plastilina en el borde de las hileras de lechuga. La llamábamos «niebla de Tule» cuando recogíamos alfalfa en verano, cargando fardos cuadrados en camiones. Pero eso era más al sur, en los alrededores de Chino, donde había más verde y llovía un poco.

El quinto día consecutivo en que Felicity apareció pidiendo ver a mi viejo, que nunca estaba allí, se me metió en la cabeza que podría recorrer andando los veintisiete kilómetros que había hasta el cercado. Como de costumbre, la invité a resguardarse del sol abrasador, la senté, como siempre, en la butaca de mimbre y le serví la jarra habitual de té helado. Se sentó exactamente igual que siempre, con la espalda recta y sin apoyar la columna vertebral en el respaldo. Dejó el bolsito negro en el suelo y colocó en equilibrio el té helado, como solía hacer, encima de las rodillas, que siempre apretaba muy juntas y tenía muy bronceadas. Me inventé un pretexto para volver a la cocina y salir a hurtadillas por detrás, asegurándome de que la puerta de tela metálica no hiciese ruido al cerrarla. Corrí unos cien metros hasta que me dolieron los pulmones y luego caminé a grandes zancadas hasta la carretera 5.

Trinaron unos praderos y luego brotaron como un estallido de un campo de cebada y aterrizaron en postes de mezquite. Como indios en la cola del autobús, nunca te miraban directamente a la cara. Había saltamontes por todas partes y las moscas verdes se te estrellaban contra los ojos como si fueran ciegas y suicidas. Equipos de jornaleros japoneses trabajaban en los campos de fresas con sombreros de paja que parecían conos de chocolate al revés. Una larga hilera de eucaliptos azules orillaba el arcén de la carretera y daba sombra a grandes extensiones de cucurbitáceas.

Empecé a rumiar mentalmente lo que le diría a mi padre cuando llegase allí. Una especie de pequeño monólogo deslavazado mientras avanzaba hacia la imagen borrosa de coches ocasionales que subían a San Francisco o bajaban a Los Ángeles

en línea recta. «Se muere de ganas de verte, papá. De lo contrario no vendría todos los días. Quiero decir que quizá podrías ir a la licorería y llamarla desde allí. O quizá quieras darme un mensaje para que se lo comunique. O una nota. Una nota sería aún mejor, ¿no? Vería que la has firmado y todo. Sería casi como hablar con ella. Quizá incluso imaginaría tu voz o tu cara. Como si de verdad estuvieras hablando con ella. Eso podría, no sé, tranquilizarla o… incluso quizá hacer que se sintiera mejor con lo vuestro. ¿Sabes? Con toda la situación. Creo que le gustas de verdad. Sí. La forma en que habla de ti. Quiero decir…, no soporto que se presente buscándote y que tú nunca estés. No sé qué hacer. No lo sé. De verdad, no sé qué hacer. A veces intento hablar con ella pero ya sabes que no se me da muy bien la charla. No sé qué hacer. Me invento cosas. Es lo que hago.»

La caminata a Coalinga fue calurosa y polvorienta. Ni siquiera intenté hacer autostop. De todos modos, nunca te paran cuando vas tan deprisa. De vez en cuando, un viejo marica vendedor de seguros. Se les ve a la legua. Viajan solos. Con un montón de trajes y camisas en perchas de alambre detrás de ellos. Con las pelotas rojas asomando por la bragueta. Seguí caminando por la cuneta de grava entre pañales desechables, tapones de botellas y condones usados. Cuervos y sinsontes posados en las filas de estacas. Un tipo en un viejo Massey Ferguson tratando de hacerse el «pequeño granjero solitario» que opone resistencia a los «peces gordos». Letreros sobre los derechos de riego y sobre los políticos culpables de la falta de agua. Almendros blancos en plena floración. Panales polinizando albaricoques. A trechos, en una carretera secundaria, puestos de fruta en los que vendían higos y sandías. No veía el momento de irme de aquel lugar.

Empecé a pensar en cómo Felicity habría podido encontrarnos. Cómo era posible que se hubiera presentado aquí, en este valle olvidado de Dios. Para mí ya estaba claro que Felicity era lo que se suele llamar «menor de edad», «fruta prohibida» o lo que fuera. Los hombres mayores solían emplear esa expresión: «fruta prohibida». Algo ilegal de ese tipo o de lo contrario nunca se lo habrían llevado. Los polis. A mi padre. No tendríamos que habernos mudado a esta pensión así, en mitad de la noche. Nunca tendría que haber aceptado un trabajo en el cercado. De todos modos, ni siquiera sabe montar a caballo. Lo único que hace es conducir una camioneta. Ir de una a otra de las hileras de vacas, que mugen y aguardan la alfalfa granulada. Quizá esa mujer con el largo abrigo rosa es la madre de Felicity y nos ha seguido a escondidas. No sé por qué. Quizá las dos se están quedando en algún sitio. En alguna parte de la ciudad. Y la madre le manda a Felicity aquí todos los días. Día tras día. Como una cesta de fruta. «Fruta prohibida», quizá sea eso. ¿Por qué no está en la escuela? Es verano. No es que a su madre le importe lo más mínimo la educación. No la veo preparando a Felicity para una escuela de niñas elegante allí en el Este o para llegar a un acuerdo con alguna Ivy League donde pasan a una «enseñanza superior». Aunque de todos modos a Felicity no le interesan esas cosas. No lo sé.

Cuando por fin llegué al cercado solo había ganado y polvo y un hedor tal que te lloraban los ojos. No vi a ningún otro ser humano. Kilómetros de ganado. Negro. Negro y blanco. Rojo. Gris. Moteado. De todo tipo. De todos los tamaños. Moscas. Mierda. El aire era pesado como si hubiese una guerra cerca. Daba esa impresión.

Guerra y muerte. Incontables tumbas. Desolación. Pogromos. Ningún ser humano. Solo el sonido constante de ganado mugiendo como si hubieran perdido a su madre para siempre. Vi una camioneta kilómetros más arriba de los senderos. Paraba a intervalos. Se apeaba un hombre que vertía una bolsa de pienso en los abrevaderos y luego pasaba un bieldo por encima mientras las cabezas de ganado asomaban por las cañerías y lamían las bolitas verdes con sus largas lenguas blancas y viscosas. El hombre tiraba el bieldo y la bolsa vacía dentro de la camioneta y se subía de un salto a la cabina. Bajaba unos metros por el sendero y después repetía todo el proceso. Me quedé allí observando durante un larguísimo rato. Me asaltó el impulso de saludar con la mano, pero no lo hice. Vi que la camioneta se acercaba más y más pero de algún modo sabía que el conductor no me veía. Estaba seguro de que era mi padre. ¿Quién, si no? Me volví y me marché; recorrí los veintisiete kilómetros de vuelta a casa. Cuando llegué Felicity se había ido.

OTRA VEZ EL HOMBRE DIMINUTO

Llegan paseando dos chicas con el pelo violeta, anillos de plata en la nariz y el torso desnudo. Están muy orgullosas de sus pechos firmes, recientemente aceitados, y de sus pezones rosados, permanentemente erectos y perforados por unos imperdibles dorados. Todos los gángsters se incorporan al unísono y las miran con una gran atención. Llaman a las chicas y les muestran las miniaturas. Uno de los gángsters, al ver los imperdibles, les pregunta si no les hacen daño. Las dos chicas no le hacen ningún caso. La más baja se arrodilla delante de la hilera de miniaturas muertas y coge una de ellas. La sostiene en la palma de la mano. Es mi padre. Otro de los gángsters dice: «Cuidado», pero la chica empieza a desenrollar el plástico transparente que le envuelve la cabeza. El mismo gángster hace un movimiento como si fuera a arrebatarle el cadáver de mi padre, pero se detiene cuando ve la suavidad con que ella lo trata. Todos los demás gángsters, con los fedora puestos, miran extasiados. Mientras la chica desenvuelve el plástico, destaca la marca de punción del dardo, como un brillante punto rojo, en la frente de mi padre. Ella toca la marca muy suavemente con la punta de la lengua, vuelve a enrollar la cabeza y coloca el diminuto cadáver en su sitio al lado de los demás. Después se levanta y se sacude la arena de las rodillas. Las dos chicas se cogen de la mano y se van. Todos los gángsters se levantan al unísono y aplauden como si estuvieran en una ópera, pero ellas siguen caminando. No miran atrás. A lo lejos solo se ve al camarero negro que corona la cumbre del club y regresa en su carrito de golf eléctrico. Todas las bebidas tintinean, pero su sonido no se oye a esa distancia. Es todo lo que recuerdo. Las imágenes empiezan a difuminarse.

UNA MUECA NO ES UN GRITO

Por qué o cómo es que él estaba empequeñecido en estos diversos sueños y apariciones es algo que me sobrepasa. Otra pregunta que me hacía era si ocurrió antes o después de su muerte en esta tierra. Antes de su muerte, nos remontamos al 68 o 69. Yo diría que ya había encogido algo alrededor de los hombros y el cuello, pero eso también obedece al proceso natural de envejecimiento. Quiero decir que es lo que siempre se dice de las personas mayores, ¿no? «Hubo un tiempo en que era mucho más alto, hasta que le cayó aquel caballo encima…» O: «Hubo un tiempo en que era mucho más gordo, hasta que apareció aquella mujer que no sabía cocinar.» O: «Hubo un tiempo en que era mucho más ancho, hasta que el río se desbordó.» Lo que sea. La gente hablará. También podría ser que le soñara así —diminuto— porque es una forma de distanciarme de él, pero eso es un poco freudiano, ¿no crees? Como si hubiese una especie de inteligencia exterior que gobernara todo esto, el subconsciente o alguna otra chorrada parecida. Algo que me cuesta creer. ¿Por qué iba a querer yo distanciarme? No hay nada de lo que aún tenga miedo. Al menos no de él, de mi padre. Quizá sea su dolor, su sufrimiento. Pero ¿por qué tener miedo de su sufrimiento? Es lo que me gustaría saber. ¿Qué saco? Yo, quiero decir. Es difícil asegurar qué era para él. El sufrimiento, quiero decir. Cuando ves que alguien hace una mueca cualquiera o una mueca de dolor, ¿qué piensas que está sintiendo? Sin duda no es algo placentero lo que te viene a la cabeza, ni tampoco una señal de felicidad. Ni una cosa ni otra. Es decir, supongo que esas muecas pueden significar, hasta cierto punto, cualquier cosa, pero ¿tienes necesariamente los medios de sentir de verdad lo que siente quien las hace? Sea como sea. Lo que intento descubrir es el temor al sufrimiento del que sufre. ¿Es siquiera posible? ¿Temor a qué? ¿A que el sufrimiento pueda recaer sobre ti? Como si ya estuviera ahí y mirar cómo sufre el sufriente solo liberase lo que ya está latente y rara vez se manifiesta. ¿O es la imposibilidad de llegar a conocer? Hay una cosa segura: una mueca no es un grito y una mueca de dolor no es un grito de angustia. Pero lo miniaturizado solo te empuja a mirar más de cerca.

Felicity desapareció. Mi padre fue a caminar por la autopista esa noche. Dijo que no podía dormir, pero sé que en realidad salió a buscarla, esperaba que ella apareciera. Él apenas hablaba de eso. De hecho, él apenas hablaba de nada, solo se rascaba las cicatrices de la nuca y contemplaba el fuego. De vez en cuando oía agitarse a los perros; entonces se levantaba de la butaca de un salto y salía de la casa precipitadamente. La puerta mosquitera se cerraba de golpe a sus espaldas, mientras él escrutaba la oscuridad y los perros se le acercaban, golpeando la pared del porche con sus rabos. Las gallinas cloqueaban y ahuecaban las alas en el cobertizo donde se guardaban los tractores, y un gato cruzaba corriendo el haz de luz anaranjada que proyectaba el poste impregnado de creosota. Me volvió a preguntar cuándo fue la última vez que la había visto y le dije que fue cuando había ido a buscarlo al cercado. Dijo que no recordaba cuándo había sido eso y le dije que era porque en realidad no había hablado con él, parecía muy atareado. «Nunca estoy muy atareado», dijo; entonces se volvió hacia el fuego de nuevo y dio una ligera patada a un leño. Las chispas saltaron por la habitación e iluminaron la butaca de mimbre en la que Felicity se sentaba siempre, a esperar. Por un instante me pareció que la veía, pero no era más que un sueño. A veces estábamos así por la noche allí fuera, completamente solos. Ni siquiera se veía la luz del granero de algún vecino. Solo nosotros dos y los perros.

Pensé en Felicity, me pregunté adónde habría ido. Quizá no se había ido y solo se había cansado de esperar. Aburrirse era todo un acontecimiento por aquel entonces. ¿Qué va a suceder? Esa es la cuestión. Qué va a suceder.

INTERROGATORIO 1

—Así que afirmas que no has conocido a esa «Felicity Parks». ¿Es así?

—¿Parks? No, señor.

—¿Entonces por qué su madre nos dice que sí la conoces, la conocías? Que la *conoces*.

—¿Su madre?

—Eso es.

—¿Quizá es que se lo está inventando?

—¿Quieres decir que ha urdido una historia? ¿Salida de la nada? ¿Puro humo?

—Supongo.

—Ella dice que esa hija suya, esa «Felicity Parks», tiene catorce años.

—¿Sí? No lo sé.

—¿Qué edad tienes tú?

—Trece años. Solo trece.

—¿Solo trece?

—Sí, señor.

—¿Y no has visto a una chica así por este vecindario?

(El investigador le muestra una foto de «Felicity Parks» con un traje de baño de dos piezas, sonriendo directamente a la cámara.)

—No, señor. Nuestro vecindario es muy grande, ¿sabe? Kilómetros y kilómetros cuadrados. Quiero decir…

—Hijo. He sido el investigador de este condado más de doce años. Nací y me crié en Three Rocks. Supongo que a estas alturas ya debo de conocer el vecindario.

—Sí, señor.

—No te pases de listo conmigo.

—No, señor.

DOCE HECTÁREAS DE POLVO Y SERPIENTES

Yo estaba allanando con la grada el campo del fondo, cerca de la carretera, preparándolo para melones cantalupo. Unas doce hectáreas de polvo y serpientes. Me había cubierto la nariz con una bandana azul y tenía los ojos y el pelo llenos de tierra. Detrás del caliente asiento metálico guardaba una cantimplora del ejército llena de agua. Había parado el tractor al final de una hilera completa, me había bajado la bandana hasta el cuello y había cogido la cantimplora mientras miraba directamente a la carretera sin que en realidad esperara ninguna novedad. No me fijé la primera vez que vi un destello del largo abrigo rosa entre los eucaliptos y el asfalto. Un toque de color, quizá un destello del cartón de una caja de embalaje de verduras. Saqué la cantimplora sin mirar, de detrás del asiento. Mantuve la mirada en el punto en blanco entre los árboles. Desenrosqué el largo tapón sujeto por una pequeña cadena plana. Di unos seis grandes sorbos de agua caliente. El motor del tractor seguía funcionando con una rítmica monotonía diésel. Lo apagué y retornó el vasto silencio. La más mínima brisa movía largas ristras de hojas de eucalipto plateadas, que oscilaban en el polvo, crujiendo débilmente unas contra otras. Entonces volví a verlo, entrando en el espacio blanco como si obedeciera una orden; una aparición del pasado, casi olvidada. La misma mujer, la misma mujer de los gritos en la pensión. ¿Qué edad tendría yo? «¡Puto chupapollas!» Así le llamó ella. Lo oigo. Lo oigo todavía. ¿Sería ella? ¿Haciendo autostop? ¿Autostop en una autovía? ¿A kilómetros de cualquier parte? Nunca paran por nadie. En este río de tráfico entre el norte y el sur.

La vi sentarse bajo los eucaliptos gigantes. Descansando. Sosteniendo el pie derecho en las manos. Acunándolo suavemente como si fuera un pájaro muerto fulminado por el calor implacable. Se mojaba el dedo de la mano izquierda con la lengua y luego se acariciaba las ampollas amarillas con suavidad. Los tacones altos yacían a un lado, cubiertos de polvo y con el cuero mellado en varios puntos, como si los hubieran raspado contra una áspera pared de yeso.

«Esto no habría sucedido; no habría sucedido en absoluto de no haber sido por la pura y simple falta de respeto de siempre. Es lo que es, una falta de respeto. Imagínate a una madre, a cualquier madre, aquí, en la autovía, curándose las ampollas del pie, ¡en medio de la mugre! ¡En el polvo! Cuando yo debería estar tomando cócteles —gintonics—, agasajada con un banquete en el Hickory Room. No aquí revolcándome como un asqueroso animal atropellado. Como una zarigüeya aplastada sobre el asfalto negro caliente. ¡Falta de respeto! Es lo que es, pura y simplemente. Algunas hijas deberían haber nacido muertas. Es mi opinión.»

INTERROGATORIO 2

—Déjame preguntarte algo: ¿cómo se gana la vida tu padre?

—Ahora mismo trabaja en los cercados.

—¿Seleccionando?

—Alimentando, más bien. Alfalfa granulada, ya sabe.

—¿Qué le parece que andes con una mujer mayor?

(El investigador se ríe lascivamente.)

—No la he visto nunca.

(El investigador se vuelve a poner serio después de su «broma».)

—Su madre nos ha dicho que sí.

—Debe de equivocarse.

—¿Quieres decir que miente? ¿Que se ha inventado otra historia? ¿Entonces por qué parece tan segura?

—No lo sé.

—Parecía conocer muy bien dónde vivís tú y tu padre. El color de vuestra casa. El vehículo que conduce tu padre. La hora en que se va al trabajo. Cosas así.

—¿Nos está espiando?

—¿Espiando? Su hija ha desaparecido. Está buscando a su hija.

—Sí, señor.

—Le he dicho que intente conseguir un retrato de Felicity en la casa de tu padre. Una fotografía.

—¿En nuestra casa?

—Eso es. Le he dicho que si la conseguía tendríamos una prueba concluyente. ¿Sabes lo que es?

—Sí, señor.

—Eso significa que puede demostrar que su hija estaba en tu casa. Zascandileando. Más claro que el agua. «Una prueba concluyente.»

—Sí, señor.

—Si demostramos eso sabremos que eres un mentiroso.

—¿Yo? ¿Por qué iba a mentir? Ni siquiera la conozco.

—¿Pero la has visto antes?

—No, señor. Nunca.

—¿Y tu padre? ¿Sabe algo de ella?

—No, señor.

—Bueno, puedes decirle a tu padre que quizá le pidamos que venga también para responder a algunas preguntas.

—Muy bien. Se lo diré.

—Ya puedes irte.

—¿A qué distancia estamos de mi casa? ¿Lo sabe? ¿A cuántos kilómetros?

—No te importa caminar, ¿no? Un joven golfo como tú.

—No, señor.

QUEMANDO NAVES

Últimamente me levanto cuando todavía está oscuro, ¿qué hora es? ¿Las cinco de la mañana? Miro a las vigas. Me he exiliado sin quererlo. Viajo abajo, agarrándome, por la escalera de caracol hacia la cocina. Todo está oscuro. Alguien ha estado aquí. Creo que he sido yo. Peladuras de mandarina. Restos de té. Abro la puerta trasera que da al porche de piedra. Fuera, las bombillas amarillas se esfuerzan en brillar a través de insectos muertos. El mapache ha volcado el cubo de la basura lleno de comida de perro. Ese debe de ser el ruido que he oído, el estrépito. El ladrillo que mantiene cerrada la tapadera está tirado de través en el porche. La tapa, caída a un lado. Anoche disparé a este mapache con mi escopeta calibre 410, a quemarropa. Debí de fallar el tiro porque aquí está de nuevo. Lo huelo pero probablemente estoy alucinando. Soy un tirador peor que aquella rubia. ¿Cómo se llamaba?

Me gustaría llamar a una chica, a cualquier chica —despertarla—, pero sé que no servirá de nada. ¿Qué podría decir ella? ¿Qué haría? Está en una ciudad distinta, un país distinto, soñando con otras cosas.

Me parece oír que alguien me llama por ni nombre. Una voz de mujer. Alta y clara, justo fuera de la entrada. ¿Qué hora es, por cierto? Voy derecho a la puerta y la abro de par en par, casi desafiando a que se muestre a la persona invisible. No hay nadie fuera. Oscuro como boca de lobo. Grito a quienquiera que sea. No hay respuesta. Los caballos se mueven a lo largo de la valla. Oigo sus cascos a través de las hojas de roble caídas. Ellos me huelen. Cierro de un portazo. No se mueve nada. El fuego de la chimenea se ha apagado. Ni siquiera hay humo. Ni tampoco ascuas. No puedo encender un fuego a esta hora. Alguien debe de haber estado gateando por aquí. Soplando. Prendiendo un periódico arrugado.

Vuelvo a la cama. Leo sobre los entierros vikingos en el mar. Queman naves con cabezas de dragón. Vírgenes quemadas vivas. El mapache vuelve a tirar la tapa de la basura. Bajo corriendo la escalera de caracol con mis gruesos calcetines azules y cargo la escopeta. Cuando abro la puerta de atrás el mapache se ha ido. Un reactor retumba a lo lejos en el cielo oscuro. En el pasado. Ningún indicio del amanecer todavía.

INTERROGATORIO 3

—¿Puedes decirnos algún buen motivo para que quisiera quitarse de en medio? ¿Una chica tan joven?

—No. ¿Dónde la encontraron?

—Responde a la pregunta, por favor.

—Sí, señor.

—No tienes ni idea.

—No.

—¿Un padre que la maltrataba? ¿La madre? ¿Alcohol? ¿Drogas?

—No tengo ni idea.

—Según parece tenía una aventura con un hombre mucho mayor.

—¿De verdad?

—Y también con el hijo de ese hombre.

—¿Una aventura?

—Eso mismo.

—¿Con el hijo también?

—Sí.

—¿Los dos?

—Sí.

—¿Y dónde la han encontrado?

—Balanceándose de un eucalipto al borde de la autopista 5. La que va al sur.

—¿Balanceándose?

—Colgada de un bolsito negro.

—¿Un bolsito?

—Bueno…, de la correa.

—Debía de ser una correa larga.

—Lo era.

—Debía de ser resistente. La correa.

—Lo era.

—Quiero decir que si…

—¿Podríamos seguir con las preguntas, por favor?

—Sí. Solo quería preguntar dónde la encontraron.

—No es pertinente.

—No.

—Tu padre… ¿sigue viviendo allí?

—¿Allí?

—Al borde de la autopista 5. Cerca de los limoneros.

—Que yo sepa sí.

—¿No lo ves desde hace tiempo?

—No.

(Larga pausa en la que el investigador carraspea, bebe un vaso de agua, revuelve papeles, se ajusta las gafas de leer, las limpia con un kleenex, mira por la ventana a la vasta extensión de tierra reseca: almendros marchitos alineados en hileras perfectas. Otra larga pausa en la que la persona interrogada siente de repente una invencible urgencia de cagar.)

—Disculpe, ¿puedo ir al cuarto de baño?

—Por supuesto. Gira a la derecha después de las puertas de cristal y luego todo a la izquierda. Sigue los letreros hasta el fondo del pasillo. Lo verás a tu izquierda.

—Muchas gracias.

—De nada. Toma la llave.

(El investigador le tiende una pala gigante de pingpong con una letra M atada con cinta negra de electricista. Del mango cuelga una llave maestra. Un policía con el uniforme de calle da un paso adelante.)

—El oficial Barnes te ayudará con las esposas.

(Recorren el largo pasillo con tenebrosos murales de conquistadores, indios y gambusinos. El oficial Barnes le pisa los talones pero no dice nada y no le toca hasta que llegan a la puerta de los servicios de hombres. Tiene la creciente sensación de que Barnes está a punto de abalanzarse sobre él como un gigantesco murciélago vampiro y de succionarle toda la sangre del cuello, pero no lo hace. Cuando por fin se detienen delante de los aseos, le abre las esposas con una llave y, sorprendentemente, le permite entrar solo. Descubre la escapatoria más rápida: a través de un respiradero de aluminio que hay en lo alto, sobre la letrina amarillenta.)

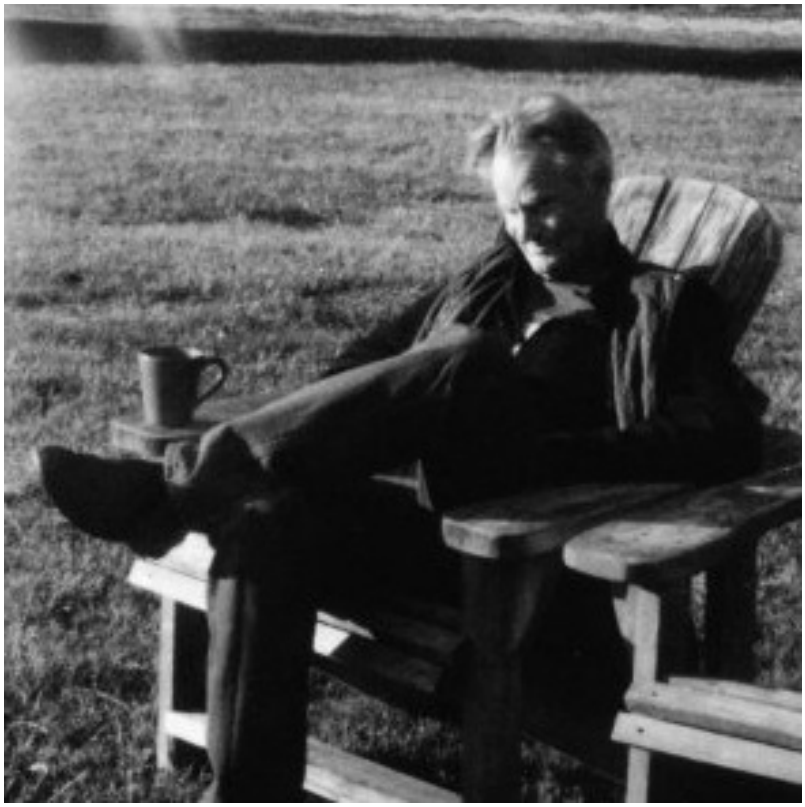
DE ACUERDO

Fueron a buscarle a la casa de su padre y el padre les dijo que no le había visto. Había huido y se había ido con el circo u otra patraña parecida. Les dijo que de todos modos él y su hijo nunca habían estado de acuerdo en nada. Cuando le preguntaron por Felicity dijo que no conocía a ninguna «Felicity». Cuando le mostraron fotos de ella sentada en sus rodillas en una mecedora, columpiando sus piernas bronceadas y sus botas del Oeste con minúsculas pistolas talladas, les dijo que las fotos debían de haber sido «retocadas». Les dijo que había conocido a otros tipos que se las habían hecho en México para demostrar a sus amigos que no eran maricas y que realmente tenían a una chica guapa escondida en algún sitio que les quería de verdad. Todos los polis se rieron y le admiraron en secreto y simpatizaron con él a pesar de que sabían que estaba mintiendo. Le detuvieron oficialmente cuando descubrieron un sujetador azul de encaje que se abría en cómodas ranuras horizontales alrededor de los pezones. Buscaron por todas partes hasta que al final lo encontraron escondido bajo una alfombra de piel de oveja al lado de su cama. Mi padre les dijo que alguien debía de haberlo puesto allí para incriminarle. Cuando le preguntaron quién, les dijo que lo más probable es que hubiera sido yo, su propio hijo, que por alguna razón quería vengarme de él. Cuando le preguntaron si su hijo le guardaba rencor dijo que no lo sabía, pero que siempre había pensado que se la tenía jurada.

Le sigo la pista. De nuevo. Hay retales prendidos en algunos cactus. Jirones de sus shorts, mechones de pelo. Me emociono. Siento esa palpitación en lo alto de la garganta. Algo me retumba en la cabeza. ¿La carrera, quizá? Se me acelera la respiración. Una sensación de piernas desnudas que se agitan. Muslos potentes. Bronceados. Nunca afloja el paso. Joven. Bronceada. ¿Qué estará pensando? ¿Por qué ha vuelto? La mente no se detiene. Pase lo que pase. El pensamiento tropieza consigo mismo. Aparece, desaparece. Su futuro. Tiene que ser. Es tan joven que tiene que ser su futuro. ¿Por qué habría de zambullirse alguna vez en un pasado espantoso? Ve algo delante de ella. Tangible. Una imagen. Quizá más hombres. Ignora que estoy justo detrás de ella. ¿O lo sabe? ¿Planeó esto? ¿Me está conduciendo, en realidad, a mi propio desastre? ¿O soy yo? (No te pongas paranoico. Es mediodía, por Dios.) Quizá sea suya esa huella embarrada, ahí mismo. Pero hace treinta días que no llueve.

Volví al lugar donde el investigador dijo que la habían encontrado: balanceándose, colgada de un eucalipto por el cuello. Recorrí el trecho entero de polvo de un lado a otro, mirando hacia los millones de finas hojas que armaban un gran estrépito en el viento de la carretera. El tráfico de la 5 fluía y me rebasaba a derecha y a izquierda. Ella no estaba en ninguna parte, por supuesto. Ni rastro de ella. Ni siquiera la correa del bolso negro que parecía haber aguantado su peso tan bien. Nada. Se la habían llevado; todo. Probablemente en una de esas bolsas de cadáveres. Probablemente ya era cenizas. Pero encontré el árbol. Estoy seguro de que era aquel árbol. Me pareció mucho más viejo que los demás. Cansado. Era como si hubiese visto demasiado. Enraizado en el mismo lugar todos aquellos años. Todas sus ramas retorcidas y nudosas como rodillas de cabra.

En una rama había pequeños rasponazos frenéticos; casi como si algo la hubiese mascado por la noche. Algún roedor o murciélago. Pequeñas marcas de dientes diminutos, como los de un niño, solo molares cortantes. Fuera el que fuese, buscaba algo dulce. Algo debajo de la corteza. ¿Eucalipto y vaselina? Recuerdo que mi madre me rebozaba el pecho con eso. Te lloraban los ojos.



SAM SHEPARD (Fort Sheridan, Illinois, 1942-Midway, Kentucky, 2017) se convirtió en un mito contemporáneo: polifacético como Boris Vian, legendario como Neal Cassady, amigo y colaborador de los Stones, Patti Smith y Bob Dylan, batería durante años de un grupo de acid rock, actor en películas como *Elegidos para la gloria* y *Días del cielo*, coguionista de *Zabriskie Point* y *Paris, Texas*, casado con Jessica Lange durante casi treinta años… Y, como remate, autor, galardonado con el Pulitzer y el Obie, de más de cuarenta obras teatrales, por las que se le ha llamado el sucesor de Tennessee Williams. En Anagrama se han publicado los libros de relatos *Cruzando el paraíso* y *El gran sueño del paraíso*, la obra teatral *Locos de amor*, los volúmenes misceláneos *Luna Halcón, Crónicas de motel* y *Estados de shock. Al norte. Lengua silenciosa* y el libro de crónicas *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*.

Foto de Patti Smith.

Notas

[1] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[2] Palos de golf. *(N. del T.)* <<

[3] Galardones que concede el teatro de Broadway. *(N. del T.)* <<

[4] Variante de *dineh*, que significa «el pueblo» y es el nombre que se dan a sí mismos los navajos. *(N. del T.)* <<

[5] Baile estudiantil de los años cincuenta en que había que quitarse los zapatos y bailar en calcetines. *(N. del T.)* <<

[6] En el lenguaje cinematográfico, breve frase sentenciosa, aguda, divertida o brillante. *(N. del T.)* <<

[7] James Otis (1725-1783) fue un abogado y activista político que militó contra la colonización británica durante el proceso que desembocó en la Revolución norteamericana. *(N. del T.)* <<

SAM SHEPARD

Yo por dentro

Lectulandia